

John Keats

# Endymion

Edición de P. L. Ugalde Ramo



Lectulandia

Durante mucho tiempo ha quedado estereotipada la imagen de Keats como poeta refinado y ultradelicado, que murió víctima de la incomprensión y crueldad del mundo literario de su época; es decir, ha pervivido la idea romántica de Keats como poeta maldito. La imagen de Keats entronca mejor con la de aquellos posteriores poetas puros para los que el sentido poético es siempre absoluto y nunca circunstancial, y con la de los forjadores de la *tour divoire*, meticulosos, delicados y enfáticamente aislados del mundo circundante. Porque, en efecto, es muy difícil encontrar a lo largo de toda la obra keatsiana, e incluso en su correspondencia, ideas morales, sociales, políticas o metafísicas. Sus poemas son fragmentos de una proyección subjetiva sobre un mundo exterior idealizado y clasicista: un intento de asimilar, bajo la simple noción de Belleza, toda la gama de experiencias humanas.

Keats quiso y se contentó con ser poeta; y poeta al modo más elevado, sin apenas permitirse intromisiones ni interpolaciones de ningún otro género que el que él creía era esencial. Keats había nacido en Londres en 1795 y murió en Roma en 1821, cuando contaba 26 años.

**Lectulandia**

John Keats

# **Endymion**

**ePub r1.0**

**Titivillus 24.07.17**

Título original: *Endymion*  
John Keats, 1818  
Traducción: Pedro Ugalde  
Diseño de cubierta: Sebastiano Ricci

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

## IMAGEN DE JOHN KEATS

Durante mucho tiempo ha quedado estereotipada la imagen de Keats como poeta refinado y ultradelicado, que murió víctima de la incomprensión y crueldad del mundo literario de su época; es decir, ha pervivido la idea romántica de Keats como poeta maldito por la sociedad intelectual ilustrada y conservadora de Londres. No poco ha contribuido a este retrato tan incompleto y superficial el prólogo de Shelley a su elegía «Adonais», en memoria de Keats; así como la estrecha connotación existente entre, por ejemplo, la dedicatoria de «Endymion» a Thomas Chatterton y las implicaciones renovadoras de este poeta con la que ha sido llamada «segunda generación romántica»: alusiones a él hay en el propio «Adonais» (w. 399/400); en «Monody on the death of Chatterton» (w. 21/24); en la *Biographia Literaria*, de S.T. Coleridge; en Wordsworth... Y contribuyó a fomentar esta imagen la defensa de Lord Byron a *Endymion* (Don Juan, XI, 60) e incluso el anecdótico detalle de que apareciera un volumen de John Keats en el bolsillo del vestido del cadáver de Shelley ahogado en Livorno.

En realidad, hoy en día ha quedado totalmente descartada la idea de que las acerbos críticas que recibiera Keats a raíz de la publicación de *Endymion* pudieran causar o acelerar su muerte, ya que tiempo antes ya había dado señales de vida la «enfermedad del siglo» en su organismo. Pero, en general, ha continuado asociándose la morbidez de Keats con la agresividad de Byron y el intelectualismo de Shelley, cuando, en realidad, apenas hay entre ellos más que un cierto ligamen de sensibilidad histórica y una cierta proximidad lingüística y de estilo.

Nació y vivió Keats en un ambiente problemático y de gran inestabilidad política y social. La población británica se había casi triplicado desde 1700 a 1821; había desarrollado desde 1760 hasta 1815 su llamada «revolución industrial» y estaba aquejada de paro, inflación económica y un enorme desequilibrio social. La emigración rural era alarmante; el proletariado estaba presto a reivindicar el poder político; los fabricantes se enriquecían como antes los terratenientes, y la población obrera se iba depauperando. Especialmente, los años 1816 a 1821 fueron catastróficos para Inglaterra; bajó el precio del trigo; el descontento era general; aumentaron los impuestos; y, mientras el pueblo vivía bajo el cetro de un rey ciego y loco desde 1810 (Jorge III), luchaba contra un enemigo secular, Francia, en manos de Napoleón, como siglos antes lo hiciera contra Felipe II o Luis XIV. Hasta tal punto llegó la situación, que quedó suspendido el «habeas corpus» constitucional por temor a una Revolución como la que años antes había convulsionado el panorama político y social francés.

Y mientras, en este somero cuadro del país, la aristocracia y alta burguesía se caracterizaban por su cinismo, inmoralidad y egoísmo, seguía abriéndose paso una

verdadera revolución cultural, la del poder del sentimiento y del anhelo al retorno a la naturaleza. A la poesía mundana sucede una poesía íntima y mística; y Cowper, Wordsworth, Blake, Coleridge, que preludian una nueva época estética y un nuevo signo cultural que luego, años más tarde, se denominará Romanticismo. Sin gran exageración puede decirse que si Francia emprendió la gran renovación política y social del siglo XIX, Inglaterra hizo la estética y cultural. Y, en estas coordenadas históricas, aparece Keats —insólito ejemplo de precocidad y de autodidactismo—, que, primogénito de una modesta familia pequeño-burguesa, aparentemente determinado a no hacer otra poesía que la ornamental y afiligranada de sus compañeros más favorecidos por la fortuna (como Leigh Hunt), obtiene en una corta carrera literaria de cinco años, hasta morir, a los veintiséis, una de las obras poéticas más coherentes, lúcidas y puras de todo el siglo.

Alejado de las ideas pantisocráticas de Shelley, que había estudiado en Eton y en Oxford; así como del radicalismo político de Leigh Hunt (que estuvo encarcelado por motivos políticos, a raíz de la publicación de un artículo en su periódico, el *Examiner*); del núcleo de «intelligentsia» de Hazlitt, Lamb, Severn y demás ilustrados a los que conoció; e incluso de las ideas filosóficas de Coleridge y de las humanistas y sentimentales de Wordsworth; cada vez más impedido por la tuberculosis; presenciando la muerte de sus padres, de su hermano Tom, de sus abuelos; y luchando por su vocación poética contra la necesidad de ganarse la vida y contra su propio tutor, Keats, agotado y masoquista, como Proust, Kafka, Chopin y Rilke —otras ilustres víctimas de la tuberculosis—, desarrolla un mundo poético depurado, impoluto, levantado de las circunstancias materiales y ajeno a cualquier frivolidad, preciosismo voluntario o sumisión al oportunismo.

Más que con sus retóricos y aparatosos coetáneos, que pertenecen a una distinta sensibilidad, e incluso que con los más dotados, como Wordsworth y Shelley, la imagen de Keats entronca mejor con la de aquellos posteriores poetas «puros» para los que el sentido poético es siempre absoluto y nunca circunstancial, y con la de los forjadores de la «tour d'ivoire», meticulosos, delicados, y enfáticamente aislados del mundo circundante. Porque, en efecto, es muy difícil encontrar a lo largo de toda la obra keatsiana, e incluso en su correspondencia, ideas morales, sociales, políticas o metafísicas. Sus poemas son fragmentos de una proyección subjetiva sobre un mundo exterior idealizado y clasicista: un intento de asimilar, bajo la simple noción de Belleza, toda la gama de experiencias humanas. Keats quiso y se contentó con ser poeta; y poeta al modo más elevado, sin apenas permitirse intromisiones ni interpolaciones de ningún otro género que el que él creía era esencial. Por temperamento y por su juventud, la mente filosófica que en él había, no desarrolló jamás sus intuiciones y maduró sólo poéticamente, se desarrolló sólo formal y estructuralmente y representa, por ello, una muestra de ingenua y decidida confianza en la poesía «per se» como actividad humana y forma de conocimiento intuitivo.

Su relación con el mundo histórico e institucional fue siempre antagónica, como

para la mayoría de los artistas que le sucedieron; y justamente de esa tensión, de ese antagonismo dialéctico, brotan las intuiciones más sugestivas y penetrantes de Keats, algo a lo que quizá sus contemporáneos no estaban acostumbrados. Sabemos, por ejemplo, que Keats intervino en la polémica contra Pope con su *Sleep & Poetry* y que su juicio sobre Wordsworth fue siempre ambivalente; que siempre fue ajeno al «egotismo» de éste (al narcisismo individualista que pierde la conexión con el mundo exterior), aun reconociendo sus méritos retóricos; así como decidido opositor contra cualquier afección moral de la poesía, contra cualquier didactismo (y Pope era una buena piedra de toque para ello); y, sin embargo, se equivocaba Matthew Arnold al creer que Byron le sobreviviría, ya que mucho más interés ha despertado Keats, pese a su «purismo» y «escapismo» y a su carencia de programa, ante las generaciones futuras, que el cinismo intelectual y la truculencia byroniana o el meditado sentimentalismo wordsworthiano.

Keats, pues, tiene hoy una imagen definida y simple: la del poeta en su estado de naturaleza, despojado de todo aditamento, de todo accesorio y de toda ganga. «Naïveté», desnudez o pureza que, por encima de disensiones partidistas, equivale a decir: poeta en su máximo valor de intensidad y de grado, que, al sustituir la acción mental identificadora del «sujeto poético» y la naturaleza, por la «acción de proyección» de aquélla en ésta, púdicamente expresa el misterio vital del que nace la poesía.

En esta tensión sujeto/objeto, en esta constante oposición del espíritu y la materia, de la idea y la realidad, del sueño y de la razón, que concluye con la intuición de lo Bello de la que nació su obra, Keats configura una imagen espontánea, riquísima y atractiva. Los escasos fragmentos de *Endimión* que aluden a ese mundo histórico y concreto al que vuelve la espalda Keats por corrompido y perverso, ya revelan, pese a lo temprano de su composición, este sentido plenamente negativo de los asuntos temporales: así, I, 8/9; I, 691/698; y los preámbulos de los Libros II y III (desiguales, sin embargo, en sus méritos literarios); y, a la par, el primer verso ya contiene, de modo lapidario, la totalidad de la obra y casi es un lema de la totalidad de sus obras; porque para Keats lo Bello no sólo se opone a la Feo, sino que también purifica y sublima lo Malo y da brillantez, platónicamente, a la Verdad.



## LA OBRA DE JOHN KEATS

En 1797, Federico Schlegel escribe el primer ensayo sobre el Romanticismo, entendido en un sentido literario distinto al de Rousseau, diecisiete años antes, cuando calificó de «romántico» el paisaje del lago de Constanza en sus *Revenes du promeneur solitaire*; y en su carta de 28 de junio de 1818, Keats empleó en el mismo sentido la palabra «romántico», es decir, en forma totalmente extraliteraria.

Pero, en realidad, si Keats conecta, temperamentamente, con los «románticos» que en su tiempo defendieron la postura de William Bowles al presentar a Pope como un poeta secundario, no es menos cierto que de él siguió la tradición del «heroic couplet» en que su *Endymion* está compuesto; y que su nombre va asociado con el de un idealismo estético en absoluto opuesto al de muchos poetas que le precedieron. Por tanto, y prescindiendo de cuestiones de nomenclatura, Keats pertenece a ese grupo más o menos afín a una misma sensibilidad que cree en el valor de la imaginación como fuerza principal del proceso de creación artística; en la inmanencia de lo irreal en lo real; en el uso de imágenes simbólicas; en la percepción subjetiva de la naturaleza y en el individualismo. Ajeno, sin embargo, al satanismo byroniano y al aliento panorámico de Shelley, Keats, con su detallismo y su melancolía, está, a su muerte, en las postrimerías de esa nueva sensibilidad que dará sus frutos postumos en la segunda generación posterior más que en la inmediata; y que arranca, en Inglaterra, de Wordsworth, para concluir en los Decadentes de 1890.

La primera obra importante de Keats, *Sleep & Poetry*, estaba encaminada a marcar la pauta por la que luego desarrollaría su obra y en ella sentó las bases de su oposición parcial a Pope. Le sigue *Isabella*, cuyo asunto tomó de Boccaccio (*Decameron*, IV, 5), y que, como *The eve of Saint Agnes* y *La Belle Dame sans Merci*, son aportaciones al despertar del gusto de la época por la Edad Media. Lo que en aquélla son profundos apuntes sentimentales y adornos de delicado matiz, es en éstas —posteriores— donde Keats alcanza esa pureza de dicción y ese melancólico misterio que, con sus *Odas*, los Victorianos, prerrafaelitas y estetas de 1890, más estimaron de su obra. *The eve of Saint Agnes* conjuga unas tonalidades poéticas muy intensas con un opulento lenguaje; y *La Belle Dame sans Merci* es una breve balada de un tema de Alain Chartier, aunque tratada en forma spenseriana, donde los característicos detalles sensibles de Keats visten un núcleo espiritual sugestivo y armónico. El asunto de aquélla lo tomó de Burton, y hace pareja con «The eve of Saint Mark», cuya fantasía sutil y reticente debe algo al «Christabel», de S.T. Coleridge.

Aparte de obras más o menos circunstanciales, rimas intercaladas en su correspondencia a Reynolds o a su hermano George, como «Fancy», «Robin Hood»,

«The bards of passion and of mirth» o «Lines on the Mermaid Tavern», previamente a sus obras de 1919, y seis meses después de *Endymion*, Keats abordó en «blank verse», con noble arquitectura y miltoniano aliento, su *Hyperion*, epopeya mítica sobre el trágico destino de los titanes derrotados por la belleza de los dioses, poema inacabado, y que volvió a abordar en «The fall of Hyperion» unos meses más tarde, bajo la preponderante influencia del «Purgatorio», de Dante, y que igualmente dejó inconcluso.

Superada su breve afición al drama histórico shakespeariano (*Otho the Great*, en colaboración con Reynolds, y *The cap and the bells*, tomado de un tema de Ariosto), las odas de 1819 suponen, para generaciones posteriores, aproximadamente desde 1880, la cima poética de Keats. La seguridad expresiva, la metáfora pulida, la mórbida melancolía que siempre le caracterizaron, constituyen, en ellas, aparte de su rigurosa perfección formal, una curiosa y total asimilación helénica y una de las cumbres líricas del siglo XIX. El fantástico clima exótico de *Endymion* está ausente de ellas; también la mágica simplicidad de sus composiciones de ambiente medieval; y sus estrofas, horacianas o pindáricas, construidas a partir del modelo que le proporcionaba el soneto shakesperiano o petrarquista, tienen una gravedad y dicción impecablemente distanciadas, depuradas; y sintetizan el nuevo espíritu ideal y sentimental que luego dio en llamarse «romántico». La inmovilidad escénica, el recíproco intercambio del poeta y el mundo, la asimilación del objeto inanimado, la irreparable fuga del tiempo, la constante conjugación del amor y la alegría con el dolor y la tristeza, constituyen, en las *Odas*, las muestras de esa «negative capability» de Keats, de esa shakespeariana inmersión en el disfraz o apariencia de las cosas, tema, éste, tan caro a Keats y tan característico de su obra (Carta de 21 de diciembre de 1917 a George y Thomas Keats). Esta participación total en la vida ajena, y esta reversión hacia el mundo exterior, anulando en cierto modo el lirismo subjetivo en pro de un esencial dramatismo, constituye la aspiración del «poeta camaleón» (carta de 3 de mayo de 1819 a George Keats), la entronización de Shakespeare como gran pontífice de lo misterioso y negativo. Y es en esta zona de tensiones nunca resueltas donde, como en los sonetos de aquél, se mueve la temática de las *Odas*: tensión entre lo real y lo ideal, del hombre natural y del hombre como valor, de la pasión por la vida y la fascinación de la muerte, la sumisión al tiempo y el deseo de la eternidad; haciendo «objetiva» la percepción lírica, dramatizándola e invirtiéndola, devolviéndola al exterior. Así, cada una de las *Odas*, aunque ligada por el sentido con las demás, ofrece un desplazamiento de acento hacia uno u otro de los polos de su sentido; dando, a cada una, su tonalidad propia, pero enriqueciéndola, al mismo tiempo, con un contrapunto en el otro tono. Así, por ejemplo, la inquietud en «Ode to the nightingale»; la fe, inquieta aún, en la «Ode to the Greek Urn»; la serenidad en la «Ode to the autumn».

Y, finalmente, la última obra importante de Keats es *Lamia*, cuyo tema tomó de Burton; que no desmerece de las *Odas* desde el punto de vista formal y tiene cierto

paralelismo con *Isabella*, si bien, quizá por la influencia de Dryden, su desarrollo formal es más seguro y su composición más sólida, liberada de la artificialidad y redundancia del lenguaje de *Endymion*, y está mucho más próxima a los temas vitales que tres años antes Keats aún no había conseguido dominar expresivamente.

Añadidos a esta obra, sus 61 sonetos (más de 30 compuestos desde 1817 a 1820; y, de ellos, la inmensa mayoría, de febrero de 1818 a mayo de 1819) y numerosas composiciones menores, breves o circunstanciales, componen el conjunto de la obra keatsiana. Conjunto que, basado tan sólo en los tres libros de poemas que publicó en vida (*Poems*, 1817; *Endymion*, 1817; y sus poemas de 1820), es hoy, por su acendrado vigor y delicadeza poéticas, junto con la de Blake, la obra de un poeta predilecto, de los de su tiempo, hoy en día.

# ENDYMION

Junto con *Hyperion* y *Lamia* es una de las obras más ambiciosas de Keats. Ambiciosa en el doble sentido de aspirar a una expresión cabal de los temas que acaparaban su interés en el momento de su composición (la singladura romántica de un alma en pos de la belleza ideal; el ascenso estético desde un estadio natural a un estado erótico absoluto de «fellowship with the essence»); y en el sentido cuantitativo, no sólo de extender su característica fronda estilística hasta la totalidad alegórica del asunto, sino también en el de narrar con el mayor lujo de ilustraciones y perspectivas el fabuloso argumento de la historia.

En cuanto al carácter alegórico de la obra, es indudable que éste pretende conformar todas sus partes, si bien a veces en forma muy compleja, y en forma muy sinuosa y auto-complaciente otras. Keats vivió siempre anclado en un sensualismo que lastró su impulso metafísico. El escenario y atmósfera de *Endymion* son casi oníricos, suntuosos y sobrecargados; y, por ello, siendo una de sus obras más helénicas en cuanto a iconografía, también es de las menos afortunadas en su propósito de escoger, simplificar y armonizar la gran cantidad de elementos vitales y culturales que lo componen. Por ello, más que confirmar la resuelta aseveración de Shelley («He... (Keats)... was a Greek»), ratifican la hipótesis de un Keats tizianesco, decididamente isabeliano y esteticista, todavía muy alejado de aquella simplicidad temática y concreción formal que hizo admirar a los prerrafaelitas su «Eve of Saint-Agnes» o «La Belle Dame sans Merci».

Excepto al «Himno a Pan» y la «Oda a la Tristeza», de gran concentración e intensidad expresivas, numerosos han sido los reparos que tradicionalmente se han achacado al poema en conjunto: la carencia de gusto, la estructura invertebrada del relato, la inseguridad estilística, la frondosidad sensual de colorido y música, la impertinencia de ciertas enumeraciones o el amaneramiento metafórico, la prolijidad de los incidentes, la oscuridad, la imposición del pensamiento sobre el ritmo o del ritmo sobre el pensamiento, e incluso cierta ripiosidad.

Sin embargo, aunque haya en el poema un exceso de sentimiento, una total pasividad del héroe, que a algunos ha hecho pensar en un cierto afeminamiento de espíritu, *Endymion* dista mucho de la delicada pureza de «The eve of Saint-Agnes»; y la desbordada exhuberancia de la obra, tanto de su miltoniano *Hyperion* como de la noble opulencia de su «Autumn Ode». Pero hay que tener en cuenta cuáles eran los propósitos de Keats al respecto y cuál era la conciencia que tenía del papel de *Endymion* en el conjunto de su obra. Traspuesto él mismo en el rol del héroe, que padece toda suerte de sufrimientos sentimentales por su desconocida amada, la luna (siquiera conocida en su suburbio londinense), y enamorado de toda hermosura, nada,

por ello, hermoso, ni real ni imaginario, debe resultar irrelevante para el sentido de la obra si ilustra el papel alegórico del amor en la experiencia humana; y de ahí que Keats se esforzara, bajo una forma tradicionalmente más prestigiosa en la poesía británica que la puramente lírica —el poema narrativo—, en introducir toda clase de variaciones, temas secundarios, paralelismos mitológicos, etc..., que pudieran ensanchar el valor simbólico de las peripecias de Endimión. Si con ello probablemente perjudicó la estructura total de la obra, alejándola de una grandeza que a veces no posee, es indudable que constituye un «tour de force» y que, como tal, según reconoció en su prólogo, aunque inmadura y defectuosa, es un eslabón previo para empresas de mayor logro (probablemente, lo hubiera sido el fáustico *Hyperion*, de haber mediado circunstancias menos desgraciadas).

*Endimión* es un «romance» pastoral más que heroico, de un tema caballeresco que desarrolla unos modelos de sufrimiento y regeneración que, quizá, dieran forma a ciertos deseos comunitarios sin expresión controlada en la sociedad en que Keats vivió. No en balde lo exótico, pintoresco y remoto ha fascinado preferentemente a los hombres que vivieron épocas de transición como el siglo XII francés, el reinado isabelino en Inglaterra o, bajo ciertas modalidades exóticas, terroríficas, infantiles o eróticas, al hombre de la segunda mitad del siglo XX. Y es por ello que, haciendo participar imaginativamente en las tensiones del héroe a los lectores del poema, *Endymion* representa, a la par que una experiencia liberada (como calificó Henry James a lo romántico), «un sueño de poema más que un poema» (*London Magazine*, abril, 1820) por la presentación alusiva de sus temas, su «happy end», su total inverosimilitud y su trascendentalismo, su intensidad emotiva, su dinamismo imaginativo y su constante inmersión en el presente, con total abandono —como en la pintura románica— del sentido de la profundidad y de la perspectiva; pese a lo cual, la «naïveté» del conjunto y un latente sentido moral en la obra, la redimen de cualquier pecado literario.

Porque sería un error creer que *Endymion* es una alegoría banal. Cualesquiera que sean sus méritos consumados, es una importante contribución a una nueva sensibilidad y a un nuevo temple moral. Ningún poeta de su tiempo se limitó a considerar la vida humana y los hechos de la naturaleza como simples fenómenos materiales; y el intento de Keats de plasmar en una alegoría los grados de desarrollo del conocimiento hacia la verdad por medio del ideal erótico, no es un intento frustrado ni banal, sino un empeño por asumir el dolor y la experiencia subjetiva en esta ascensión ideal del espíritu. Y, aunque la ejecución de la obra no haya sido, desde ciertos puntos de vista, muy afortunada, está fuera de toda duda que el propósito y aliento, la inspiración de casi toda ella, fluyen de una veta y se dirigen hacia unos derroteros que ninguno de los gacetilleros que la atacaron supieron o, probablemente, pudieron comprender.

## FUENTES, ORÍGENES E INFLUENCIAS

Desde Hesíodo hasta los alejandrinos, hay al menos una docena de razones distintas que expliquen el sueño de Endimión. A Endimión, pastor latmio y nieto de Júpiter, le castigó éste a dormir eternamente (según ciertas versiones, quien le castiga a dormir con los ojos abiertos no es el padre de los dioses, sino Selene o la Luna) en una cueva, a la que cada noche acudía ésta a contemplarle.

Este mito clásico, núcleo de diversas leyendas, convirtió a Endimión en prototipo de la pura belleza o el amor y los autores renacentistas lo trataron asiduamente. Así, el catalán italianizado Benedetto Gareth, el Cariteo (1450?/1514) en su cancionero político y amoroso *Endymion*; John Lyly (1554?/1606) en su sátira cortesana *Endymion, the Mann in the Moone*, inspirado en los modelos cortesanos y pastorales italianos; y posteriormente, el poema narrativo «Endimión» (1627) que compuso el poeta español Marcelo Díaz Callecerrada; la fábula dramática *Endymion*, de Alessandro Guidi (1650/1712); la acción teatral *Endymion*, de Pietro Metastasio (1698/1782), después adaptado en forma melodramática; el *Endymion* de Vicente García de la Huerta (1755); el *Endymion* de Benjamin Disraeli (1880) y, a finales de siglo, la novela *Endymion*, de Verner von Heidenstam, que rememora el mito clásico como motivo simbólico del goce de la vida.

El poema de Keats reelabora, a su vez, el tema y lo aborda desde una nueva perspectiva: no importa en él tanto el amor de la Luna por el bello pastor latmio, como la paulatina transfiguración alegórica de la idealidad que representa, en realidad asumida y padecida por el propio Endimión.

Keats, que abandonó la escuela muy temprano y sólo después de 1818 aprendió algo el griego, tenía un conocimiento muy sumario de las ideas, mitos y creencias helénicas cuando compuso la obra. Sin embargo, aunque en forma inmadura, comienza a asimilar un espíritu helénico que posteriormente hubo de plasmar en sus obras más importantes. Para ello, le bastó el trato directo con tres obras de mitología griega: «*El Panteón*», de Looke; el *Diccionario clásico*, de Lemprière; y el *Polymetis*, de Spence; de los que tomó la mayoría de alusiones mitológicas de la obra.

Advirtamos, de paso, que es frecuente la yuxtaposición de nombres de deidades helénicas con los de las romanas, o bien la designación indistinta de una misma deidad bajo denominación griega o latina (Júpiter y Zeus, Hermes y Mercurio, etc...), lo que, sin embargo, no desvirtúa la acción de la obra ni empece a su sentido de conjunto.

Añadidas, las tres obras anteriores, a *Las metamorfosis*, de Ovidio (que Keats conocía a través de la traducción inglesa de 1640 de Sandys); algunos episodios de

*The Man in the Moone* (1606) y *Endymion & Phoebe* (1595), de John Drayton; y constantes referencias de Shakespeare, Spencer, Marlowe, Fletcher y otros elisabethianos, obtendremos un cuadro bastante completo de los orígenes literarios de la obra. Y, en un sentido más parcial, parece que *Gebir* (1798), de Landor, *Thalaba the Destroyer* (1801), de Southey, y la versión inglesa de Chapman de los *Himnos homéricos*, aportaron su influencia en los pasajes más fantásticos de la obra.

Capítulo aparte merecen las afinidades de *Endymion* y *Alastor*, de Shelley, publicado en 1816. Este poema, subtítulo «The Spirit of Solitude», quizá canalizó el asunto de *Endymion* hacia una forma definitiva; ya que, pese a su extravagante imaginaria y a su dispersión expresiva, anticipa la idea de la búsqueda de la verdad y del ideal de belleza por el poeta, en un mundo que parece hostil a la trascendencia; y conecta en muchos aspectos con la significación alegórica que Keats quiso dar a su poema, a despecho de una ascendencia wordsworthiana que sólo formalmente aparece de vez en cuando en *Endymion* y, en cambio, inspira el desarrollo abstracto del núcleo central del *Alastor*.

En un sentido más discutible, *The Man in the Moone*, de Drayton, puede haber afectado a la estructura general de la obra de Keats: teniendo en cuenta que en dicha obra la Luna recibe diferentes nombres (Febe, Diana, Hécate), como en *Endymion* (Febe o Cintia, por su relación con Diana; y la Luna); y que cada uno de tales apelativos hace referencia a un reino distinto, el del Cielo, la Tierra y los Infiernos, respectivamente, puede pensarse en algún paralelismo con la fragmentación de los viajes de Endimión (que encuentra a la diosa en la Tierra —libro I—, prosigue sus aventuras en el subsuelo —libro II—, las continúa bajo el mar —libro III—, y por el aire se transfigura al fin el símbolo en realidad —libro IV—), teniendo en cuenta, además, que en el «Soneto a Homero» que Keats compuso en 1818, aludió a «... Diana» como «Reina de la Tierra y del Cielo y del Infierno...» (v. 14), lo que explicaría cierto paralelismo entre ambas disposiciones geográficas, la de la obra de Keats y las tradicionales nociones de las diversas esferas de influencia de la luna por el mundo.

Aparte de las influencias formales o lingüísticas de la obra, que serán estudiadas en otro apartado, y tras las gacetillas periodísticas, que tan mala acogida plasmaron, quizá por motivos extraliterarios, a *Endymion* y a que hemos aludido anteriormente, tan sólo Shelley y Lord Byron manifestaron su aprobación ante la obra, a pesar de que el primero siempre prefirió *Hyperion* y el segundo, que tan reluctant se mostró ante Keats, sólo le elogió sin reservas tras la esquiliana grandeza del *Hyperion*. Y la mejor prueba de las afinidades que, pese a todo, unían a Shelley y a Keats, está en «*Adonais*, elegía en memoria de John Keats», que aquél compuso a poco de la muerte de éste.

Los subsiguientes lectores de su obra, a partir de la edición de 1829, coincidieron siempre en considerarla como de juventud, inmadura e imperfecta, pero hubo diversas opiniones acerca de su valor poético intrínseco. De Quincey, por ejemplo, no

la estimó en mucho. Aproximadamente en 1880, Tennyson y su grupo, Hallam, Monckton Milnes, revalorizaron la obra de Keats, contra el criterio de Matthew Arnold, paradigma del academicismo (Tennyson imitó a Keats en sus «Comedores de loto»); pero la generación de la época de madurez de Carlyle, Ruskin y Browning, menos dada a buscar ideas morales en la poesía de lo que fue la anterior generación, sirvió de puente para que los prerrafaelitas y, especialmente, Dante Gabriel Rossetti, adaptaran con entusiasmo, para su refinamiento finisecular, la morbidez idealista y la ausencia de elementos abstractos de la poesía de Keats. También Swinburne y Gerard Manley Hopkins fueron parcialmente influidos por Keats; y Walter Pater y los estetas de 1890, Moore, Sharp, Johnson, Wilde, Symonds e incluso el primer Yeats le apreciaron particularmente por su intensa sensibilidad y por su poder de captación de la realidad, aunque no fueron mucho más allá de esta consideración epidérmica de Keats.

Por razones distintas, el siglo xx ha comprendido y estudiarlo a Keats con preferencia a cualquier otro poeta inglés de su tiempo. Su pureza de dicción, el sentido preciso y «simbólico» de sus versos y su distanciamiento formal respecto del tema, le han hecho objeto de especial atención, dentro del área anglosajona, desde el primer tercio de siglo hasta la fecha, en forma ascendente y multiplicada, como lo atestiguan los ensayos, trabajos, biografías y ediciones que van contribuyendo a nuevas aportaciones y correcciones de fondo sobre el «romanticismo» de Keats, que ciertos Victorianos, estetas y decadentes le asignaron, en su tiempo, unánimemente.



# FORMA Y LENGUAJE

*Endymion* está compuesto en dísticos heroicos («heroic couplets»); es decir, por series de dos versos decasílabos rimados entre sí, que presentan una pausa media y una construcción paralela. La mayoría son abiertos; es decir, no coincide la estructura estrófica con la del discurso poético y éste se prolonga más allá del pareado.

Salvo breves fragmentos intercalados, que tienen un ritmo de canción (como IV, 146/192 y 273/290), la forma métrica es uniforme. Tan sólo hemos anotado unos pocos versos no rimados en el original.

Tenemos constancia que la longitud del poema fue determinada «a priori» por su autor. Aunque alejado del propósito de convertirse en un «Poet Laureate» (o prebendado con una pensión económica), el único modo de obtener el prestigio necesario para, en aquel tiempo, poder subsistir con la pluma, era justamente la composición de un poema largo. La necesidad de autodemostarse Keats su envergadura y vuelo poético, así como el propósito de dedicarse a la literatura en lugar de a la medicina, determinaron, pues, la longitud del poema; y no parece veraz la afirmación de Leigh Hunt de que fue él quien le disuadió de escribir un poema de 7000 versos en lugar de 4000.

En el sentido de narración de menor tono heroico que la epopeya; mayor inverosimilitud; caracterización superficial de los personajes; tendencia a la fantasía y al sentimentalismo, *Endymion* es plenamente (según reza el subtítulo), «a romance», es decir, un relato emotivo y fantástico. La textura narrativa del poema es, sin embargo, lo menos logrado de él, de un lado porque se pierde a menudo en digresiones impertinentes o de relleno (así las historias de Glauco y Escila, Venus y Adonis, Alfeo y Aretusa), y de otro porque las interpolaciones líricas del texto, aunque bellísimas, desequilibran la organización interna del poema desde su punto de vista narrativo: es el caso del Himno a Neptuno del Libro III, el Cortejo de Baco o la fiesta nupcial de Cintia del Libro IV, e incluso el Himno a Pan (I, 232/306) o la Oda a la Tristeza (IV, 146/192 y 273/290).

La lentitud expositiva, la sobrecarga escenográfica y las constantes yuxtaposiciones de la acción complican y hacen difusa su progresión y dificultan la comprensión de la atmósfera alegórica del poema, especialmente en los Libros II y III. Desde el punto de vista lingüístico, Keats sintetizó con aguda sensibilidad diferentes repertorios, todos ellos dentro de una línea de tradición clásica británica: Shakespeare, Milton, Spenser, Wordsworth, Shelley, Coleridge y los autores elisabethianos tienen, desde el punto de vista formal, algún eco en la obra. Menos afortunada es su tendencia a reproducir las sofisticadas soluciones formales de Leigh Hunt o a elaborar de un modo aún inmaduro una iconografía helénica excesivamente

pintoresca, movida y, a veces, grotesca.

Algunos rasgos notorios de la dicción poética de *Endymion* son: las construcciones elípticas, eminentemente latinas y adoptadas de Milton (III, 693/696); la abundancia de adjetivos acabados en -y, que tanto deben a Hunt como a un intento de mejor modulación del verso, al restarle pies y añadirle variedad; la tendencia afectiva del epíteto y adjetivo; la acumulación de aquéllos y de éstos (por ejemplo, V. III, 637); la sustantivación del gerundio (w. 11, 17 y 19 del Libro I) y la tendencia a la elaboración morosa de las sensaciones de la vista, el oído o el olfato (por ejemplo, la sensual ofrenda del cupido de II, 441/453), que convierten ciertos pasajes de la obra en detalladas estilizaciones al modo de los pintores flamencos.

Esta sensualidad «naïve» adereza incluso los fragmentos más exhuberantes o farragosos, ya que nunca decae en convencionalismo gratuito o en preciosismo formal; y el cuidado que pone el autor en la selección del léxico, su casi siempre afortunada elaboración y síntesis y la plasticidad de los sucesivos cuadros o imágenes con que obsequia al lector, encantarán sin duda al que pretenda indagar más allá de la impávida melancolía de sus Odas. El contraste entre el estilo macizo y objetivo de los pasajes más sensuales, y la fluidez y remonte líricos de los más subjetivos y etéreos, constituyen, sin duda, a la par que un innegable desequilibrio formal, una considerable muestra de riqueza poética y un verdadero «tour de force» expresivo que es uno de los no menores galardones formales de la obra.

Destaquemos, por último, las vivísimas y delicadas enumeraciones más o menos naturalistas o alegóricas de la obra, en las que el autor se complace en obsequiarnos con su fronda imaginativa y su pureza expresiva: a guisa de ejemplo, son notorias las de I, 100/106, 251/260, 691/698, 835/842; II, 235/243; III, 123/136; IV, 680/689. Y, asimismo, la tendencia de Keats de anteponer la partícula adverbial al verbo, en lugar de hacerlo en la forma habitual: por ejemplo, «the orine out-sparlded», «the multitude-up-followed», «night up-took», «the hours down-sunken», etc. En general, la armoniosa construcción —que no musicalidad propiamente dicha— de la obra se escinde y recorta en párrafos y, paradójicamente, como incluso en sus Odas, la acción sigue un ritmo pausado y poco vivo desde el punto de vista formal, que distingue a Keats inmediatamente, por ejemplo, de Shelley, y le hace ser exacta y rigurosamente contrario a un «poeta lírico».

## SINOPSIS DE LA OBRA

Consta de 4050 versos, divididos en cuatro libros, que desarrollan un tema principal —«one bare circumstance» (Carta a Bailey de 8 de octubre de 1817)—, el amor de Endimión por Diana, Cintia o Febe, según un núcleo originario inspirado en el mito clásico, y diversas aportaciones personales. Entre éstas, y prescindiendo de pasajes accesorios, meramente ilustrativos o digresivos, parece la más importante la lenta transformación del héroe, que pasa a ser de un mortal enamorado de un ser ideal, a un hombre enamorado de una mujer. De un héroe seducido por la deidad lunar, a un hombre enamorado de una princesa india; princesa que, a la postre, resulta identificarse con la diosa desconocida de los inicios de la obra.

### *Libro I*

Cada uno de ellos está encabezado por un preámbulo. El del primer libro, que puede deber algo a la «Excursión» (1814) de Wordsworth —«Prospectus», 42/47—, permite deducir que la belleza es lo que hace que aceptemos nuestro destino (w. 1/24). Le sigue un breve inciso relativo a la duración que el autor piensa va a tener la redacción de la obra (w. 39/57), previsión que en realidad será superada, ya que no finalizó Keats su *Endymion* hasta el 27 de noviembre de 1817, más allá, pues, de la llegada del «sober autumn glod». Y seguidamente viene el relato de la fiesta de Latmos al dios Pan (w. 89/392), en un paisaje y ambiente elisabethianos de tradición bucólica, que tanto debe al «Himno a Pan» de Homero, traducido por Chapman, como a diversas composiciones de Drayton, Jonson, Fletcher, e incluso a cuadros del Tiziano y Rubens. Mientras el sacerdote hace el sacrificio divino, un coro canta su «Himno a Pan» (w. 196/306) («un bonito fragmento de poesía pagana», según Wordsworth, y «promesa de futuras excelencias», según Shelley) fragmento que ya anticipa el estilo de sus Odas posteriores; y, entretanto, Endimión se tiene aparte de los demás, misteriosamente hechizado.

Aparece su hermana Peona (v. 407) y satisface Endimión su curiosidad relatándole un sueño: como emanada de la luna, una forma femenina bajó a él y, tras un breve abrazo, le abandonó (w. 540/710), a pesar de sus esfuerzos por lograrla (w. 682/705) remontándose por los aires. Seguidamente, Endimión le comunica la fealdad del mundo cuando despertó (w. 682/705). Puede que algunos rasgos y detalles de Peona estén traspuestos por Keats de su hermano Tom.

Peona le exhorta a vencer el encantamiento y defiende la vida en el mundo.

Endimión desprecia las lisonjas mundanas y habla de su destino o llamamiento ideal (w. 770/853), exponiéndole los diversos modos y gradaciones del amor, de una forma jerárquica neoplatónica (w. 778/780 y 834/842). Seguidamente, relata su segunda visión de la diosa desconocida, cerca del templo a Latona (w. 862/905); y una tercera reminiscencia en la cueva de Proserpina, esta vez no visual, sino auditiva (w. 928/970). Y, con la actualización cronológica del tema, tomado «in media res», concluye el Libro: Endimión y Peona se van, juntos, en un bote, del apartado lugar del bosque en que ha discurrido la acción desde la entrada en ella de Peona.

## *Libro II*

Encabeza este libro un preámbulo de invocación al amor como poder superior al de las hazañas épicas, anteponiendo, entre otros ejemplos, a Julieta, sobre las proezas bélicas de Alejandro (w. 1/43). Reanudada la acción, una mariposa conduce a Endimión a una fuente, donde se le aparece una náyade que le augura su viaje al fondo de la tierra (w. 53/130), a la que éste responde (w. 143/203) manifestando su voluntad de perseguir a la diosa desconocida. Una voz misteriosa le ordena bajar al subsuelo (w. 203/214), donde, en una fantástica escenografía, ve a lo lejos a Diana (w. 243/246) y le suplica ir con ella (w. 295/332), pero, al acabar su parlamento se hunde repentinamente y cae en un claro de bosque (w. 376/386), donde encuentra a varios cupidos y a Adonis dormido (w. 392/427). Uno de ellos le relata la historia de los amores de Venus y Adonis y le obsequia cumplidamente (w. 433/495), hasta que Adonis despierta (w. 497/507). Seguidamente, y continuando en la atmósfera cortesana del relato, aparece Venus (w. 516/548) y cuenta a Endimión su amor hacia Adonis (w. 548/580), exhortándole a proseguir en su peregrinaje (w. 548/579), como posteriormente volverá a hacer (III, 903/921); hasta que Endimión, sumido en unas portentosas profundidades (w. 593/612, posiblemente inspirados en ciertos fragmentos de *Kubla Kahn*, 1816, de Coleridge, y de *A las tor*, 1816, de Shelley), y tras la contemplación de nuevos prodigios (w. 613/640), ve aparecer a Cibeles en su carro (w. 640/649). El camino de Endimión queda cortado, y un águila le conduce a un vergel precioso (w. 681/706), y ésta se le aparece (w. 713/738) y, aunque consiente sus efusiones, no llega a entregársele (w. 761/827), alegando su castidad, y, tras animarle hacia la vida, desaparece llorando.

Solitario Endimión (w. 855/860), encuentra una gruta (w. 878/915), donde recuerda su vida mortal y las alusiones a ella del Libro I; una fuente emana de ella, y entablan sus coloquios Alfeo y Aretusa (w. 936/1010).

El Libro concluye con la petición de felicidad a los cielos, para Alfeo y Aretusa, de Endimión; y con la aparición del mar sobre su cabeza (v. 1023), de un modo brusco y sugestivo que a algunos ha hecho pensar en el modo de concluir Dante sus

cantos.

### *Libro III*

Encabeza el Libro una farragosa diatriba contra los regímenes políticos reaccionarios (w. 1/21) de su tiempo. Le sigue una invocación o canto a la luna de romántica sensibilidad (w. 52/102), que sirve de preámbulo para la continuación del tema principal: Endimión sigue recorriendo unos extraños y ancestrales lugares submarinos, hasta avistar, con cantos a la luna y a su diosa desconocida (w. 103/190), a Glauco, quien le relata prolijamente la historia de sus amores con Escila y la maldición que por ello le ha dado Circe (w. 192/71).

Identificado Endimión como el ser predestinado a liberarle, así como a resucitar a los amantes muertos que Glauco ha velado durante mil años en aquellos parajes, acompañado éste de aquél, entran en el palacio de Escila (w. 718/737) y, tras un ritual mágico, la despiertan (v. 780), así como a los demás amantes que estaban muertos — en un pasaje eminentemente miltoniano—, y la conducen al mar (w. 813/818). Allí encuentran el palacio de Neptuno (w. 833/889), de sobrecargada descripción; y Venus les dirige la palabra y exhorta a continuar a Endimión (v. 893/923).

Tras tres breves invocaciones a Neptuno (w. 943/967), Venus (968/977) y Cupido (978/990), aparecen fastuosamente Océano y Anfión, Anfitrite y Tetis (w. 994/1005); cuyas maravillas hacen desmayar a Endimión. Invoca a Venus (w. 1011/1018), y las nereidas van a devolverle a la vida consciente, cuando la diosa desconocida dicta un misterioso mensaje que queda escrito con luz estelar en la oscuridad del cielo (w. 1021/1027) y que despierta definitivamente a Endimión.

Sorprendentemente, éste se encuentra otra vez en tierra firme, ante un tranquilo lago, feliz otra vez en su yacija de yerba (w. 1028/1032).

### *Libro IV*

Se abre el Libro con una invocación nacionalista a la poesía británica, y, seguidamente (w. 30/50) los lamentos de una princesa india, a los que Endimión responde (w. 105/138), no sin antes reafirmar su lealtad a Diana. Declara su amor a aquélla (v. 138), que responde con la Oda a la Tristeza (w. 145/192 y, más adelante, w. 273/290), que prefigura la ulterior idea keatsiana de la relación entre el dolor y la alegría y de la melancolía con la percepción de la belleza. Le narra cómo un día se fue de sus tierras, movida por el cortejo de Baco (w. 196/271), al que se describe de un modo casi rabelaisiano y opulento; y, tras un breve interludio dramático en el que

el héroe monologa sobre su situación (w. 298/321), aparece Mercurio (v. 331) y luego dos corceles negros (w. 343/348), con los que Endimión y la princesa vuelan hacia el cielo. Aparece el Sueño (v. 370) y llegan a las divinas moradas (v. 408), donde, tras la aparición de las Estaciones y de las Horas (w. 421/426), lo hace Diana (v. 430).

La princesa india despierta de su sueño (v. 462) y un rayo de luna la disuelve (w. 496/510). Un nuevo interludio, el de la Cueva de la Quietud (w. 512/554), que relaciona la necesidad del sufrimiento con la creatividad; y, nuevamente, en los cielos, se invita a Endimión a la mascarada nupcial de Diana (w. 558/612), pero, de pronto, el corcel echa al suelo al héroe y nos lo devuelve a tierra firme (v. 614). En los versos 636 a 721, Endimión renuncia a Diana por el amor de la princesa e intercala una preciosa «fantasía pastoral» (w. 670/721), pero, por unos motivos ambiguos, ella no admite tal renuncia. Endimión vuelve a encontrarse en los lugares de su infancia y aparece Peona, su hermana (w. 785/800), que le exhorta a la vida terrena (w. 804/846); a lo que Endimión se resiste. Propone a la princesa india compartir su amor por Diana (w. 849/872), y a continuación se despide de ambas (w. 902 y ss.) para volverlas a llamar (v. 910) y convenir una cita con ellas, al día siguiente, junto al templo de Diana.

Tras un nuevo monólogo del héroe, se acerca Cintia al paraje (w. 964/969) sin que él lo sepa; se encuentra con las dos muchachas y, cuando Endimión dice a Peona que desearía poder gozar del poder de disponer de su destino, Cintia se confunde e identifica con la princesa india (w. 980/996), la idealidad y la realidad se aúnan; ambas se transfiguran en una unidad. Endimión se arrodilla ante la diosa y, al besar sus manos, se le esfuma (v. 999); Peona deja a Endimión y a la princesa y vuelve hacia su casa, en un colofón abrupto y ciertamente feliz que da la impresión de recobrar un Paraíso Perdido y de asignar la certeza del ideal a los que aceptan encontrarlo en la realidad.

# **CRONOLOGÍA**

- 1770 Nacen Wordsworth, Hölderlin, Hegel y Beethoven. Se suicida Thomas Chatterton, a quien va dedicado *Endimión*. 1772 Nacen S.T. Coleridge, Novalis y Charles Fourier.
- 1776 Thomas Jefferson formula por vez primera la declaración de los derechos del hombre.
- 1777 Publicación de los *Rowley Poems*, de Chatterton. La Fayette y sus partidarios combaten con Washington por la causa americana.  
Nace Von Kleist.
- 1778 Muere Rousseau.
- 1783 Paz de Versalles. Inicio del período gubernamental «tory» de William Pitt, que se prolongará, salvo un breve lapso, hasta 1804.
- 1785 Nace Thomas de Quincey.
- 1788 Nace George Gordon, Lord Byron. *Paul et Virginie*, de B. de Saint-Pierre.  
Nace Schopenhauer.
- 1789 Asalto popular a la Bastilla. Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Muere W. A. Mozart.
- 1792 Nace Percy Bysshe Shelley. Ejecución de Luis XVI.
- 1794 William Blake: *Songs of experience*. Haydn: *Sinfonía del reloj*.
- 1795 El 31 de octubre nace en Finsbury, Londres, John Keats, primogénito de un «livery-keeper» o caballero principal de la posta «Swan & Hoop».  
Nace Carlyle. Goethe: *Elegías romanas*.
- 1796 Primera Sinfonía de Beethoven. Lewis: *El monje*. Hölderlin: *Hyperion*.  
Goethe: *Wilhelm Meister*.
- 1797 Nace George Keats, hermano de John.  
Jane Austen: *Orgullo y prejuicio*. Segunda edición de los poemas de Juan Meléndez Valdés.  
Nace Alfred de Vigny.
- 1798 Los hermanos Schlegel fundan la revista *Atheneum*. Publicación de las *Lyrical Ballads*, de Wordsworth & Coleridge. Walter S. Landon *Gebir*.
- 1799 Nace Thomas Keats, hermano de John.  
Instauración del Consulado en Francia. Exaltación napoleónica.
- 1800 Goya: *La familia de Carlos IV*. Experiencia socialista de Owen. Novalis: *Himnos a la noche*.
- 1801 Nace Edward Keats, tercer hermano varón de Keats, que muere el mismo año.  
Presidio de Jovellanos en el castillo de Bellver.
- 1802 Paz de Amiens entre España, Francia y Gran Bretaña.
- 1803 Nace Frances Mary Keats (Fanny), hermana del poeta. Éste ingresa en la «Enfield Academy», del Rvdo. John Clarke, padre de su condiscípulo y amigo Charles Cowden Clarke, que alentó decisivamente su vocación literaria. Keats



- estudia en dicho Centro latín, francés e historia, pero no griego.
- 1804 Muere el padre de Keats. Su madre contrae nuevas nupcias con un empleado de banca. John Keats va a vivir con sus abuelos maternos a Enfield. Coronación de Napoleón como Emperador. Carlos IV declara la guerra a Inglaterra.  
*Obermann*, de Sénancourt.  
Primera ley reguladora en España del descanso semanal.
- 1805 Muerte del abuelo de John Keats, que se traslada a Lower Edmonton con su abuela.  
Batalla de Trafalgar.  
Fallecimiento de Emmanuel Kant.  
*Pelayo*, de Manuel José de Quintana.
- 1806 Bloqueo continental a Inglaterra. Estreno de *El sí de las niñas*, de L. F. Moratín.
- 1807 Primera edición de los poemas de Wordsworth. Goethe: *Fausto* (1.<sup>a</sup> parte). S. T. Coleridge: *Biographia Literaria*. Thomas Moore: *Melodías irlandesas*.
- 1808 Guerra de la Independencia española. Abdicación de Fernando VII. Nace Gérard de Nerval.
- 1809 Desembarco británico en La Coruña. Nacen Larra, Darwin, E. A. Poe y Tennyson.
- 1810 Muere de tuberculosis la madre de Keats, a quien Alice Jannings, abuela de éste, nombra dos tutores, Mr. Abbey, comerciante de té, y Mr. Nowland Sandall, que, al fallecer, en 1816, dejará a los hermanos Keats bajo la exclusiva tutela del primero. Bajo la influencia de Charles Cowden Clarke, Keats lee a Tasso, Shakespeare, Spenser y Milton. Abandona definitivamente sus estudios.  
Alice Jannings lega a sus nietos, los Keats, unas 8000 libras, casi todo su patrimonio.  
Mme. de Stäel: *De l'Allemagne*. José M.<sup>a</sup> Blanco (White) emigra a Londres.
- 1811 Keats inicia por decisión de Mr. Abbey, sus prácticas sanitarias en el gabinete del cirujano y boticario Mr. Hammond. Simultáneamente, termina una traducción en prosa de *La Eneida*.  
Crisis económica. Paros, inflación y depauperación de la clase obrera. Nace Liszt.
- 1812 Keats compone su *Imitación de Spenser*.  
Constitución liberal de las Cortes de Cádiz.  
Nace Charles Dickens. Lord Byron: *Childe Harold* (1.<sup>a</sup> parte). Nace Roben Browning.
- 1813 Nacen Kierkegaard y Wagner. Victorias hispano-inglesas en Vitoria y San Marsal.
- 1814 Muere la abuela de Keats. Composición del soneto a Lord Byron.

Restauración de la Inquisición en España. Stephenson inventa la locomotora a vapor.

- 1815 Keats viaja a Londres, decidido a estudiar medicina; ingresa en el Guy's Hospital como sanitario, donde se dedica específicamente a vendar a los heridos. Primeras lecturas de Chaucer, Wordsworth, Chatterton, Burns. Primeras composiciones poéticas diversas. Prohibición del comercio de esclavos en Inglaterra. Acaba el Congreso de Viena, que fortalece el poderío naval inglés. Batalla de Waterloo.
- 1816 Charles Cowden Clarke da a conocer a Keats la traducción de Chapman de Homero. Le presenta al periodista y literato Leigh Hunt, merced a quien Keats traba relación con el pintor Benjamin Haydon y John Hamilton Reynolds. Leigh Hunt lee algunos manuscritos de Keats y publica en *The Examiner*, su periódico, un soneto de él. Este decide renunciar a la medicina por las letras, lo que su tutor, Mr. Abbey, no consiente hasta que no alcance su mayoría de edad (que acontece dentro del mismo año). Keats compone *Sleep and Poetry*, primer intento de ruptura con el neoclasicismo de Pope en pro de una reanudación tradicional de los eslisabethianos y Milton. Publicación de *Alastor*, de Shelley. Viaje a Italia de Goethe. Coleridge publica *Kubla Kahn*. En España, *Poesías*, de N.A. de Cienfuegos.
- 1817 Con la ayuda de Shelley, Keats publica sus primeros poemas, que constituyen un fracaso financiero. Lecturas de Shakespeare y Coleridge. Compone, en la isla de Wight, su *Endymion*. Traba amistad con Charles Lamb y William Wordsworth. Godwin y Hazzlitt, leen sus poemas por mediación de Leigh Hunt. A su regreso a Londres, y decidido a dedicarse a la poesía, Keats emprende viaje a Hampstead con sus hermanos. Nace Zorrilla. David Ricardo anuncia la ley del salario y su teoría de la renta.
- 1818 Taylor & Hessey publican *Endimión*. Keats trabaja en *Isabella*. Temporada en el campo de su hermano Tom, ya enfermo de tuberculosis. Keats y Charles Brown emprenden a pie, una excursión por el Distrito de los Lagos y Escocia. Primeros síntomas de tuberculosis. Regreso a Londres. El órgano publicitario *Blackwood's Magazine* lanza un virulento ataque contra la escuela «cockney» de poesía (Lamb, Hazzlitt, Hunt y, particularmente, el «farmacéutico» John Keats). Virulenta crítica contra *Endymion* en la *Quarterly Review*. Tom Keats muere a los cuidados de su hermano John. George Keats emprende viaje a America. Keats trabaja en *Hyperion*. En Wenworth Place, domicilio de su amigo Charles Brown, conoce a Fanny Browne, inquilina, durante los meses de verano, con su madre y hermanos, de una casa vecina a aquélla. Hipotético compromiso matrimonial con Fanny el día de Navidad. Nacimiento de Karl Marx.
- 1819 Keats regresa a Hampstead, donde su enfermedad progresa. Proyectos de ejercer la medicina en Edimburgo. Se relaciona con Coleridge. Abandona su

primera tentativa de *Hyperion* y proyecta ejercer como médico naval. Dificultades económicas a causa de un pleito que bloquea sus recursos económicos. Charles Brown le ayuda decisivamente. En colaboración con éste, compone la tragedia *Otón el grande en la isla de Wight*. Se instala con aquél en Winchester. Empieza a estudiar griego e italiano. Lee a Dante. Compone sus «Odas», «La belle dame sans merci», y «La víspera de Santa Inés», ésta última inspirada, al parecer, en la relación del poeta con Isabella Jones. Trabaja en «La caída de Hyperion», definitivamente abandonado su primer proyecto. Nace Herman Melville.

- 1820 Primeras hemorragias. Taylor & Hessey publican un segundo volumen de poemas de Keats. Por prescripción facultativa, éste se ve precisado a viajar a un clima mediterráneo. Shelley, al enterarse, le invita a reunirse con él en Pisa, pero Keats declina la propuesta. Mrs. Browne y su hija Fanny le cuidan en Hampstead. Acerbas críticas contra *Endymion*, en la *Edinburgh Review*. Keats abandona Hampstead y se despide de Fanny. Embarca hacia Italia con Severn tras escribir, en Lullworth, su último soneto. Llega a Roma el 17 de noviembre. El 30 del mismo mes escribe su carta a Fanny. El 10 de diciembre, su estado ya es desesperado.

Shelley compone *Prometeo liberado*. Mathurin pone fin a la novela gótica con su *Melmoth*. Goya: *Los desastres de la guerra*.

- 1821 Muere en Roma, junto a la Piazza Spagna, el 23 de febrero. El 25 de febrero se le entierra en el cementerio protestante, junto a la pirámide de Cayo Cestio, bajo el siguiente epitafio: «Aquí descansa aquél cuyo nombre en las aguas quedó escrito».

Thomas de Quincey: *Confesiones de un comedor de opio*. Nacen Fedor Dostoyewsky y Charles Baudelaire.

Shelley dedica a Keats su elegía *Adonais*, suponiéndole prematuramente muerto a causa de las críticas recibidas en 1818.

- 1822 Muere P. B. Shelley.

- 1823 Alejandro Manzoni: *Los Novios*.

- 1824 Muere Lord Byron. Nace Juan Valera.

- 1829 Edición Galignani de algunos poemas de Keats (los de la edición de 1817, *Endymion*, los de la de 1820 y unos pocos más).

# ENDIMIÓN

*«Una antigua canción en metros amplios<sup>[1]</sup>»,  
dedicada a la memoria  
de  
Thomas Chatterton<sup>[2]</sup>.*

Íntimamente sabedor del modo en que se ha originado este poema, no sin cierto sentimiento de pesar lo hago público.

El modo a que me refiero, será evidente para el lector, que de inmediato advertirá una gran inexperiencia, inmadurez, y todos sus errores, indicativos de un intento febril mejor que de un logro consumado. Sé que los dos primeros libros, y sobre todo los dos últimos, carecen de la calidad que justificaría su entrega a las imprentas, lo que no haría si creyese que el empleo de todo un año en corregirlos los pudiera mejorar, mas no lo haré, pues sus cimientos son demasiado frágiles. Lo que ocurre es que este muchacho podría entretanto morir —triste pensamiento para mí, si no tuviera ciertas esperanzas de que, en tanto él se va consumiendo, puedo componer y disponerme a producir unos versos inspirados que le sobrevivan.

Puede que esta forma de hablar sea excesivamente presuntuosa y merezca un correctivo, pero ningún hombre sensible será quien lo administre; me dejará solo, con la convicción de que no hay peor infierno que el del fracaso ante una gran tarea. Esto, como es obvio, no lo digo con el menor propósito de preservarme de la crítica, sino por el deseo que tengo de granjearme a los hombres de criterio competente y que velan celosamente por la reputación de nuestra literatura.

La imaginación juvenil es saludable, como lo es la madura, pero hay entrambas un espacio vital en que el alma está en fermento; el carácter, indeciso; el modo de vida, es incierto; y la ambición, densa y opaca. De ahí provienen el hastío y las mil amarguras que los hombres de que hablo tienen forzosamente que degustar hojeando las páginas que siguen.

Espero no haber llegado demasiado tarde para tratar de la hermosa mitología griega, ni empañar su brillo, por lo que quiero ocuparme una vez más de ella, antes de decirle adiós<sup>[3]</sup>.

TEINGMOUTH, 10 de abril de 1818.

# LIBRO I

Lo bello es una dicha para siempre:  
su hermosura va en aumento  
y nunca se abolirá en la inanidad,  
más aún nos dará un dulce cobijo  
y un reposo lleno de dulces sueños,  
bienestar y un suave aliento.

Por eso tejemos día a día la guirnalda  
de las flores que nos ciñen a la tierra  
a despecho de los temores, de la falta  
inhumana de nobleza, de los días crepusculares  
y de todos los insanos, oscurecidos caminos  
para nuestra pesquisa hechos.

Sí, a pesar de todo, alguna imagen bella  
aparta el sudario de nuestros sombríos espíritus  
y el sol, la luna, los árboles verdes o viejos  
esparcen su sombra regalada a las mansas ovejas;  
así ocurre a los narcisos con el mundo floreciente  
en que ellos viven, a los frescos riachuelos  
que hacen por sí mismos su álgida cubierta  
a la estación calurosa y al helecho forestal  
al que enriquece el centelleo  
floral de las rosas almizcleñas. Y tal es,  
en verdad, la grandeza del destino  
que hemos inventado a los muertos poderosos,  
las amenas consejas que hemos escuchado o leído,  
una fuente inagotable de elixir inmortal  
que chorrea hasta nosotros de la linde de los cielos.

Y no tan sólo percibimos una breve hora estas bellezas<sup>[1]</sup>;  
no, porque, así como los árboles susurrantes en torno al templo  
se convierten en seguida en algo tan venerado  
como el templo mismo, así la luna,  
la pasión de la poesía y un infinito esplendor,  
nos asaltan hasta convertirse en luz gozosa a nuestras almas  
y tan estrechamente nos circundan  
que, ya encubiertas de luz, ya de penumbra,  
deben para siempre acompañarnos o morimos.  
Así pues, alborozado, es, como voy a contar

todo el relato de Endimión. Hasta la música de su nombre  
me ha penetrado<sup>[2]</sup> y cada escena placentera  
crece ante mí con igual frescor  
que el verdor de nuestro valle. Así que voy  
a empezarlo ahora que el bullicio de la ciudad  
no me alcanza, ahora que las yemas más tempranas  
se renuevan y extienden  
por laberintos del más tierno color  
por los vetustos bosques; ahora que los sauces nos muestran  
su delicado ámbar y nos llegan las cubas del establo  
rebosantes de leche a casa. Y mientras la estación verdece  
en los tallos que rezuman, voy a guiar suavemente  
mi botecillo a lo largo de muchas y mansas horas  
por los arroyos que se internan en la espesura.  
Muchos, muchos versos espero escribir  
antes de que las margaritas, ribeteadas  
de bermellón y blanco, en la yerba tupida se oculten;  
y, antes de que las abejas zumben en torno a las matas  
de trébol y el dulce guisante, debo hallarme  
casi en mitad de mi relato. Y ojalá  
no lo vea el invierno nudo y cano aún incompleto,  
sino que el majestuoso otoño, con el tinte universal  
de su oro atemperado, me envuelva cuando lo acabe.  
Yo, ahora, temerario, envío ya  
mi heraldo pensamiento a las soledades:  
dejadle que sople su clarín y cubrid rápidamente  
mi inseguro camino de verde para que pueda avanzar  
ágil y presto por entre flores y matorrales.  
Por las faldas del Latmos se extendía un bosque frondoso<sup>[3]</sup>  
pues la húmeda tierra nutría copiosamente  
todas las raíces de sus arbustos escondidos  
y en ramas pensiles y frutos preciosos los convertía.  
Y tenía una fosca umbría, profundamente oculta,  
a la que nadie accedía; y si de la vigilancia  
del pastor algún cordero a lo hondo de aquellas cañadas  
recónditas se descarriaba, nunca volvía  
a ver más los placenteros apriscos a que sus congéneres,  
balando de contento, al atardecer, por las colinas acudían.  
Siempre creyeron los pastores que ningún lanoso cordero  
que de tal suerte se separara de su blanco rebaño pasara  
indemne de los lobos y leopardos de acechante pupila  
hasta aquellos vírgenes llanos donde pastaba la grey de Pan<sup>[4]</sup>.



¡Buena ganancia, sí, la del que así perdió un cordero!  
Había allí muchos senderos que serpeaban  
entre palmares de helechos, juncos de pantano  
y bancales de hiedra, amenos todos, que conducían  
a un claro espacioso donde sólo podían verse troncos  
entreverados de ondas de césped y ramas inclinadas.  
¿Quién podría decir el frescor  
del espacio de cielo en lo alto, perfilado  
por las oscuras copas de los árboles,  
donde batiera a menudo una paloma sus alas  
y, también a menudo, por su azul navegara una nubecilla?  
En medio de esta delicia se erigía un altar de mármol  
con una trenza de flores recién despuntadas; el rocío  
había imitado fantasías de hada al esparcir  
margaritas sobre el sagrado césped la víspera  
anterior y así recibir con pompa la luz del alba.  
Porque era de día: el cimero fuego de Apolo<sup>[5]</sup>  
con todas las nubes del amanecer hizo una pira de plata  
de tan lúcido esplendor que en su interior  
un espíritu melancólico hubiera podido ganar la libertad<sup>[6]</sup>  
y confundir con los vientos su delicada esencia:  
la eglantina, de lluvias perfumada, donaba  
su dulzor atemperado a aquel sol tan solícito;  
la alondra estaba en él perdida;  
los fríos arroyos habían corrido a calentar  
en el césped sus burbujas más heladas  
y la voz del hombre sonaba en las montañas,  
la masa de vida natural y maravillas palpitaba  
diez veces más de prisa por sentir  
aquel amanecer y su vieja magnificencia.

Y en tanto los silentes trabajos de la aurora  
más diligentes eran, en aquel mismo prado,  
con risueño griterío, irrumpió de pronto  
un tropel de niños con guirnaldas que, al juntarse  
en torno a aquel altar, pareció mirar devotamente,  
como deseando observar a algunas gentes en fiestas.  
Y no tuvo que esperar mucho a que colmara  
una suave tonada musical sus oídos,  
cada vez más intensa, que después  
se extinguió otra vez. A poco, propagó, de nuevo,  
en suaves ondas, su aéreo oleaje,  
hasta las leves hojas suspendidas, quebrándose

en dulces ecos, por el valle cubierto de ramas,  
hasta llegar, antes de expirar, a los murmullos  
agitados del solitario mar.

Y entonces,  
tan profundamente como podemos ver  
en un bosque los ojos de un lince, alborearon  
unos rostros radiantes, serenos, y aparecieron  
unas blancas vestiduras cada vez más visibles  
hasta que al fin, por el pasaje más practicable,  
fueron directamente hacia aquel altar del bosque.  
¡Oh, benigna musa! No permitas que mi lengua se entorpezca  
al hablar de tan amable compañía,  
de su antigua piedad y de su alegría, mas haz  
que caiga un poco de celeste rocío sobre mi frente  
y libere de pronto mi alma; y que pueda intentar,  
de camino, un balbuceo donde el viejo Chaucer antes cantó<sup>[7]</sup>.

Encabezaban la marcha unas jóvenes doncellas  
cantando el estribillo de una copla pastoril<sup>[8]</sup>  
y cada una llevaba una guirnalda blanca  
que rebasaban unas tiernas plantas abrileñas  
y, detrás, seguían, bien ataviados, numerosos pastores  
que parecían, tan atezados por el sol, aquellos  
que cuentan los libros de la Arcadia<sup>[9]</sup>  
sentados en torno de Apolo, el tañedor del caramillo,  
cuando el magnífico dios, demasiado perfecto para la tierra,  
dejaba morir su esencia divina, desbordándose,  
en música por los valles de la Tesalia<sup>[10]</sup>. Algunos  
arrastraban, indolentes, por el suelo, sus cayados;  
otros sostenían un agudo, blando son  
con la embocadura de ébano de sus flautas;  
y, seguidamente, detrás, bajo los árboles del bosque,  
llegó un venerable sacerdote, majestuosamente,  
rodeado de unos fieles servidores, siempre fija  
la mirada en el césped ya hollado que pisaba,  
y tras él arrastraba su veste rozagante.  
Blandía su mano derecha un vaso blanco  
como la nieve, de vinos mezclados, que irradiaba  
un espléndido burbujeo, y con su mano izquierda tenía  
un cesto lleno de yerbas más tiernas  
que las que la mirada más cuidadosa hubiera  
podido elegir, tomillo silvestre y lirios del valle,

aún más apacibles que el amor de Leda<sup>[11]</sup>  
y berros de torrentera. Su añosa cabeza,  
que ornaba una corona de hojas de haya, parecía  
una cúspide de hiedra en los dientes del cano invierno<sup>[12]</sup>.  
Y después vino otro séquito de pastores  
que a su debido tiempo alzaba en alta voz  
su parte del canto, y detrás apareció una clamorosa multitud  
que a las nubes sus voces levantaba, un carro  
engalanado que rodaba suavemente como para embarazar  
lo menos posible la libertad de los tres corceles tordos.  
Y quien en él se erigía parecía entre las gentes afamado.  
Había en él la juventud del todo escapado  
y parecía un Ganimedes adentrado en edad madura<sup>[13]</sup>  
y era su vestido, en aquellos tiempos inocentes,  
el de un caudillo real<sup>[14]</sup>; colgaba  
de su pecho medio desnudo un bugle de plata  
y entre sus nervudas rodillas llevaba  
un hiriente venablo. Había en su semblante una sonrisa,  
parecía a los que le miraban cual si soñara  
de ocio en las arboledas del Elíseo<sup>[15]</sup>.  
Pero algunos pudieron escandir sentidamente  
un oculto pesar de su labio inferior fruncido  
y ver que a menudo las bridas se deslizaban  
por sus manos descuidadas, y entonces suspiraban  
y pensaban en las hojas doradas, en el grito de los búhos,  
en los leños solemnemente hacinados<sup>[16]</sup>.<sup>3</sup> ¡Bendito día!  
¿Por qué nuestro joven Endimión desfallecía?

Permaneció la asamblea callada y dispuesta en círculo  
en torno al altar; y cada mirada se trocó  
en repentina veneración. Las mujeres impusieron  
silencio a sus hijos con ternura, en tanto  
las mejillas de las muchachas en flor palidecían  
levemente con algo de miedo. Y también Endimión,  
sin par en los bosques, estaba pálido y desvaído,  
y con un rostro estupefacto entre sus hermanos  
de caza montaraz. En medio de todos, el venerable  
sacerdote miró venturosamente del mayor al menor,  
a todos, y tras alzar sus ancianas manos, dijo:

«¡Hombres de Latmos! Pastores todos que cuidáis  
de la guarda de mil rebaños; bajados de los riscos

que coronan vuestros montes; llegados de los valles  
donde el caramillo no enmudece o de los llanos  
dó la brisa apenas mece las campánulas azules  
y la iniesta espinosa prodiga sus dorados renuevos;  
vosotros, cuya preciosa carga pace  
hasta la linde más extrema de la mar  
y cuya melodiosa boquilla, con solitario son, tocan  
los débiles ecos del viejo cuerno de Tritón<sup>[17]</sup>;  
madres y esposas que os afanáis cada día en preparar  
el zurrón con lo preciso para la sierra ventosa  
y vosotras, tiernas doncellas que criáis a los corderos  
sin madre, y llenáis un tarro de miel  
para el doncel escogido, ¡oídme todos!: debemos,  
en verdad, ofrendar nuestros votos al gran dios Pan.  
¿No están nuestras mugientes novillas más tersas  
que los hongos que se crían en lo oscuro? ¿Y no están  
nuestros llanos moteados por incontables vellones?  
¿No dieron las lluvias un verdor nuevo al seno de abril?  
Ya no impacienta ningún triste aullido  
a nuestras ovejas amedrentadas y hemos gozado  
de la magnificencia de nuestro dueño, Endimión.  
La Tierra es dichosa; la alondra, feliz, ha dado  
su trino temprano a la brisa de este cielo  
que se extiende así de claro sobre este solemne ritual».  
Y, así acabando, dispuso en el altar una guirnalda  
de perfumes que encendió con fuego sacro; y luego  
roció el espeso, absorbente césped de vino  
en loor del dios de los pastores;  
y, en tanto la tierra lo empapaba;  
las hojas de laurel en la fragante pira crepitaban;  
y el aromado incienso, brillante, centelleaba  
bajo el ardiente perejil, y un difuso esplendor  
ennegrecido se esparcía hacia oriente, el coro así cantó:

«¡Oh tú, el tejado de cuyo gran palacio se sustenta  
en troncos hendidos y ampara con su sombra  
eternos murmullos, tinieblas, el despuntar,  
la vida y muerte de flores invisibles,  
en inerte quietud; que gustas de ver  
a las haimdríades<sup>[18]</sup> arreglar sus rizos despeinados  
donde se encuentran los oscuros avellanos  
y que largas horas te sientas a escuchar solemnemente  
el monótono lamento de los melancólicos juncos

en parajes desiertos donde la densa humedad cría  
los tallos más extraños de espigada cicuta  
y evocas entonces la tristeza  
de cuando perdiste a la hermosa Siringa<sup>[19]</sup>,  
ahora, por tu amada de frente blanca y pura,  
por los temblorosos laberintos que ella recorre,  
oh, Pan, escúchanos!

¡Oh tú, por cuyo plácido bienestar las tórtolas gorjean  
con pasión sus arrullos entre mirtos  
cuando por la tarde vas errando por los prados  
soleados que bordean los flancos de tus musgosos reinos!  
¡Oh tú, al que la higuera de ancha hoja desde ahora  
predestina sus frutos maduros y la abeja,  
ceñida de amarillo, sus panales dorados; los prados  
de nuestras aldeas sus habas más floridas y trigo;  
el pardillo que pía sus cinco crías aún no alumbradas,  
para tu loa; las fresas trepadoras su frescor veraniego;  
las crisálidas de mariposa sus alas moteadas, sí,  
y todos sus primores la nueva estación que despunta;  
ven ya, veloz, oh dios de los bosques,  
por los vientos todos a que se inclinan los altos pinares<sup>[20]</sup>!

¡Tú, al que todos los sátiros y faunos vuelan prestos  
a tu servicio, ya para sorprender a la libre  
acurrucada cuando está adormecida, o sobrevolar  
los abismos escarpados a salvar a los corderos indefensos  
de las garras aguileñas; merced a algún hechizo misterioso  
conducir a los pastores extraviados otra vez a su vereda;  
o, jadeantes, recorrer el océano espumoso  
y recoger las más hermosas conchas  
para que tú las arrojes a las celdas de las náyades<sup>[21]</sup>  
y, escondido, rías cuando de ellas asomen  
y te complazcas en sus fantásticas piruetas  
mientras se echan a la cabeza bellotas plateadas  
o pardas pibas; por todos los ecos que te circundan,  
sátiro rey, escúchanos!

Oh tú, que atiendes el sonido  
clamoroso de las tijeras cuando vuelven a intervalos,  
balando, los carneros al redil y soplas  
el cuerno cuando acometen feroces jabalíes  
de hocico prominente los campos de maíz tierno

y enfurecen al cazador; tú que alientas en torno  
a nuestras granjas para disipar el mildiú  
y los albuces del clima, oficiante peregrino  
de rumores inefables que en nuestras hundidas tierras desmayan  
y se consumen tristemente en los páramos yermos,  
guarda grave de las puertas invisibles que conducen  
al saber universal<sup>[22]</sup>, hijo de Dríope magnífico<sup>[23]</sup>, ¡mira  
cuántos acuden a ofrendar su sacrificio  
con la frente de hojas coronada!

Sé aún

el refugio inimaginable a los pensamientos solitarios,  
aquellos que distraerían una idea hasta la misma linde  
de los cielos, para luego dejar muda la mente;  
sé levadura que, fermentando en estos opacos,  
compactos terrones, les, dé un toque que trascienda la tierra,  
nueva vida; es símbolo de inmensidad,  
firmamento que en el mar se refleja o elemento  
entrambos intermedio, desconocido... Pero basta;  
ocultando humildemente nuestras frentes con las manos levantadas,  
prosternémonos y demos un potente grito que llegue  
hasta los cielos. ¡Te imploro que acojas  
nuestra devota plegaria<sup>[24]</sup> desde lo alto de tu monte Liceo<sup>[25]</sup>!

Y mientras finalizaban el cántico, alzó la multitud  
un vocerío que en el aire se extinguió  
como el muriente retumbo de un abrupto trueno  
cuando innúmeros delfines de Jonia llegados  
asoman de pronto sus cabezas en el mar; y, en tanto,  
por los llanos umbríos y en delicado musgo empezaron  
de repente a danzar coros de efebos ágilmente  
al atiplado son de las flautas y al rasgueo  
de las cuerdas. Flotaban, sí, aquellas leves formas vivas  
en tonadas olvidadas, inmemoriales. ¡Deliciosas criaturas!  
Los hijos de sus hijos dieron sus héroes a las Termopilas<sup>[26]</sup>,  
y no han muerto aún, sino que en mármoles antiguos  
son por siempre bellos; padres eminentes que tomaron  
sin darse cuenta los dulces frutos primeros del Tiempo;  
que danzaron hasta agotarse, y, luego,  
en plácidos coros, ablandaron la yerba del cerro  
escuchando el último trozo de algún relato  
insólito, capaz de trasladar su mente juvenil  
de su corporal morada; que miraban a los lanzadores

de disco atentos al juego y deploraban  
la triste muerte de Jacinto cuando el soplo cruel de Céfiro  
le mató<sup>[27]</sup>, del penitente Céfiro que, antes  
de que Febo remonte el firmamento, acaricia la flor  
con la lluvia que solloza<sup>[28]</sup>. Y también  
los que al arco, en anchuroso llano, competían,  
junto al plumoso zumbir de cuerdas, el silbido  
grave de las flechas y el suave balanceo  
de la rama rota que pende de la copa de un alto fresno, evocaban  
pensamientos sin cuento para envolver  
en ellos a los que miraban: acaso  
las rodillas temblorosas y la boca espantada  
de la solitaria Níobe<sup>[29]</sup>, de la pobre Níobe  
mientras morían sus hermosos hijos y posaba  
su lengua acariciante, abandonada, en sus pálidos labios  
y arañaba, en tan inmensa calamidad, sus mejillas de madre.  
Como desvelados de estos tristes pensamientos  
por una voz lejana, potente, que les llamara,  
alzando al aire su recio arco,  
muchos pudieron, seguidamente, evocar  
visiones más claras: quizá a los Argonautas<sup>[30]</sup>  
en ciego asombro, afanados, en las sendas veleidosas  
de Neptuno<sup>[31]</sup> hasta que de un curvado extremo  
del horizonte surgiera un dorado esplendor,  
amplio y lejano, que esmaltara aquellos innúmeros labios  
de la mar con metálico temblor: el pasmoso fulgor  
del arco de Apolo enaltecido, una marca excelsa  
en su lánguida aflicción. Así quienes fueron capaces  
de contemplar altas visiones, pudieron  
encaminar sus pasos hacia el severo rodel  
donde estaba Endimión y el anciano sacerdote,  
entre los viejos pastores, cuyas miradas  
acrecían el ocaso de plata de su estrella mortal;  
hablaban de los livianos obstáculos que nos separan  
de nuestra celeste morada y de cuál era aquí nuestro deber:  
despertar por la noche a Véspero<sup>[32]</sup>,  
hermoso penacho de la estación estival;  
reunir todas las nubes más bajas para acostar  
en púrpura al sol; emular  
con sus ceremonias el poderoso designio del hado  
merced a la prontitud de sus exhalaciones de ígnea cola<sup>[33]</sup>,  
teñir las pálidas mejillas, con color de flor,

al que busca dulce poesía a la luz de la luna  
y, junto a éstos, un mundo de otros  
no adivinados ministerios. Y luego,  
platicaron sobre el Elíseo en divinos coloquios,  
rivalizando en contar cada uno  
su propia ventura por venir. Uno creía firmemente  
que no podía perder su efímero amor  
entre las hermosas ramas floridas donde cada suspiro  
de la brisa frunce y engalana sus labios  
con música de bienvenida. Otro ansiaba,  
en medio de aquella eterna primavera, encontrar  
a su rosado efebo, de alas plumosas, impetuoso  
y de muy férvidos ojos, por unos valles de almendros<sup>[34]</sup>;  
que, de pronto, mecido por aquel manso viento,  
ciñera sus sienes con las hojas más perfumadas  
y fuera, por siempre, en aquellos parajes,  
su mensajero, su pequeño Mercurio<sup>[35]</sup>. Otros anhelaban  
ver otra vez a sus compañeros de caza  
de tiempos pasados desplegados por el amplio llano,  
y sentarse juntos y hablar de sus diversas suertes  
a su paso por la tierra, comparando dichosamente  
su abundante acopio de gozo con el tiempo  
en que, de noche, en un páramo se arrebuja-  
ban de frío y compartían sus parcas provisiones.  
Así exponían todos sus amenas fantasías salvo aquel  
cuyos párpados velaban sus gemas misteriosas,  
Endimión; que hasta entonces se había esforzado  
tantas veces en ocultar aquel veneno ponzoñoso como un chancro  
que en sus borrosos recuerdos se había hendido.  
Y en verdad que entonces sus sentidos desmayaban;  
no atendía aquel súbito silencio;  
aquellos leves murmullos; aquellos ojos ancianos  
que anulaba la tristeza; aquel clamor ansioso  
o aquel nervioso aferrarse de manos que temblaban;  
el suspiro de las muchachas, que al mismo dolor hace fragante;  
sino que, absorto, inmóvil, seguía arrobado  
como si nunca hubiera pisado la tierra. Sí,  
tan muerto e impasible como el hombre de mármol,  
helado, del viejo cuento árabe<sup>[36]</sup>. ¿Quién susurra,  
tan cerca y ansiosamente? Peona, su grácil hermana<sup>[37]</sup>,  
de todos sus amigos la más querida, que le hacía  
signos de silencio y exhalaba una tristeza fraterna



para inducirle a que a ella se abandonara,  
a que se cobijara en su amparo. Y disipó  
su elocuencia aquel hechizo. Como algún  
espíritu maternal de medianoche, le condujo,  
en feliz mutación y por vivido, convincente sueño,  
a lo largo de una senda entre dos riachuelos,  
protegiendo su frente con su brazo delicado,  
de las ramas más bajas; y sus lentos pasos  
de tropezar con tocones y pequeñas prominencias,  
hasta que llegaron adonde daban tales arroyuelos,  
con mezclado gorgoteo y corriente suave: a un río  
límpido, caudaloso y generoso al reflejar  
su cristal los árboles y el cielo. Allí flotaba  
un pequeño esquife con la proa orientada  
a la orlada orilla, que entonces se hundió suavemente  
para de nuevo emerger y con el peso de los dos jóvenes  
hundirse otra vez. Peona la llevaba por las aguas  
en dirección a una isla frondosa que había enfrente  
y cuando, en seguida, llegaron a ella, le condujo  
dulcemente a una sombría, fresca y rizada cala  
donde había una enramada entretejida  
por la caricia silenciosa de innúmeros estíos  
y a cuya fresca umbría solía llevar ella a sus compañeras,  
con sus agujas y bordados y el recuerdo de las trovas  
de los bardos ya pasados.

Se alegró ella, pues,  
de verle en la plácida sombra de su rincón predilecto,  
en su propia yacija, recién hecha, de flores  
secadas con cuidado en el lado más fresco de las gavillas  
cuando agitaba el postrer sol sus trenzas otoñales  
y los campesinos atezados recogían copiosas brazadas;  
y, después, sumióse en un reposo somnoliento  
pero, antes de que éste le poseyera, llevó a sus labios  
la mano inquieta de Peona y, ya dormido, tomó  
tiernamente la punta de sus dedos: y como un sauce  
mantiene su paciente mirada en la corriente sinuosa  
que bajo él discurre, así la plácida muchacha,  
en paz, la tenía — y los tallos de yerba murmuraban;  
y se oía el silbido de los mosquitos, el zumbido  
de las abejas en las campánulas azules  
o el rumor de un abadejo entre hojas secas  
y breves ramas.

¡Oh mágico sueño! ¡Pájaro  
acogedor que amparas los mares turbulentos del espíritu<sup>[38]</sup>  
hasta que amainan y se alisan, ligazón ilimitada  
y oprimida libertad! Magna llave  
de los palacios de oro y de las trovas extrañas,  
de los manantiales fantásticos, de los árboles  
renovados y de las cuevas centelleantes,  
de las grutas resonantes llenas de ecos que retumban  
y de la luz de la luna. ¡Sí, de todo un mundo  
intrincado, de argentado encantamiento! ¿Quién,  
protegido por tus alas sosegadas no renace  
en tres horas y vuelve a la vida? Así en la enramada  
volvió la calma a Endimión y, de nuevo, con ella, la vida.  
Abrió sus párpados y dijo, con ánimo más tranquilo:  
«Me llega al alma este tu amor tan entrañable;  
eres como una paloma que tiembla, con los ojos cerrados  
y alas tersas, junto a mí. El rocío de aljófaro no trae  
tales aromas mañaneras a los campos de mayo  
como esas brillantes gotas que al parpadear trasladan  
tus hermosos ojos, morada verdadera, residencia  
del amor fraternal. ¿Qué puedo, dime, querer  
más próximo al cielo sino tus lágrimas? Pero enjúgalas,  
disipa todos tus temores de que pase en adelante  
mis días triste y solo. No, que una vez más  
levantaré mi voz hasta la cima de los montes;  
haré otra vez que mi trompa  
de sus canas frentes resuene;  
otra vez mi jauría de sabuesos sacará la lengua  
en torno al jadeante jabalí; podaré otra vez  
el crecido, hermoso tejo para hacer  
con él un buen arco; y cuando se ponga el sol  
placentero, de nuevo me quedaré  
en la ladera de algún prado a escuchar  
el canto de los tordos moteados y ver  
cómo pastan nuestras ociosas ovejas.  
Anímate, querida, pues; y si tienes aquí el laúd,  
regala con él mi alma suavemente,  
para que siga su camino prefijado».

Y entonces Peona  
recluyó en su fuente de plata sus lágrimas puras  
y, dando una alegre exclamación, tomó un laúd

y lo pulsó y de él arrancó un vivaz preludio que dispuso  
el tono que había su voz de recorrer, una canción  
de cadencia más suave y rústica o pastoril  
que el solitario arrullo de Dríope a su niño,  
rara y melancólica cual otra ninguna  
que por el aire haya bogado. Algún extraño genio del espíritu  
inspiraba sin duda la mano de la muchacha, pues,  
con délfico vigor<sup>[39]</sup>, pulsaba las invisibles cuerdas  
prestante, pese a ver desvanecerse el ánimo  
de Endimión, disiparse ante su honda embriaguez.  
Mas de pronto, con brusca irrupción, volvió en sí,  
arrimó a un lado el laúd y, vehemente, dijo: «Hermano,  
es vano que ocultes lo que sabes  
de las cosas misteriosas, de las cosas inmortales  
y estelares, ya que tan sólo ellas han podido  
angustiar tu ánimo así. ¿Acaso ofendiste en algo  
a las potencias del cielo? ¿Cazaste una páfica  
paloma mensajera<sup>[40]</sup>? ¿Tendiste tu arco funesto  
contra algún hato de ciervos consagrados a Diana?  
¿O viste quizá sus miembros desnudos  
entre los verdes alisos, lo que, ¡ay!, es la muerte? ¡No,  
que adivino en tu mirada algún misterio aún más excelso!». Endimión la miró y la tomó de la mano. «Y ahora,  
¿estás pálida tú, que fuiste tan gentil y animosa  
en nuestros prados? ¿cómo es esto? Cuéntame tus pesares,  
dime todo lo que te aflige. ¡Ah, te ha entristecido  
la mudanza repentina que en mí ha habido! En verdad,  
¿qué puede haber más raro? ¿o qué más cabal  
para vencer tal conjetura? La ambición no es perezosa  
ni tiene el premio que años de fatiga pudieran  
poner a mi alcance, por lo que tanto he suspirado,  
con tan lánguidas ansias como nadie  
por amor mortal alguno. Y por ello  
mi dolor más amargo todos han puesto por encima  
de estos hechos, y han sido certeros.

Yo, que en cuanto veía el sol asomar por el horizonte  
y apoyar sus anchos hombros sobre el filo del planeta  
encarándose a Lucifer<sup>[41]</sup> ya había erguido mi lanza en alto  
como señal para la caza y que cabalgaba por puro placer  
mi árabe corcel; que abatía a los buitres  
de sus altos asentamientos y me enfrentaba  
a un rugiente león, al que obligaba a darse a la fuga;

¡cómo he perdido, de golpe, todo mi ardor,  
de penas grávido, y con él, así, me he arruinado!  
Pero voy a aliviar aquí mi corazón de su angustia  
secreta, en esta fronda escondida.

Este arroyo no ve el cielo desnudo hasta que no empieza  
a esparcir su plata en torno al lado  
de poniente del bosque, desde donde, en cierto paraje,  
parece, de lejos, su corriente sinuosa una luna creciente.  
Y en ese escondite, primor de junio en verdad,  
solía pasar yo mis trabajosas tardes con razón,  
pues el sol ocioso allí levanta  
una muy amable estampa de soberano poder, y podía  
verlo yo siempre en su momento más solemne,  
cuando empuña en alto sus riendas doradas  
y, al paso, guía, bajando planicies de ámbar,  
pausadamente, sus cuatro piafantes corceles<sup>[42]</sup>.  
Y cuando alumbra su carro con sus rayos  
los dominios del león zodiacal, florece allí  
un lecho de ensueño, de díctamo sagrado  
y de rojas amapolas<sup>[43]</sup>, ante el que me admiré  
sobremanera, pues bien sabía que había forjado  
para una noche sólo esta florida maravilla,  
y, sentándome a su vera, empecé a meditar  
sobre su significado. Y pensé: “quizá Morfeo  
batiera por aquí sus alas de búho al pasar, o, antes,  
quizá, de que la madre Noche alzara su urna de ébano,  
el joven Mercurio sumergió, arteramente, en él, su caduceo<sup>[44]</sup>.  
Tan rica guirnalda no pudo brotar de común parto”.  
Y así seguí cavilando hasta que la mente se me fue,  
desvanecida. Y corrióse entonces por las danzarinas amapolas  
una brisa, con el más tierno arrullo para mi alma,  
que formó imágenes de alas ante mi vista,  
de colores y chispas de luz centelleante que fueron  
nublándose poco a poco y enrareciendo para abismarse luego,  
nadando, en torbellino; y, entonces, caí dormido.  
¿Ah, podré contarte el encantamiento que siguió?  
Mas no fue sino un sueño, un sueño tal  
como el que lengua alguna, aunque en dulces acentos pródiga,  
cual manantial de caverna, podría expresar  
ni traerme a la mente cuanto vi entonces y sentí.  
Creí estar, mirando el cenit, donde la Vía Láctea  
se esparce, entre estrellas, con virginal esplendor,

y lo recorrí con la vista, hasta que las puertas  
del cielo parecieron abrirse ante mi vuelo, y me inquieté,  
y temí caer de tan alto ascenso por una mirada  
que hacia abajo diera; así que seguí inmóvil,  
por el aire, en aquel trance, y extendí  
anchurosamente imaginarias alas. Mas, de pronto,  
empezaron a resbalar estrellas y a apagarse  
ante mis ojos encendidos. Y entonces suspiré  
porque no podía seguir las y bajé mi vista  
hasta el confín del horizonte, y, ¡mira! por hendidura  
de nubes vi emerger la más hermosa luna,  
que hubiera podido siempre platear  
conchas para la copa de Neptuno. Alzóse tan vivamente  
encendida, que mi alma, alucinada, con sus esferas  
argentadas confundida<sup>[45]</sup>, giró con ellas  
por el cielo despejado y las nubes, hasta que al fin  
llegó a un pabellón de vapores, oscuro, en que —pensé—  
el cortejo de los planetas, ojos sin párpado, de nuevo  
entraba en el azul. Para unirme a tales astros dirigí  
otra vez hacia arriba la mirada, pero estaba  
del todo deslumbrado por algo luminoso que fluía,  
velozmente, desde abajo, y que con presteza ojos y rostro  
me velaba. Y miré de nuevo y, ¡oh deidades del Olimpo  
que guardáis nuestros destinos! ¿De dónde  
surgió aquella forma perfecta por todas las perfecciones,  
de dónde aquella excelencia consumada  
de todas las delicias? ¡Habla, tosca tierra, y dime  
dónde, oh dónde tienes tú un símbolo  
de sus cabellos dorados! Ni gavillas de avena  
que al sol crepuscular se inclinan... ¡Trae  
tu suave mano, encantadora hermana! ¡Y déjame  
que aparte tal delirio ante ti! Y en verdad  
que sus bucles eran como para hacerme enloquecer,  
sencillamente anudados en trenzas<sup>[46]</sup>, dejaban,  
en su grácil desnudez, al descubierto  
sus orejas redondas como perlas y su blanco cuello,  
su rotunda frente, y todo ello estaba confundido,  
no sé cómo, con tal paraíso de labios y de ojos,  
de rubor de mejillas, tenues sonrisas y débiles suspiros,  
que, si los traigo a la mente, mi espíritu  
allí se queda y con su fantasía juega hasta que agujas  
de humana proximidad lo emponzoñan todo.

¿A qué poder temible invocaré? ¿A qué templo eminente?  
Ah, mira sus pies airosos, más suaves y azulvenados,  
más tiernos y blancos que los de Venus, de la mar nacida,  
al erguirse en su cuna de concha<sup>[47]</sup>: ráfagas de viento  
convierten su manto en alada tienda; es azul  
y un millón de ojos diminutos la engalanan  
como si fueras a esparcir sobre el más sombrío, fresco prado  
de campánulas azules, margaritas a puñados».  
«¡Endimión, qué extraño! ¡Un sueño dentro de un sueño!»  
«Emprendió entonces aérea senda y me miró  
como una mortal doncella, y, sonrojándose, menguando,  
decidida y temerosa, estrechó mi mano  
y, ¡ah, fue demasiado!, creí  
desvanecerme ante su magia al tocarla  
mas no perdí el sentido, así el que se sumerge tres brazas  
en un mar cuyas aguas fluyen, rumorosas,  
por arbustos de coral; pues de nuevo me sentí  
remontado a aquella región en que las estrellas errantes  
disponen su artillería y las águilas contienden  
con el áspero cierzo que empuja la pesada masa pétrea  
de un meteoro; y tampoco me sentí solitario ni espantado,  
sino acunado, mecido por veredas de cielo peligroso.  
Y, al parecer, luego, dejamos de errar por las alturas  
y bajamos en dirección a unos torbellinos terribles,  
como aunados donde el gris tiempo hubiera excavado  
vastos antros y cavernas, en la falda de una montaña.  
Y unos hondos retumbos allí oí y suspiré otra vez,  
desfalleciendo, al ser espectador de mi celeste ventura,  
y fui transportado. Besé locamente los brazos  
seductores que me ceñían y mis ojos di a la muerte,  
mas fue para vivir; para beber a sorbos la vida  
en la fuente de oro del éxtasis amable y apasionado  
y contar y contar los instantes  
en virtud de algún ávido auxilio que me pareciera  
a mí mismo semejante, que pudiera redimir a todos  
y despojarlos de su carga de felicidad. ¡Ah, desesperado  
mortal! Aún osé posar en sus mejillas  
mis labios coronados<sup>[48]</sup> y en aquel momento sentí  
mi cuerpo hundirse en un más cálido aire  
y pisaron luego nuestros pies suave unas flores  
y hubo acopio de renovados goces en aquel monte.  
A veces un perfume de violetas y limeros floridos

a nuestro alrededor se prodigaba, y de las melifluas celdas,  
con tanta delicadeza consumadas, de las blancas campanillas;  
y, de pronto, en el borde de nuestro cobijo,  
asomó un pícaro rostro; adiviné a una oréade<sup>[49]</sup>.

¿Por qué soñé que el sueño me vencía,  
en medio de todo este portento? ¿Por qué  
no ver a lo lejos las sombras de sus alas  
oscurecerse y ahuyentarlas de mí? Pero no,  
que como centella que ha de morir, siquiera  
su minúsculo relumbre se refleja en un diamante, mi dulce sueño  
en la nada se sumió, en un necio sueño. Y así estuve,  
hasta que un liviano roce, un prudente rumor alcanzó  
mis vacantes oídos, y de pronto desperté; ¡ah, mis lágrimas,  
suspiros; mis puños apretados! ¡Pero si en sus tallos  
las amapolas, cubiertas de rocío, pendían;  
el mirlo entonaba su triste cantar; el día, desabrido,  
había alejado al Héspero heraldo con su gélida mirada;  
la brisa solitaria clamaba y dormía y atormentaba  
su hosco ser con su descaminada melancolía! y pensé,  
—oh Peona, escúchame— que antes me había traído  
frecuentes, lánguidas despedidas y adioses  
penetrados de suspiros, y fuime de allí. Todos  
los colores placenteros del cielo y de la tierra,  
se habían disipado: las sombras más profundas eran ahora  
foscos calabozos; en los brezos y en las sendas soleadas  
había una luz insalubre, y nuestros arroyos impolutos  
parecían hollados, moteados de agallas vueltas arriba  
de peces moribundos; la rosa bermellona se había trocado  
en horrible escarlata; y sus espinos, crecido  
como áloe punzante; y si un pájaro inocente,  
ante mis pasos distraídos, de mí se apartaba,  
a breves voladas, yo en él adivinaba  
a un diablo mentido con la misión  
de enlazar mi espíritu con la oscuridad subterránea;  
de guiar mis pasos tropicados hacia algún precipicio de espanto.  
Seguí, empero, con decisión; maldije mi desengaño.  
El Tiempo, esa anciana nodriza, me serenó  
con sus arrullos; y, ahora, gracias al propicio cielo,  
estos recuerdos, con todos sus consuelos,  
me son dados cuando estoy más deprimido, y contigo,  
dulce hermana, me ayudan a afrontar  
el mar proceloso de la vida abrumadora»,

él dijo;

y los dos callaron ya que Peona  
se resistía a responder. Bien sabía que cualquier  
palabra que dijera se extinguiría  
del todo sin ser oída, vana  
como golpes de espada contra el acosado cocodrilo  
o bandadas de langostas contra el sol. Ella se asombra  
y llora, se esfuerza por hallar alguna culpa  
que imputar a tal mirada, como diciendo: «Qué vergüenza  
esa flaqueza», pero, por toda contienda,  
antes hubiera segado la vida de una paloma enferma.  
Y, por fin, para quebrar aquella pausa, con voz  
insegura dijo: «¿Es éste el motivo? ¿Eso es todo?  
Ya es, ¡ay!, triste y extraño  
que el que debiera cruzar este reino intermedio<sup>[50]</sup>  
como un pasajero semidiós y dejar  
su nombre en el arpa acordado, carezca  
de mejor bardo que una simple doncella que cante  
en solitario y asustada cómo la sangre  
se retiró de sus jóvenes mejillas,  
y anduvo extraviado, sin saber por dónde,  
y cómo “no” respondía si alguien le preguntaba  
si era el amor —y sí lo era, pues ¿qué hubiera  
podido ser si no?—, que cual paloma torcaz  
dejó caer una ramita de tejo en su camino;  
y cómo languideció; y, también, que el amor  
echa a perder la dulzura del corazón  
así el cierzo abate las rosas; y acaba la balada de su vida  
entristecida con ayes y suspiros, Endimión,  
¡cuando mejor estar debieras en la boca de las trompetas,  
a tu guisa, para que todos saberte pudieran!  
Aunque, antes de que oscurezca el cielo  
cristalino, contemple enamorada los lagos de plata  
en que las nubes del ocaso se reflejan y parecen  
peñascos de oro y claras arenas doradas, islas,  
pequeñas cuevas y avenidas de ámbar recamadas  
donde zapatean los caballos, palacios y torres de amatista,  
¿de tal suerte atormentaré mis días dichosos  
por no llegar a regiones tales? La fuente de Morfeo,  
que de este material tan delicado de visiones,  
ensueños y raptos volubles de sueño está hecho<sup>[51]</sup>, fluye  
por sus cauces aéreos con tal sutil, con tan leve aliento,



que ni la lanzadera de la araña, un millón de veces dando vueltas en el ámbito de un nido de golondrinas, podría retener un matiz, una huella de su esencia... Porque ¡cuán livianos los sueños han de ser, ya que son aún más livianos que la simple nada que los engendra! ¿Por qué, pues, manchar la gema encomendada de una noble y alta vida con tan mórbidos pensamientos? ¿Por qué herir en lo más hondo el honor más eminente por nada más que un sueño?». Entonces el doncel alzó la vista. La vergüenza y la piedad reflejaban en su frente surcada su combate, mientras entornaba sus párpados apenas, como cuando Céfiro reclama una suave brisa para escurrirse entre abanicos de mariposas descuidadas. En medio de tales dolores, pareció degustar una gota de rocío o maná muy deleitoso; y el color volvió a sus mejillas cuando dijo así:

«Peona,

nunca he ansiado saciar mi sed con lisonjas mundanas; nada rastrero, ni un simple fantasma somnoliento podría desatar el firme velamen para mi viaje dispuesto, por más que ahora esté hecho jirones, dejando mi barca sin guía y tristemente desgobernada; que es mi alta esperanza en exceso vasta, así la extensa curva del arco iris, para no ser incólume a miríadas de desgracias terrenales. ¿Dónde está la felicidad? En cuanto conduce nuestras dóciles mentes a una unión divina, a una unión esencial con la belleza, hasta resplandecer, por completo trasmutados, del espacio liberados.

¡Contempla

la religión pura del cielo! Envuelve con un pétalo de rosa la yema afilada de tus dedos y calma tus labios... ¡Silencio! Que si la fuerza del aire de un melodioso beso satura los vientos sueltos, y con un grácil toque desata una magia eolia de sus lúcidas entrañas<sup>[52]</sup>, despiertan viejos cantos de sus sombrías tumbas; viejas cantilenas susurran sobre la tumba de sus padres; fantasmas de augurios musicales pululan en torno a los lugares que hollaron los pies de Apolo; los broncéneos clarines despiertan y suenan

con languidez donde hubo antaño una guerra descomunal<sup>[53]</sup>;  
y del césped emana un arrullo  
por doquier que, infante, Orfeo, durmió<sup>[54]</sup>.  
¿Percibimos nosotros tales cosas? Habríamos alcanzado,  
si así fuera, en tal momento, una suerte de unidad,  
y nuestro estado sería<sup>[55]</sup> el de un espíritu volátil.  
Pero hay nudos más inextricables, ligazón  
mucho más autodestructora y paulatinamente más próxima  
a la mayor intensidad: su corona, de amor  
y de amistad está forjada, y se asienta en alto  
de la frente de la humanidad. Su valor  
más seguro ypreciado es la amistad, de que dimana  
un esplendor duradero; mas de su más alta cima pende  
—de película invisible suspendida— una gota  
esférica de luz, que es el amor. Y su influencia,  
a nuestros ojos proyectada, genera un nuevo sentido,  
que agita y conmueve; hasta que, al fin,  
confundiéndonos con su irradiación, en él nos disolvemos  
y de él, aunados, participamos. Y con nada más pueden  
nuestras almas enlazarse así de velozmente.  
Cuando con ello nos combinamos, se alimenta  
la vida de su propia sustancia y somos  
como cría de pelícano nutridos. Sí, tan delicioso es  
el alimento que no sacia que los hombres,  
que pudieron sobrevolar la vanguardia del mundo entero,  
congregado, para abanicar y aventar,  
del paso que se acerca del tiempo, todo tilde de costumbre,  
limpiar todo rastro de los hombres babosa  
y de la humana embustería, se han contentado  
con dejar pasar la ocasión, en tanto  
en elíseo de amor se adormecían. Y, en verdad,  
antes preferiría de repente enmudecer que hablar  
contra esta ardiente dejadez,  
porque siempre he creído que ésta puede  
mejorar el mundo con sus beneficios, ocultamente,  
así el ruiseñor que, en su alta atalaya, cubierto  
entre el fresco y frondoso follaje, canta sólo a su amor  
y no distingue cómo la noche sigilosa sostiene  
atrás su caperuza gris oscura. Así el amor,  
aunque lo creyamos simple combinación  
de alientos apasionados, puede darnos más  
de cuanto advera nuestra mirada vigilante; qué,

yo no sé. Pero ¿quién de entre los hombres osará  
pronosticar que las flores florecerán; que la fruta verde  
madurará y se hará pulpa; que de los peces  
brillarán las escamas y que tendrá la tierra su dote  
de ríos, bosques y valles; los prados sus arroyos;  
los arroyos sus cantos rodados; cosecha las semillas,  
melodías el laúd; su hechizo las melodías  
y el hechizo su dulzura, si las almas de los hombres  
no se acariciarán ni abrazarán? Pero si este amor terrenal  
tiene el poder de convertir el ser del hombre mortal  
en inmortal; de ahuyentar de sus recuerdos la ambición  
y de colmar la medida de su dicha, ¡qué puro dislate  
parece todo ese flaco esfuerzo por la fama  
a quien mantiene su firme resolución de ganar  
un amor, una amante inmortal! No te turbes,  
que son ciertas tales cosas y no pudieron nacer nunca  
de las polillas que pululan por nuestros sueños  
cual insectos de la mente  
que a nuestra fantasía enferman. No, no, que mi espíritu  
inquieto, no podría en modo alguno soportar  
tanto tiempo cavilación de delicia tal  
si, aunque espantado, no lo hiciera  
en vista de una esperanza más allá la sombra de un sueño.  
Menos confuso te parecerá lo que te digo  
cuando te haya contado cómo mis ojos despiertos  
me hicieron dudar de si había o no pasado en sueños  
aquella noche. ¡Escucha, dulce Peona!  
Tras el templo de Latona madre<sup>[56]</sup> que ahora veríamos  
si no fuera por las sombras que proyectan esas ramas,  
hay una profunda garganta, en cuyas cejas hirsutas  
árboles y arbustos se intrincan, inclinados,  
y tanto se aproximan que con sus alas extendidas  
y la cola desplegada no podría un buitre volando  
por ellas deslizarse sin tocar a entrambos lados.  
Conducen a esta gélida celda unos peldaños desgastados,  
y el enlodado brocal de un pozo, el nivel de cuyas aguas  
pacientes apunta hacia el cielo su ojo cristalino  
por entre las matas, a lo alto.  
A menudo te traje flores,  
erectas en sus tallos como primulas vestales,  
de oscuro terciopelo bordeadas y el fondo dorado:  
las cogí de allí, de las brechas y hendiduras  
del musgoso peñasco en que a veces me sentaba

cuando, en lo alto, todo, al calor del mediodía, desmayaba.  
Yo, que allí pugnaba por no tener ardientes pensamientos,  
soplaba al aire pompas de agua con una caña,  
y, devuelto de nuevo a la niñez, hacía barcos  
con plumas mudadas, y yesca y brozas de aliso y hojas  
en ellos adheridas — y era el Neptuno de su minúsculo océano.  
Y, aún más a menudo, hastiado, cuando horas  
de amor perdido me dejaban más adulto que antes, me sentaba  
a contemplar la inquieta imagen  
de las nubes que arriba volaban y en su espejo se confundían.  
Y, cierto día, en tanto yo las miraba, pasó volando,  
con su arco y aljaba, un etéreo Cupido<sup>[57]</sup>, tan claramente dibujado  
que brisa alguna hubiera podido desmembrar la feliz visión;  
y tan feliz, que me apresté a seguirla al llano abierto;  
y ya me iba cuando ¡mira qué prodigio! el más bello  
que nunca te haya contado... Vi, risueña,  
en el sereno pozo la misma faz radiante que había  
en sueños degustado. Y en la fría sima se interpuso  
mi corazón asustado. Y aquel rostro se movió cual si fuera  
a emprender vuelo, y, de repente, me levanté, cuando  
¡oh!, llegaron a mi cara, refrescantes, un copioso aguacero  
de rocío y brotes rociados y hojas, y flores,  
que todo lo cubrieron, ante mi velada mirada,  
anegando mi espíritu en un deleite nuevo. Sí,  
aquella dulce sensación de pura dicha me pasmó,  
me aseguró de un terrible abismo de muerte: pues aquel hermoso rostro  
se fue otra vez. A menudo nos visita el placer,  
mas el dolor se aferra cruelmente a nosotros  
como el roedor perezoso en tiernas ancas de ciervo<sup>[58]</sup>;  
y persiste, mortifica y le aleja el placer moroso,  
que retorna. ¡Cuán fosco y doliente el temible hastío  
de los días vacantes, más intensamente exquisitos  
por el previo conocimiento de una noche de insomnio!  
Así la tristeza me advino, más penosa que cuando paseaba  
por colina de amapolas; y una edad entera de momentos  
demorados reptaba lentamente  
hasta que otros placeres de una vez no barrieran  
aquella lívida, mortal melancolía. Sí,  
que si por tres veces he visto este encantador embeleso,  
cada vez, después, me ha torturado el despertar a la vida.  
Cuando, al fin, los vientos invernales se rindieron  
al sol primaveral que avasalla y dejaron  
templados los cielos, serenos, pero aún

con los ojos húmedos de piedad por los capullos niños ultrajados,  
adornaste entonces con botones de ámbar mi toca cazadora,  
porque yo reía y sonreía, y contigo departía; y tú desterraste  
muchas veces de mi pecho todo tormento. Y fue entonces,  
azarosamente errante, aunque en cárcel de penas encerrado  
y sin ayuda que, arrojando mi lanza por doquier  
y siguiéndola en su curso, vi al fin, cierto día,  
cómo chocaba, por entre unos arbolillos, y, espumeando,  
se clavaba entre las guijas de un cauce, en mitad  
de una corriente, cuyo curso plateado, al bajar, se deshacía  
en veinte pequeñas cascadas, por entre zarzas y juncas;  
que me condujo a una caverna en que, brillante, corría  
y de blanco lavaba la parte más baja de las piedras musgosas  
y de las rocas, entre las que musitaba dulces adioses  
para simular, al partir, tierno dolor. Encima, pendía  
una fresca cortina de curvas yerbas, densa y larga  
cual si impidiera morada de ninfa. «¡Ah, impío mortal!  
¿Adonde vas? —dije en voz baja— ¡Ah! ¿Adónde? Ésta es la gruta  
de Proserpina, donde el oscuro y ardiente Infierno  
renuncia a su poder y humedece  
sus tiernas manos en frías, impregnada arenas<sup>[59]</sup>;  
o la celda de Eco, donde reposa y por el silencio silabea  
hasta que su ingenio en tierno delirio se troca  
y sucumbe al sueño luego con diversas tonadas  
moribundas, de tristeza<sup>[60]</sup>. ¡Oh, si quisiera acoger mis votos  
y, exhalándolos cual suspiro, entre el ramaje, los llevara  
a los suaves oídos de su hermosa cabeza, por la que arranco  
mansas florecillas de su lecho cada día, moribundas,  
y las enlazo! ¡Si enviara sus dulcísimos susurros  
en torno a cada hoja para que cada suave murmullo  
suspирase allí mi amor a su misericordia! ¡Eco benigna,  
escucha y cántale esta canción! Dile...» Y aquí detuve  
mi lengua insensata y, con cierto temor, púseme a escuchar,  
estupefacto ante mi propia, vacua locura, ruborizado  
por los caprichos de la melancolía. Amargas lágrimas  
ya me brotaban cuando, con la mayor afección, mi nombre  
oí pronunciar, y estos acentos a mí llegaron: «Endimión,  
esta cueva es más secreta que la isla de Delos<sup>[61]</sup>.  
Aquí Eco no exhalará otros suspiros que los cálidos suspiros  
de los besos o el leve roce de tus manos  
que me peinan al acariciar, ágiles, mis cabellos de laberinto,  
trémulas, y, temeroso, corrí a su interior. ¿Adonde,

fueron, ah, aquellos instantes fugaces? ¿Adónde volaron?  
Ya no sonreiré más, Peona; ni a la tristeza me uniré  
en su camino hacia la muerte, más pacientemente  
me resistiré a ella: así que, adiós, triste suspiro,  
y ven tú, en su lugar, meditar grave, a ocuparme por entero  
y a disponer mi incierta ruta por las lindes  
crepusculares del mundo. Nunca más  
volveré a enumerar los eslabones del dolor encadenados  
ni me esforzaré ya más por dar con alguna suerte de olvido  
en el viento montañoso que brama en mis oídos. Sí, que tú,  
mi más querida hermana, has de ver  
qué será de mi vida, qué plácido cerco de horas  
mis días han de hacer. Hay una pálida llama de esperanza  
que danza por doquiera que yo mire, pero, aún así,  
yo diré que no es nada; la dejaré morir. ¿No tengo ya  
un talante más risueño? Pero está el sol declinando;  
quizá encontremos a algún vecino nuestro con mi carro»,  
dijo, y se levantó, sonriendo levemente, como estrella  
entre nieblas otoñales, y de Peona tomó la mano;  
embarcaron en el bote y se alejaron de la orilla.

## LIBRO II

¡Oh poder soberano del amor! ¡Oh bálsamo! ¡Oh dolor!  
Todos los recuerdos, salvo el tuyo, se me vienen,  
fríos, impasibles y sombríos  
por la niebla de los años transcurridos. Pues los otros,  
malos o buenos, para el odio o las lágrimas se han vuelto  
indolentes en exceso, mas, si te tocan,  
suena el eco de un suspiro; un triste sollozo provoca  
desfalleceres; y una caricia el dulce rocío  
de los tiempos ya sepultados. Las calamidades de Troya,  
torreones ahogándose en sus llamas, los escudos  
fuertemente empuñados, y lanzas arrojadizas,  
espadas afiladas y combates, sangre y gritos,  
fenece todo borrosamente en algún rincón  
de la mente, por más que sintamos en nuestras almas  
el abrazo, intensamente, de Troilo y la dulce Crésida<sup>[62]</sup>.  
¡Fuera, pomposa historia! ¡Fuera, trampa dorada!  
¡Planeta negro en el universo de los hechos! ¡Ancho mar  
para que un continuo murmullo se multiplique  
por la pedregosa ribera del recuerdo! Numerosas barcas viejas,  
de podridas cuadermas, flotan por tu seno vaporoso convertidas  
en magníficos navíos y no menos  
soberbios veleros de quilla dorada descansan  
secos, en tierra firme. ¿Pero por qué? ¿Qué importa,  
que los búhos volaran en torno al mástil<sup>[63]</sup>  
del gran almirante de Atenas o qué importa que Alejandro  
cruzara el Indo con sus tropas macedonias,  
que el viejo Ulises, el sueño del Cíclope voraz despertando  
atormentara; qué importa<sup>[64]</sup>? Julieta, asomándose entre flores,  
en su ventana, y suspirando, apartando con cariño su fantasía  
de su blancura virginal, es más preciada que estos hechos<sup>[65]</sup>.  
El río de lágrimas de plata de Hero, el desmayo de Imogen,  
la hermosa Pastorella en la cueva de los bandidos<sup>[66]</sup>,  
son más dignos de pensamientos ardorosos  
que el día en que cayeron los imperios. Con miedo  
debió ganar tal convicción la mente del que, hasta entonces,  
descontento, había osado hollar —sin sonrisa  
de las musas ni a su amable indicación—, la senda del amor

y la poesía; mas la quietud, en su irritante desvelo,  
es aún más temible que ser derrotado en liza  
por levantar el estandarte del amor en almenadas murallas de ficción.  
Así, el día y la noche, una vez más,  
me ayudan a seguir, cual legión de soldados.

¡Príncipe de pastores desvariado! Desde aquel día propiciatorio,  
¿qué promesa has guardado fielmente? ¿Qué nuevas aflicciones  
te han venido con el asiduo despuntar de tus alboradas?  
Es, ¡ay! su vieja pena. Muchas veces,  
por caminos inciertos, errante, ha andado,  
por soledades y bosques de robles musgosos, contando  
su tiempo lastimero por los golpes de los leñadores  
solitarios, escuchando en la quietud, hora tras hora,  
cualquier arroyo fresco y claro. Ahora está sentado  
junto a una fuente sombría, con agua hasta el codo,  
y con movimiento febril de dedos, combate  
su frialdad, que irrumpe hacia arriba. Un rosal  
silvestre, en flor, lo cubre, y mira un capullo  
que conquista su gusto y, ¡mirad!, lo arranca entonces,  
hunde su tallo en las aguas, ¡y cómo crece y brota  
y a su mirada florece! Y, en su mitad, suavemente cogida,  
hay una mariposa dorada, en cuyas alas  
debe de haber sin duda grabadas cosas extrañas,  
pues con ojos muy abiertos se admira y sonrío varias veces.

Voló con presteza, a lo alto, este pequeño heraldo  
al que Endimión persigue alegremente, con las manos  
extendidas, y hacia adelante vuela. De los ásperos lazos  
de la languidez sus miembros se han liberado,  
y, deslumbrado, se apresura a seguirla con la vista  
por el cielo soleado. Parecía él que volaba,  
tan fácil era su marcha, y, como un espíritu  
recién encarnado, cruzaba la tarde en el crepúsculo verdeante,  
quiera al sol, por varios terraplenes  
y por varias, sombrías forestas y senderos  
sepultados, donde la luz del ocaso sueña, dormida,  
con el tiempo del verano ya pasado. Una señal  
indica una vereda por el bosque, y desfallece,  
a lo lejos, ante él, el azul de la mar; y se hunde entonces  
de nuevo en un valle solitario donde nunca  
sonó voz ninguna de humano mortal, excepto, acaso,  
algunos ecos débiles cual copos de nieve



que se disiparan hasta el silencio; y por cuya brisa  
expande una dulce salmodia una barca sagrada  
para animarse hacia Delfos a sí misma<sup>[67]</sup>. Sus pies sosegados  
corrían velozmente, conducidos por aquel feliz y alado guía,  
hasta el borde humedecido de una fuente  
que, próxima a la boca de una cueva, perenne, manaba  
por el aire atemperado. Y entonces se remontó ella  
para, de pronto, empezar a bajar,  
como si, sedienta por tantas fatigas, quisiera  
beber del cristalino extremo del chorro; y así lo hizo,  
con el toque más delicado, como temiendo hollar  
con el fino polvo de sus alas las límpidas aguas.  
¡Pero qué extraño fue que —hermosa cuanto rápida—,  
desapareciera al sólo tocarlas! Desconcertado,  
Endimión miró en su torno y removi6 todos los lechos  
de flores ocultas en vano, y tendióse en la yerba. ¿Qué lengua  
gentil o voz susurrante truncó su melancólico descanso?  
Fue una ninfa, visible hasta el seno la que allí  
apareció; sobre el brocal de piedra de la fontana;  
y estaba entre unos lirios, como la más joven  
de la estirpe. Le mandó con la mano empapada un beso,  
y con ansia empezó a entrecruzar y retorcer  
sus bucles por los dedos, diciendo: «Muchacho,  
demasiado en las desgracias, ay, te has consumido,  
en las amarguras del amor. Sí, demasiadas, en verdad,  
pues que tan gentil eres. Podría escardar  
de tu alma las penas, por los cielos, u ofrendar  
a Anfítrite todo el lujo esplendoroso  
de mi cofre cristalino<sup>[68]</sup>, todos mis peces  
de ojos claros, dorados, de flancos irisados o purpurinos,  
de cola bermellona y aletas de gasa plateada; sí,  
o mi venoso suelo de cantos alisados que lleva a las honduras  
una luz inmaculada, mis grutas de arena, bruñidas  
y doradas, empapadas lentamente de tierras lejanas  
merced a mis corrientes diligentes, mis lirios alisados  
y conchas, mi vara mágica, los poderes  
de mi caudaloso río; sí, todo, hasta la copa perlada  
que Meandro me diera<sup>[69]</sup>. Porque yo di mis murmullos  
a las criaturas que en remoto desierto desfallecen.  
¡Pero, ay de mí! Sólo soy una chiquilla para alegrarte;  
sólo me atrevo a decirte que te compadezco,  
que he sido hoy tu guía y que debes

alejarte a otros parajes, allende el límite precario  
fijado al paso del mortal, antes  
de que de todo baldío suspiro o de todo dolor puedas  
ser arrancado, hasta el gentil seno de tu amor.

Por qué es así, en lo alto lo sabe alguien del cielo;  
que no yo, pobre náyade... ¡Adiós! He de ir a cantar  
a mi breve morada». Y entonces se disipó la mirada de Endimión,  
que en el agua aún seguía ensimismada. Y seguía  
manando la fuente, saltarina; y, donde su curso  
adormecido se encharca en la yerba y los juncos frescos,  
las libélulas veloces y mosquitos aún se holgaban  
y los peces escarceaban como si el mal ni el bien entonces  
hubieran sobrevenido. El caminante, sosteniendo  
su frente para eludir el zumbido de sus sofocantes fantasías,  
sentóse, resignado, y, mientras bajo el ceño somnoliento  
del atardecer empezaban a despabilar las luciérnagas  
sus brillantes luminarias, a sí mismo así se dijo:  
«¿Quién acampa para tomar una plaza ansiada, deleitosa<sup>[70]</sup>?  
¡Oh, qué infeliz! Y cuando es suya, tras largos viajes  
y fatigas, perder la médula de sus esperanzas,  
¡cuán aún más ruin es! Hasta en la fatiga hay refrigerio  
para él. Emprende marcha a otra ciudad,  
libre hasta de la más pequeña cuenta de guija de la duda,  
que arrebatará de panales engañosos. ¡Ay! Los encuentra resecos;  
y entonces se enfurece y avanza, hacia otra plaza  
se apresura. Pero esto es la vida humana:  
guerra y hazañas, desengaños y ansiedad, peleas  
de imaginación, cerca y lejos, eso es todo lo humano; soportando  
en sí este bien para que aún sea el aire —sutil alimento—  
el que nos haga sentir la existencia y nos muestre  
cuán apacible es la muerte. Donde los hombres  
la tierra cultiven, maleza o flores en ella crezcan;  
pero no hay para mí al hundirme pie. Nada en la tierra  
puedo ver que merezca mi piedad, así que ¿he de seguir  
en prominente, vaporoso pico terrestre,  
en solitario? No, no; y por el laúd de Orfeo que escucha  
una Eurídice enloquecida<sup>[71]</sup>, mejor sería  
que en esta nubosa cumbre me quedara,  
sin más por que suspirar o pretender  
que la sombra ligera de mi amor tres veces visto,  
mejor que otra cosa cualquiera... ¡Apacible paloma  
del cielo! ¡Cintia por diez veces

hermosa y esplendente<sup>[72]</sup>! De tu trono azul  
que ahora el aire todo llena, ¿no ves cómo dimanan  
rayos breves de luz tibia a mi pecho,  
para el temible poder, la tiranía del amor  
espantar un poco? Mas no lo hagas, dulce reina,  
que escaparse de un tormento más mortifica  
a la celosa miseria humana que el mismo tormento.  
Pero es mejor que anudes en mis hombros  
unas alas capaces y me indiques  
la distante morada de mi amor. Aunque te eluda  
la senda festiva de Cupido<sup>[73]</sup>, eres demasiado divina,  
demasiado en bellezas excelente  
para que algo no se haya hundido tu proa de plata  
en la corriente más gentil del amor. ¡Oh, sé propicia  
y no juzgues severamente mi impía locura,  
porque, por todas las estrellas que a tu mandato rutilan,  
creo que se han roto los barrotes en que mi espíritu está preso,  
que navego contigo por el cielo vertiginoso!  
¡Cuán hermosa eres! ¡Y, el mundo, abajo, cuán distante!  
¡Cuán trémulas giran las ruedas, deslumbrantes,  
en torno a sus ejes! ¡Y esas riendas, fulgurantes,  
qué flexibles son! Cuando este tu carro alcance su aérea meta,  
¿quizá algún cobijo velará esos ojos crepusculares?  
¡Esos ojos! Mi espíritu flaquea, ¡auxiliante,  
diosa querida! O el enorme espacio del aire me abismará.  
“¡Socórreme!” Y así, con extraviada mirada  
y manos en alto, proseguía, los labios temblorosos,  
como el viejo Deucalión sobre montes de agua  
o el ciego Orión ansioso del nuevo día<sup>[74]</sup>. Y como  
de la honda cueva sugiera una voz, quedóse atónito,  
sin sentido, petrificado; y ni un lamento,  
ni un suspiro, ni queja de sentimiento exhaló.  
Y así dijo aquella voz: “¡Baja, oh joven montañero!”  
¡Baja adonde los caminos se retuercen  
hasta las espáticas oquedades del mundo!  
Has visto muchas veces precipitarse  
del trueno los fulgores como de tus umbrales  
y has ido bajando, día a día, del álgido brillar  
de los helados picachos y hundido tus brazos  
en el éter mortecino, para que aún  
hechice su ser marmóreo. ¡Ahora tan hondamente sumidos  
como aquéllos son altos, baja! Nunca

la inmortalidad corona al que teme seguir adonde conducen  
aéreas voces, así que ¡desciende por los vacuos, silentes  
misterios de la tierra!». Sólo oyó  
las últimas palabras, y oponerles no pudo  
un instante de reflexión, pues voló a la temible sima  
a esconder su cabeza de la luna clara, de los árboles  
y la locura que progresaba. Y aquello  
era demasiado extraño y bello para la tristeza  
y agudizaba gradualmente sus ganas de hundirse en lo más hondo.

Oscura, no luciente región, aquélla; transparente  
no del todo, ni opaca; mas de luces y de sombra mezclada;  
destelleante melancolía, imperio lóbrego y sus diademas;  
un eterno, tenue atardecer de gemas. Sí,  
millones de centellas en áurea veta, a lo largo  
de cuyo rastro los pasos veloces del príncipe sonaron  
en toda su entera, brusca, angular sucesión,  
a veces impulsado, cual meteórica estrella,  
por algún vasto antro; y entonces, el entramado de colores,  
como el arco iris, de Vulcano<sup>[75]</sup>, con algún monstruoso techo,  
describe una amplia curva; y, al punto,  
en el fondo del profundo abismo, parece  
un brusco relampagueo e induce en la creencia a la fantasía<sup>[76]</sup>  
y la conduce seguidamente por sinuosos pasadizos  
cuya identidad engendra unas ideas tortuosas  
de algún cambio repentino, ya hacia cavernas plateadas,  
hileras gigantescas de columnas de zafiro,  
o fantásticos puentes que cruzan  
unas aguas cristalinas. Se encuentra entonces  
en un risco sobre cuyo vasto fondo descolla  
como en un acantilado y desde allí  
cien cascadas cuyas voces le llegan  
no más que como una fuente susurrante. Se quedó  
sin sentido, enmudeció su ánimo de miedo al avistar,  
de pronto, a lo lejos, un diamante de esfera perfecta  
a punto de ahuyentar su vieja sombra de su trono.  
Era como el sol sobre el caos suspendido,  
y con tal aturdimiento el asombro le embargó  
para que, en él absorto, mayores maravillas ya no viera...  
Supera el ingenio de cualquier espíritu contar cosa tal,  
salvo el del que, cuando el tiempo de este planeta  
cierre su esfera, sea su eminente fedatario. ¿Quién?  
Los poderosos poetas que han creado un día eterno

para Grecia e Inglaterra. Y, en tanto su conmoción  
con hondos suspiros se aplacaba, se adentró  
en una marmórea galería por un mentido templo,  
tan cumplido y veraz en su sacra apariencia,  
que bien que, por ello, temió examinarlo por dentro,  
y de donde, a lo lejos, se le apareció,  
por entre un largo mirador con columnas, un hermoso altar,  
y, algo más allá, una Diana cazadora que andaba,  
divina, sigilosa, de puntillas. Yendo  
medrosamente, el joven se le acercó; y volvía  
con frecuencia sus ojos obnubilados a las naves laterales  
y viejos nichos. Y cuando hubo acercado más  
al mármol frío su frente, empezó a recorrer  
todos sus patios y pasillos —donde un mortal silencio,  
que sus pasos rumorosos desvelaban, murmuraba débilmente—  
y largo rato erró de acá para allá, para habituarse  
a aquel pasmo y misterio, hasta que, rendido,  
sentóse ante el centro de una amplia abertura  
oscura, impenetrable, hacia una incierta penumbra  
y unas sombras horripilantes. Y allí,  
cuando aquellas nuevas maravillas ante él cesaron  
de flotar y a él volvieron sus pensamientos, ¡cuán acerbo  
y penoso hubo de serle el tránsito a su estado habitual!  
Loca persecución de fuego fatuo cuyo brillo fugaz  
nos entrapa, por arisco zarzal de ortigas, a un pantano,  
a una hoguera, al corazón de lo que odiamos.  
¿Qué aflicción canta en lo más íntimo del oído solitario  
de Endimión, que ya ha llegado  
a la meta del conocimiento? ¡Ah, el pensamiento,  
el sentimiento mortal de la soledad! Pues, ¿no que no puede  
ver los cielos, la corriente de los ríos, las flores  
silvestres de los cerros que, de rosa y púrpura arlequinadas,  
se confunden, las lóbregas nubes cumuladas  
que al oeste lentamente se dirigen, cual manada de elefantes?  
No sintió, ni aplastó la yerba algente ni degustó  
el aire fresco, adormecido; sino que, lejos  
de tal compañía, soportar un tiempo ignoto,  
abrumado —ausente— de dolor, era ahora su destino.  
¿Y ha de quedarse quieto, trazando fantásticas figuras  
con su cayado? «No», exclamó, «¿por qué habría de quedarme aquí?». «No», repuso un eco muchas veces en voz alta.  
Y entonces, él, de repente, encaminóse, decidido,  
a sonoros pasos, al centro del templo, confiando,

entusiasta, con encendida fe, en la ayuda de Diana.  
Así que cuando, de nuevo, ella tomó su forma aérea,  
en tanto se le acercaba, él se lamentó: «Cazadora casta  
de las orillas de los ríos y los bosques, de los páramos  
eriales, ¿adónde vas con tu arco de plata y agudas flechas  
adornada? Oh, Reina del bosque, ¿qué suavísimo aire galantea  
tu frente todavía más suave? ¿Dónde oíste el extenso clamor  
de tus ninfas dispersas? ¿A través  
de qué oscuro árbol alborea tu cuarto creciente<sup>[77]</sup>?  
Por doquier que esté, está en el hálito del cielo.  
Gozas de libertad como nadie gozarla puede, y no malgastas  
en unos torpes elementos tu hermosura, sino que, buscando  
en nuestra tierra verdecida dulces placeres,  
en ella vives con beatitud. ¡Si del Elíseo aquél  
te parece, cuánto más agradable a mí, exiliado mortal,  
su nombre amable me suena! En mi pecho vive  
una asfixiante llama, ¡oh déjame refrescarlo  
entre las ramas, en el céfiro! Una febril sed de volver  
mi lengua abrasa, ¡oh, déjame apagarla en tus frescas fontanas!  
Por mis oídos rueda una inanidad sonora, ¡oh, déjame oír  
otra vez el trinar de los pardillos! Ante mis ojos,  
flotan unas densas nubes y sombras, ¡déjame ungirlas  
de luz celestial! ¿Y ahora lavas de blanco tus pies,  
tus tobillos? ¡Ah, piensa en cuán dulce es para mí  
el acopio de agua refrescante! ¿Y ahora sacias  
tu sed con zumo de bayas? ¡Oh, piensa en cuánto  
se complacería tu reseco paladar! Si en duermela oyes mi voz,  
¡oh, piensa en cuánto me encantaría un lecho de flores!  
¡Joven diosa! Déjame ver mis rincones natales,  
y sálvame de este abismo voraz». Y, así diciendo,  
en alta voz, quedóse alertado como si quisiera  
retar a su destino; pero cuando más abrumador de nuevo  
se hizo el obstinado silencio, bajó su rostro poco a poco,  
buscando su antiguo lecho en el espacio,  
su cuna de aire, humildemente, y, abatido,  
hasta el trémulo frío del suelo. Mas no por mucho tiempo;  
pues, más dulce que el arroyo hacía su vieja quebrada  
o que marea alta hacia sauces ribereños eran las hojas  
que él escrutaba y las flores, guirnaldas y coronas  
de mirto acabadas que de entre las losas crecían.  
El frescor se anega en sí mismo y se esfuerza en ocultar  
sus deleites, diversamente: la opulencia de las flores,  
en largo brotar susurrante, ante sus pasos

creció encantada, como cuando se alza de nuevo  
el oleaje antiguo de la mar y hasta la orilla rueda,  
bajo cuyo dorso verdoso su espuma, de efímera vida,  
toda cana, aparece poco a poco, con pertinaz indolencia.  
Y con mayor emoción aún, deleitados sus sentidos,  
acelera su encantada travesía, y tan ansioso por llegar  
a su final, que apenas dedica un momento su mano  
a primores tales. Sigue adelante; se para; palpita su pecho  
tan fuertemente en sus oídos como el hechizo incierto  
del que nacieron sus latidos. Esta silente alarma  
o música adormecida, le forzó a caminar de puntillas,  
pues se hizo más suave que la del viento del este al soplar  
la magia de Arión a las islas atlánticas<sup>[78]</sup>  
o que la del viento del oeste, celoso de las sonrisas  
del entronado Apolo, si exhala la lira hacia los mares  
de Jonia y Tiro.

¡Oh! ¿Vivió siempre aquel hombre solitario  
que amó y la música no destruyó? Es la plaga  
del amor que las dichas más hermosas nos den  
la mayor zozobra, que las cosas  
de más frágil valor y delicado se consuman del todo  
y vuelvan en requemada esterilidad, por una llama  
devoradora, y sumerjan y sofoquen auténticas bendiciones  
en una maldición. El feliz a medias es miserable  
en comparación con la beatitud. Y fue también, pese a esto, esta melodía,  
cual gota de rocío, en los oídos del Cario<sup>[79]</sup>; primero el cielo,  
el infierno luego y después el olvidado cielo sereno,  
en pasión elemental se apagaron.

Y hundióse en el seno  
de algún abismo funesto sin guía celeste, benigno,  
que le orientara, donde ramas tupidas de mirto,  
rozando su cabeza, le despertaron. Y luego  
se acallaron otra vez los sonidos como lluvia que, a mediodía,  
en luna llena, sobre enramada cae, en aquel  
mínimo espacio en que él estaba; pues, cuando el crepúsculo  
asomaba por el bosque, vio una luz palpitante  
y a ella fue por sinuosas avenidas y, ¡oh maravilla!  
vio sobre el suave verdor, uno aquí y otro allí, a unos cupidos  
en su pluma bella adormecidos.

Y, vencidos  
mil laberintos, al fin, con presto paso,

llegó a un aposento de mirto murado, en lo alto  
lleno de luz, de incienso, dulces trovas  
y más cosas raras y hermosas a su lado: porque, en medio  
de una cama de seda de rosa soberbia, durmiendo,  
yacía un doncel de la belleza más delicada;  
demasiado, en verdad, para que los suspiros pudieran penetrarla  
o alcanzarla el contento. Y emparrados de color de oro,  
como de melocotón colorados, o caléndulas  
del sazón de octubre, marchitas, caían sobre él en mil pliegues.  
Y sin ocultar la curva apolínea  
de su cuello y de sus hombros, ni el tendido dosel  
que sostenían sus rodillas, mostraba sus blancos tobillos  
y, a plena luz, complaciente, los exhibía.  
Y tenía la cara recostada en un blanco brazo,  
y, tiernamente entreabierta por una aún mayor ternura,  
la exámine boca de damasco en rictus somnoliento,  
como el viento del sur por la mañana abre una rosa  
de pétalos rociados. Y, en su cabeza, cuatro tallos de lirio  
rendían sus albos honores nupciales formando una corona,  
y crecía a su alrededor un sinfín de tiernos zarcillos,  
de toda flor y color conjuntamente enlazados,  
trabados recientemente: la vida  
de vástagos tersos, la malla de yedra ocultando  
sus etiópicas bayas, y madreselva, de hojas  
aterciopeladas, y divinos brotes de búgula,  
el convólvulo en flor, entre pétalos listados,  
la enredadera madurando para un otoñal rubor,  
y las clemátides virginales, extendiéndose airoosamente  
con otras de su misma condición. Y había allí  
unos incólumes Cupidos en silencio que vigilaban.  
De rodillas uno, que pulsaba las cuerdas de su lira  
preservando con sus alas de la muerte aquel patético sonido,  
una y otra vez se levantaba para mirar  
cómo dormía el doncel, mientras otro tomaba una rama  
de sauce que destilaba rocío fragante y en sus cabellos  
la sacudía; otro volaba por aquel techo enguarnaldado  
y, como si batiera sus alas, hacía  
llover violetas sobre sus ojos dormidos.  
Y ante estas maravillas y aún muchas más,  
el desalentado latmío cada vez se admiraba más y más,  
hasta que, con impaciente perplejidad, avanzó directamente  
y, caminando suavemente, se acercó  
a aquel mismo emplumado tañedor de lira que, con presteza,



sonriendo, le dijo así: «Aunque de tiempo vas errante  
y aquí tu presencia podría semejar impía,  
¡Arriba el ánimo! Porque éste es el toque más bello  
del honor humano, que algún celestial, benéfico donante  
presente sus moradas inmortales a los sentidos humanos  
como ahora, Endimión, hago por ti. De ahí que yo  
en modo alguno me espantara. Tiéndete en estas  
flores lozanas. Aquí tienes vino, vivaz de espumas.  
Nunca, te aseguro, desde los tiempos de la vendimia de Ariadne,  
hubo púrpura tan fresca<sup>[80]</sup>. Saborea estas peras zumosas  
que me envió el triste Vertumno cuando eran mayores  
las repulsas de Pomona<sup>[81]</sup>, y aquí tienes crema  
que en lujo supera al fulgor de la nieve, más dulce  
que la que la nutricia Amaltea<sup>[82]</sup> desnatara  
para el Júpiter infante; y, aquí, intacto, hay  
un racimo espléndido de ciruelas maduras,  
que en boca de un niño se desharían; y aquí tienes maná,  
tomado de cocotero sirio, a la luz de las estrellas,  
por las tres Hespérides<sup>[83]</sup>. Huélgate, y, entretanto,  
te daré a conocer todo esto que nos rodea». Y así lo hizo,  
remembrando todavía la cadencia de su lira, y dijo:  
«No voy a cansar tu atención contándote  
cómo la diosa de la mar nacida por un joven mortal desfalleció<sup>[84]</sup>,  
ni cómo luchó por arrastrarlo totalmente a su apasionada intimidad.  
¿Quién no hubiera sido, así, encarcelado? Mas él,  
querido elfo, se contentó con que su súplica de amor  
por sus brazos indolentes resbalara; se contentó  
con ver un cielo inconmensurable desvanecerse a sus pies;  
oh, necio, se contentó con hacer displicente retirada  
en tanto en la yerba gozosa aquel amor yacía,  
solitario, entristecido, y cada lágrima suya brotaba  
de un apasionado antagonismo; y estaban  
sus ojos y labios velados por opaca humedad y esparcía  
unos prontos suspiros, tristes y ahogados, su breve nariz.  
¡Silencio! ¡No grites! Que aún puedes clamar en maldiciones  
contra su testa. Yo estaba a medias contento  
mas mi desdichada amante se volvió demente, loca  
cuando el jabalí la mordió. Así que fue  
al trono eminente de Júpiter con presteza,  
y, quejándose, vertió en la barba del que truena  
lágrimas de llanto inmortal, hasta su decreto  
de que volviera cada verano a la vida. Es éste, mira,

aquel mismo Adonis, seguro en su privanza  
en esta plácida región, durante todo su invierno de sueño<sup>[85]</sup>;  
sí, duerme, pues cuando nuestra reina, mórbida de amor,  
sobre su inane cadáver lloraba, su lluvia temblorosa  
cicatrizó su herida y, con balsámico poder,  
remedió su muerte con demorada languidez: el que ella  
colma de visiones y reviste de todo ese reposo suntuario;  
y nos ha destinado a nosotros, jóvenes inmortales,  
a que sin tregua velemos su sueño: y éste casi pasó,  
aunque empleando la duración de un instante,  
y escapa ella velozmente con las brisas estivales,  
palpitante todavía por aquel temprano y largo beso,  
cálido y primerizo, a renovar sus diversiones en la fronda  
de la isla de Citerea<sup>[86]</sup>. ¡Mira cómo aquellos escuchas  
alados están, en tanto, ansiosos! ¡Mira! ¡Ve!». Y estas palabras  
clamorosas quebraron aquel silencio inquietante:  
porque oyeron un ruidoso susurro de hojas  
y, afuera, un revolar de palomas y pichones<sup>[87]</sup>.  
Adonis murmuró algo al levantar la mano, antes abandonada  
en su costado, gradual, convulsamente, hasta su frente;  
y entonces hubo un murmullo de voces repentinas  
que repitió: «Ven, ven, levántate, despierta». El claro verano  
ha recorrido el césped de tréboles y ella ha hablado  
a todos los pinzones en su nido con voz lisonjera.  
«¡Levantaos, Cupidos, o como una campánula pincharé  
vuestros brazos rechonchos! ¡La grata vida una vez más  
de nuevo empieza!» Y, a esto, ellos se apresuran  
por todas partes, frotándose los somnolientos ojos  
con las perezosas muñecas y doblando  
por encima de la cabeza sus pequeños puños, echando  
hacia atrás, bostezando, la cabeza. Pero en seguida  
estuvieron todos despiertos. Porque, como vino delicioso,  
burbujeante, que se sumerge en nectáreas nubes  
y en ondas de agua pura, así de aquel arbóreo techo  
bajó un aire fragante, vivificante, que hizo que allí todo riera  
y cantara, retorzara; que todo reclamara a voz en grito  
a su amable reina, cuando, ¡oh!, abrióse el verde trenzado  
y pudo ver, arriba, a lo lejos, el cielo azul  
y un carro de plata que en el aire se tenía  
y cuyas ruedas en silencio —que el frescor  
de las nubes matinales humedecía— hacían gotear  
un rocío como lluvia, y cuya fría cadencia

en los suaves hombros de Adonis le hizo  
agitarse y ponerse intranquilo. Y, luego,  
unas blancas palomas, de collar destacado y estelas de seda,  
al bajar, resplandecieron; y luego, al volver  
de su amoroso destierro, la reina Venus,  
con los brazos abiertos, hacia abajo se inclinaba;  
su sombra en su pecho cayó; y llenóle  
de tumultuoso encanto, de nueva vida el fondo  
de sus ojos. ¡Ah, mísera contienda  
para tan sólo confortarse! ¡Infortunada mirada, salvo  
la que encuentra sus órbitas azules! ¿Quién,  
quién puede describir aquellos instantes primeros?  
La musa más esquivada a tan cálidos abrazos  
como los suyos, hace carantoñas de excusa.

Oh, ha conmovido

allí a todos los espíritus salvo al Amor, que sigue,  
soberbio, compartiendo, en pie,  
la general alegría. Está, temible, en pie, con yugo  
soberano entre sus manos agitándose, y ninguna mirada  
puede soportar el esplendor de su arco; su carcaj  
es misterioso; nadie puede conocer  
acerca de él sus propios pensamientos; de sus ojos  
centella una luz extraña, de tonos y matices diversos;  
y a veces frunce el ceño, mas quien lo mira fijamente siente  
en seguida que fluye el hermoso azul de sus ojos,  
derretido, por su alma. Y lo siente Endimión,  
que no domina ya en su interior la ardiente plegaria  
y, así, inclinado hacia abajo, había empezado  
a deplorar su aflicción. Pero Venus, volviéndose hacia él, dijo:  
«Chiquillo mío, favorece a este joven tan gentil;  
sus días son movidos a causa del amor; él ¡pero, ay!  
demasiado bien yo veo que tú sabes  
cuán profundo es su infortunio. Ah, hijo mío,  
no te sonrías así; te digo la verdad,  
que en horas de tristeza he llorado el sueño sin fin  
de este Adonis nacido de nuevo; que siempre  
me compadecí de este extranjero. Pues, una fosca mañana,  
un día, eché a volar hacia las nubes anchurosas, a llorar  
y a rezar por este mi amor: ya que Marte, el ominoso<sup>[88]</sup>,  
hasta las lágrimas me ha acosado. Y cuando cesó  
un poco en ello, mirando hacia abajo, vacante,  
por el brumoso bosque, vi a este joven  
desesperado: esos mismos rizos oscuros volaban,

errabundos, al viento; esos mismos párpados ribeteados  
que iban cegando, pausadamente, sus ojos tristes.  
Le vi arrojar en la hojarasca como si la muerte  
le hubiera llegado de pronto; no se movía  
en lo más mínimo, mas torpemente susurraba. Pude oír  
que amaba a alguna hermosa inmortal, y que su abrazo  
la había hecho huir, cruzando la noche. Y no hay  
señal de esto en los cielos. He buscado  
en todas las mejillas, y encontrarla es de todo lo más vano,  
lo más secreto de todo. Endimión,  
serás un día bendecido. Así que obedece aún  
la mano que te guía con firmeza, a través de estos prodigios,  
hacia términos placenteros. Es un escondrijo  
en extremo necesario; y si yo así no lo creyera,  
debieras cabalgar conmigo el rayo del sol. ¡Y ahora, adiós!  
Debemos dejarte aquí». Y, a estas palabras,  
remontaron vuelo las palomas impacientes, se levantó  
la flotante carroza, se alzó un rumor celestial.

A lo lejos, en alto, el latmio les vio abolirse  
y, cuando ya se hubieron desvanecido del todo, aún percibió  
un vivido relampagueo de aquel terrible arco.  
Cuando todo quedó a oscuras, con angustias de Etna  
la tierra se conmovió, dio un gemido solitario y le abandonó de nuevo en  
crepuscular soledad.

Y no se enfureció,  
no clavó los ojos, sorprendido; pues todas aquellas visiones  
habían pasado y se habían consumado, y ahora él estaba solo.  
Se sintió seguro de unos tiempos felices, cuando todo  
lo que había padecido le parecería cual una pluma  
ante aquel premio magnífico. Y, así,  
con insólita alegría, atraviesa las cuevas,  
los palacios de mineral moteados y las cúpulas  
doradas, los muros cristalinos y los pisos de turquesa,  
los pórticos negros que una sombra amenazante abrillantaba  
y, al fin, una balaustrada de diamantes que le condujo  
lejos, hasta más allá de una exhuberante magnificencia,  
en espiral por escabrosas galerías; y, de allí, extendiéndose  
por un vacío, a unos inmensos precipicios donde —todas  
estrépito y espumas— corrientes subterráneas fluían  
sobre lechos de granito; y aún sobrepasó luego las cumbres  
de plata de las que brotan mil fontanas, y hubiera podido

alancear con su azagaya sus aguas, pero,  
cuando aquel descuidado chapoteo, tales columnas chorreantes  
de pronto alcanzaron la altura de un álamo y empezaron  
a cercar con su artificio de nuevo su senda de diamante,  
circundándola de agua viva y deslumbrándola con su frescor,  
con un clamor acaso como el de un tumulto de delfines  
cuando las hermosas conchas dan  
la bienvenida a la flota de Tetis. Largo tiempo  
él se demora ante este deleite, pues, en el breve espacio  
de cada instante, los chorros se enlazan  
con magia cambiante: a veces  
como los enrejados más delicados, cubiertos  
de enredaderas de cristal; y como sauces llorones luego,  
que se movieran en suave brisa, en un parpadeo,  
en cendal de aguas se adelgazaba, vertíase en forma  
de dosel de cortinas de lentejuelas esmaltados, y adornados  
de líquidos bordados de flores, cisnes, náyades hermosas  
y pavos reales. Más veloces que la luz esas raras maravillas  
desaparecieron, y, luego, el agua, reuniéndose  
en corrientes porfiadas, remedó las ramas viejas de los robles,  
pilares y frisos y altas, fantásticas techumbres  
de esos lugares sombríos que en tiempos muy remotos  
se llamaron catedrales. A disgusto, se despidió  
de estas fuentes proteicas<sup>[89]</sup> superando abismos y hondonadas,  
y torrentes, y diez mil formas salientes entrevistas  
por la tiniebla más profunda, y boquetes espantosos  
que todo lo ennegrecían; y, en alto, una cúpula abovedada  
como el cielo, cubierta profusamente de gemas de luz estelar.  
Sí, todo era allí tan vasto y tan extraño,  
que aquel solitario sintió tener lugar en él  
algún cambio repentino hacia algo funesto, enojado  
cual águila matinal, perdido y abrumado, y entorpecida su visión  
entre la niebla, en altiplanicie, a medianoche. Mas de pronto  
revive, porque, ¿quién contempla lo súbito y nuevo sin abismar  
el lodazal de su mente? ¡En el fondo oscuro,  
por un arco escabroso, apareció Cibeles Madre<sup>[90]</sup>!  
Sola, sola y en carro sombrío: y unos oscuros pliegues  
ondeaban en torno a su majestuosa figura, y, su frente,  
como la muerte helada, estaba de torrecillas coronada.  
Cuatro crinados leones arrastraban sus ruedas constantes.  
Solemnes eran sus fauces dentadas y sus ásperos ojos,  
semicerrados, sus pesadas patas, que lentamente levantaban,  
y sus colas nervudas que cubrían sus flancos pardos.

Bogando en silencio se adelanta esta reina sombría  
y en otro arco de tiniebla se desvanece.

¿Por qué  
te demoraste, joven viajero, en tan lúgubre paraje?  
¿Estás cansado de viajar, o no puedes seguir ya tu camino  
diamantino? ¿Y no es verdad que acaba éste de golpe,  
en pleno aire? ¡Inclina a tierra tu frente  
e invoca a Júpiter, que llevan las nubes, con ardor!  
Y sí estaba cansado de viajar. Abruptamente,  
en pleno aire, había perdido el camino. Al Júpiter  
que llevan las nubes se inclinó, y una gran águila  
que a él se dirigía cruzó el cielo por allí; a cuyas alas,  
sin decir impía palabra, se arroja,  
a la tiniebla encaminado y a la fosquedad, hacia abajo,  
hacia abajo y sin saber hasta qué destino placentero.  
Veloz como una plomada que se hunde, cae  
por lo ignoto, hasta exhalar asfódelos y rosas,  
con otras amenas aromas mezclados; y llegó impetuosamente  
a unas pequeñas cuevas tan profusamente enguinaldadas  
de hojas y musgo que parecían grandes panales  
de color verde, que unos aires deliciosos con sus lozanía rozaran.  
Y en su rincón más verdecido, el águila le dejó y se despidió.  
Era un refugio de jazmines por completo rociado  
de áureo musgo. Todos sus sentidos se habían afinado  
para entonar el placer; por su cabeza  
volaba una delicia invisible, y su pisada era crepuscular;  
a sus atentos oídos el silencio fue música  
de divinas esferas; un lujo de rocío había en sus ojos;  
sentían las florecillas sus suspiros de placer  
y lánguidamente los suscitaban. Recorrió la verde cueva,  
aquel seno, maravillándose a cada momento,  
con tan copiosa y repentina exaltación, que, «¡Ay!», dijo,  
«¿se abolirá en soledad todo este chorro de sensaciones?  
¿Y, cual melodías en arenal, se disiparán, sin un eco?  
¡Si es así, me quedaré tan triste, melancólico y desolado!  
¡Pero si aún me siento inmortal! Oh, amor mío,  
aliento de mi vida, ¿dónde estás? ¿En lo alto, bailando  
ante las puertas matinales del cielo? ¿O guardando  
aquellos siete hijos estelares del viejo Atlas<sup>[91]</sup>?  
¿Eres una acuática doncella, una de las hijas  
de cabellos claros de Tritón, el de ondulada caracola<sup>[92]</sup>?  
¿O eres —¡imposible!— una ninfa de Diana,

que haces girar una corona de ramillas tiernas  
en completa ociosidad? Quienquiera que seas,  
sé que ahora es mi voluntad arrojarme a tus brazos,  
espantar la comitiva de la Aurora y salvarte  
de la mañana, sobre el piélago como un ave salvaje volar,  
o arrancarte de tu cuna de espuma del mar, despojarte  
de tu veste pastoril y galantearte en el fresco follaje.  
No, no, que con su ansia mi alma engaña  
su misma impotencia y sé que esto no puede ser.  
Oh, déjame volar en plácido sueño a sus portales. ¡Oh, ven,  
sueño, oh, ven, plácido sueño! Y adormece  
suavemente, por pocas horas, la soledad que se acerca».  
Así él habló, y entonces se sintió dotado  
del poder de soñar deliciosamente, tan maltrecho,  
por lóbrega travesía, que, buscando, encontró  
el más blando lecho de musgo y el más hondo,  
en que se echó; y, tendiendo al aire sus brazos  
indolentes, oh bendición, tomó una cintura desnuda.  
«Bello Cupido, ¿de quién es?» Y una voz conocida le susurró:  
«Amor mío, aquí estoy», a cuyo suave arrebató se estremecieron  
con apasionado llanto los dos. ¡Helicón<sup>[93]</sup>! ¡Colina de fuentes!  
¡Helicón del viejo Homero, que si quisieras  
manar harías un riachuelo sobre estas tristes páginas!  
Entonces mi verso se encumbraría, y cantarí  
a esta hermosa pareja, cual alondra a su joven nidada.  
Pero todo es oscuro en torno a tu añosa cima  
y tus claras fuentes se exhalan a vapores hacia el cielo.  
Sí, el censo de Poetas importantes ha terminado;  
arrollaron las Musas su pergamino; el rollo preclaro  
está en manos de Apolo; y nuestros ojos deslumbrados  
han visto un tinte nuevo en los cielos de poniente.  
El mundo ha cumplido su deber<sup>[94]</sup>. Y aún, oh, aún,  
aunque el sol de la poesía se haya puesto, estos amantes  
se abrazaban y nosotros debemos deplorar  
que no haya subsistido ningún viejo poder  
para impregnar ninguna pluma inmortal en sus lágrimas de dicha.

Fue mucho antes de que preguntara su ansioso temor  
al silencio si estaban juntos, que yacieron acariciándose  
y besándose para disipar tal duda; mucho antes  
de que unos suaves, tiernos sollozos empezaran a convertirse  
en palabras y allí, entonces, se corrieran  
dos fuentes balbuceantes de voz de sus dulces labios.



«¡Oh Desconocida que yo sé y de la que absorbe mi ser una esencia de belleza tan querida! ¿Por qué no puedo eternamente seguir en estos brazos, en este dulce lugar acomodado para siempre mi mentón y tomar siempre esas manos juguetonas, en exceso suaves y besarlas? ¿Por qué no he de sentir por siempre ese aliento en torno a mis ojos? Te hurtarás, ah, otra vez de mi vista, bien lo sé. Te irás sin atender mi solitario delirio. ¡Habla, hada bella! ¿Lo... lo harás? ¡No! ¿Quién osará de mí arrancarte? Y por ti misma, bien sé que nunca me dejarías. Permíteme abrazarte aún con más fuerza, con más fuerza. Entonces, ¿cómo podemos partir? ¡Elíseo! ¿Quién eres? ¿Quién, ya que no puedes quedarte por siempre aquí ni contigo yo remontarme a esfera alguna rutilante? ¡Hechicera! Dime, por este tierno abrazo, por la perfección más delicada de tu rostro, de esos labios, oh prendas esquivas de dicha, de esos ojos fulgurantes, y por esos aún más tiernos, amables poderes soberanos, éstos, los más tiernos, y por el nectáreo vino, la pasión...»

«¡Oh Ida puro, divino<sup>[95]</sup>! ¡Endimión! ¡Queridísimo! ¡Infeliz de mí! Su alma se nos irá, ¡oh, felicidad! ¡Cómo me quiere! Sus pobres sienes baten a los mismos acordes del amor... ¡Cuán dulce, ah, cuán dulce es! ¡Revive, amado joven, o desfalleceré, moriré! ¡Revive o estas horas benignas se precipitarán en somnolienta inanidad! Habla y deja que ese hechizo espante este letargo. No puedo aliviar su pesada carga, pero al menos uniré mis labios con los tuyos para que puedan festejarse con opulencia hasta degustar de nuevo el rebrotar del amor. ¡Cómo! ¿Te mueves? ¿Me besas? ¡Oh, felicidad! ¡Oh, dolor! Te amo, muchacho, más de cuanto puedas figurarte, y tan larga ausencia de ti, distancia a mi alma de todo reposo. Mas debo seguir. Aún no puedo exaltarte conmigo a las alturas estelares ni, por puro pudor, entregarme a ti. ¡Ah, querido, no te lamente o me expulsarás de este retiro y tendré que sonrojarme en el cielo! ¡Oh, pero si ya lo he hecho! ¡Si horribles sonrisas ante mi perdido esplendor y vehementes engaños me han relegado de la cumbre solemne del Olimpo y de todos los dioses severos; si todos olvidaron nuestro placer excepto nosotros solos! ¿Y, por eso, vergüenza tal? No es sino para expiar



nuestro interminable placer con algunos cobardes sonrojos.  
¡Así que, cobarde he de ser yo! Surge el horror ante mí,  
demasiado palpable... ¡La triste mirada de Júpiter,  
el ímpetu de Minerva<sup>[96]</sup>, no estremecieron ningún corazón  
de temor a la pureza; y ningún ala de Cupido  
se abajó reverente; mis dominios cristalinos  
casi se extraviaron y todos mis himnos antiguos se anularon!  
Pero ¿qué es eso para el amor? ¡Oh, si volar pudiera  
contigo hasta donde alcanzan las potencias del cielo  
y, así, durante las muchas, siguientes horas, me tomaras  
tiernamente! Ahora te juro que soy prudente  
y Palas necia. Quizá, como el mío, no sea su amor  
sino ignoto. ¡Oh, creo que hasta ahora he sido  
la única casta! Sí, Palas ha ido suspirando  
en tanto veía cada tarde cómo yo recogía en alto mis cabellos,  
con tan fríos dedos como hojas de álamo blanco. Dulce amor,  
he sido errante cual paloma solitaria y no he sabido  
que estaban contruidos los nidos. Ahora, dame  
un suave beso... Sí, por ese beso prometo  
una felicidad sin fin, inmortalidad a tu pasión.  
Te exaltaré en lo sucesivo hasta donde brilla  
la celeste ambrosía, y en la sombra nos ocultaremos,  
veranos enteros, en un claro de río, y te contaré  
historias del cielo y te susurraré el murmullo de sus coros.  
¡Mi amor feliz curará cualquier herida! ¡Oh, déjame  
unirme a ti, que el sonido de nuestras voces juntas  
se enlace al nacer! Abracémonos con cariño... ¡Oh indigencia  
de las humanas palabras! ¡Aspereza del habla mortal!  
Empíreos balbuceos algún día enseñaré a tu lengua melosa,  
susurros de laúd que para hacértelos comprender proclamo  
mientras ahora, así, te abrazo y de amor lloro.  
Estoy dolorida, Endimión. ¡Dolor, dolor! ¿Es la pena  
contenida en lo más hondo del placer mi única vida?». Y,  
entonces, con copiosos sollozos, su pelea gentil  
en languidez se trocó. Y él volvió a sus lágrimas  
y arrebatados juramentos.

Vosotros, los que con excesiva pasión  
os habéis afligido, os quedaréis aquí  
y apiadaréis, sólo por mor de la verdad, cual tonada  
no de estos días, mas de largo tiempo ha, en que el viento  
de una caverna lo relató a un bosque viejo, y luego éste  
lo contó en sueños a un lago dormido, cuyo frío,

horizontal centelleo captó un poeta al encaminarse  
al templo de Febo; y en él sumergió sus miembros fatigados,  
bañándose por espacio de una hora, y, luego,  
en aquel inspirado lugar, directamente, al aire  
cantó aquella historia y le dio universal libertad. Allí  
ha estado siempre sonando para aquellos oídos  
cuyas puntas por sus ganas de oír se encienden<sup>[97]</sup>. La leyenda  
anima allí a unas estrellas centinelas y, quien la escucha,  
debe sin duda autocondenarse o lo ha de plañir.  
Porque unos ardores implacables ascienden  
al corazón, enfierecido por causa del temor  
de que el viento, arremolinado, pueda en lo más mínimo  
absorberle. Y lo que ha quedado hasta ahora aquí escrito  
siempre encuentra un lugar de reposo, con lo que  
se vuelve muy claro y sencillo. Al punto empieza  
a extinguirse la extraña voz... Y tan sólo suena  
un sonido que se aleja y la joven visitante al fin desciñe  
sus miembros gentiles y deja al joven dormido.  
He ahí la tradición de este profundo misterio.

Y ahora volvamos a nuestros primeros cronistas.  
Despertó Endimión, cuyo dolor por causa de ella  
afligía dulcemente sus oídos. Con pesar comprendió  
una vez más cuán solo estaba, y estrechó tristemente  
el aire con sus brazos vacíos; inclinó la cabeza,  
y, completamente abandonado, en aquel lecho ausente,  
en silencio, se sentó. Había conocido la locura del amor.  
Con más frecuencia que los torturados rugidos de un león,  
habían de él irrumpido las quejas, pero, entonces,  
ya había de él tal ansia desaparecido. No arriesgó  
ya más su áspera voz de guerra contra las estrellas  
del destino. No, que ya había sufrido demasiado  
para enfrentamiento tan duro. La lira de su alma,  
por Eolo acordada<sup>[98]</sup>, olvidó toda pugna y sólo  
suscitaba en él melancólicos pensamientos. ¡Oh, desfalleció,  
embriagado por los pezones del placer, y, en adelante,  
fue su amor el de una paloma! Dificultosamente se levantó  
del revuelto lecho y, cuando lo hizo, fue con lentos,  
lánguidos pasos y el rostro oculto  
entre sus manos encubridoras. Y, de tal suerte sereno,  
descarrióse, al entrever unas visiones  
que hubieran hecho desfallecer a las serpientes de Aleto<sup>[99]</sup>,

maravillas mayores que las de la flauta de Hermes<sup>[100]</sup>  
cuando, anhelante, se inclinaba sobre unos ojos  
que todo lo eclipsaban; y, al fin, vio una gruta resonante,  
vasta y abovedada, que miles y miles de perlas tachonaban  
y conchas de boca purpurina, con gruesas vetas de toda  
forma y tamaño, hasta de la magnitud de un puerto  
en que se recluyeran a meditar las ballenas y a gruñir  
contra la interminable tormenta. Y aún más, también  
figuras de peces de color verde y azul,  
a lanzar sus chorros dispuestas<sup>[101]</sup>. Ante cuya álgida maravilla,  
Endimión se sentó y se puso a rememorar toda su vida:  
su juventud hasta el día en que, entre fiestas,  
aclamaciones y alegres coronas, subió a su trono pastoril;  
y vio su blanco palacio en un rincón del selvático bosque  
Y todos los convites que había allí presidido. Y todas  
las tiernas muchachas que entonces le habían parecido hermosas,  
con todos sus amigos y compañeros de caza, como en un sueño  
ante él desfilaron. Y luego el aliciente  
de los viejos bardos por sus grandes hazañas; sus designios  
de acariciar la edad de oro entre los clanes de pastores;  
y aquella noche de asombro<sup>[102]</sup>, la gran celebración a Pan,  
la tristeza de su hermana, y su vagabundeo entero  
hasta caer en la entraña más profunda de la tierra  
y luego toda su magia entera sepultada hasta que se sonrojó  
con su excesivo, excelso amor. «Y, ahora —pensó—,  
¿cuánto tiempo he de seguir en peligro de sorpresas incomprensibles  
para no sorprenderme más? Ahora que ya he saboreado  
hasta la médula su alma exquisita, cualquier otra hondura  
es poco profunda. Lo bello, que antes parecía espiritual, es ahora  
como hez inmunda, destinada sólo a fertilizar  
mis raíces terrenales y a que mis ramas eleven  
un fruto de oro al cielo en flor. Cualquier otra luz,  
aunque lo bastante veloz e intensa para deslumbrar  
la vista del águila olímpica, es oscura, es tan oscura  
como las del linaje del caos. ¡Escucha! Mis silenciosos  
pensamientos resuenan en estas conchas, ¿o no son  
sino fantasmas, moribunda resonancia de clamores lejanos?  
¡Escucha!». Y prestó un ansioso oído. Aquel zumbante sonido  
se hacía más fuerte y, ¡mirad!, a uno y otro lado  
de donde él estaba tendido, brotó, con polvorienta espuma,  
una copiosa fuente; y sus dos brazos, veloces, locos,  
fantásticos, se quebraron en torno a las rocas; restallaron

por las conchas y caracolas de la excelsa gruta  
dejando un mentido rocío. Al fin bajaron de lo alto del techo,  
emanando un ruido como de corredores que, sin aliento,  
cuyas últimas esperanzas estuvieran puestas  
en las escasas, finales zancadas, y con fuerza ya agotadas  
durante el recorrido seguido hasta entonces, emprendieran  
un sinuoso camino. Y Endimión los siguió —parecía  
que uno siempre perseverara en tanto el otro  
por apartarse pugnara—, siguió sus lánguidos laberintos,  
hasta que dejó de pensar en los misterios y se quedó  
arrobado en tiernas divagaciones sobre aquella  
dicha desvanecida. ¡Ah! ¿Qué canta al aire su sueño?  
¿Qué melodías son éstas? Resuenan como a través  
del susurro de unos árboles no nativos, en esas bóvedas estériles.  
¡Prestad oídos!

«Oh Aretusa, ninfa sin par<sup>[103]</sup>,  
¿Por qué temes ternura tal como la mía? ¡Gran Diana!  
¿Por qué, por qué escuchaste su plegaria? ¡Ah!,  
¡ojalá estuviera ahora yo jugueteando en torno a su belleza  
delicada, dando vueltas a su cintura, pugnando por atraerla  
hacia el fondo y entonces me deslizara  
entre sus labios deliciosos y sus tenues pestañas!  
¡Ojalá su cabello luminoso al sol estuviera, y yo,  
destilándome, por él fluyera en riatillos amorosos,  
por sus formas temblorosas! ¡Quedárame en sus hombros  
puros, calentárame entre sus pechos cariciosos  
y el encanto de cada contacto suyo me transportara!  
¡Mira cuán apenadamente chorreo! Hermosa doncella,  
apiádate de mi honda aflicción. Sigue, sigue tu marcha cansina  
y déjame orientarme, feliz galante, al prado florido  
donde toda aquella belleza me atrapó». «Dios cruel,  
desiste o el asentimiento de mi amante ofendida  
estancará todas tus fuentes... No me atormentes  
con palabras de sirena. ¡Ah! ¿He conseguido realmente  
el poder de enloquecerte? Y es verdad... Fuera, fuera...,  
o tiernamente habré de llorar hasta mi mismo pensamiento.  
Aléjalo, pues, por favor, benigno Alfeo,  
pues si obedeciera mi propia y cara voluntad,  
se seguiría una fatal calamidad. ¡Ah, oréade reina<sup>[104]</sup>!  
¡Si padecieras un dolor como este mío, me volvería temeraria  
y sería una criminal! ¡Ay, me abraso..., me estremezco;  
gentil río, vete de aquí! ¡Alfeo, hechicero! Todos

mis sentidos una vez en estos bosques se purificaron.  
Frescas brisas, prados frondosos, torrentes inocentes,  
fruta madura y yacija solitaria me daban contento.  
Mas desde que, descuidada, me bañé en tu corriente engañosa,  
un ardor palpitante creció con fuerza en mi interior.  
¿Por qué tratarme así y llamarlo amor? ¡Si era, ay, crueldad!...  
Nunca más cerraré mis ojos llenos de dicha  
con el canto de los tordos. ¡Fuera! ¡Atrás!  
¡Oh, qué crueldad fue!...» «Te quejas ahora, Aretusa,  
tan quedamente, que creo que si estuvieras retozando,  
ahora, en mi orilla sombría, en mis aguas, de nuevo te bañarías.  
¡Doncella inocente! No reprimas más tu corazón,  
ni te asusten las potencias enojadas... Deidades hay  
que nos darán sombra con sus alas. Esos suspiros  
entrecortados son casi la muerte  
para el que los oye. ¡Oh déjame verter un bálsamo  
rociado sobre ellos! ¡No temas más, dulce Aretusa!  
La misma Diana debe sentir a veces esas mismas congojas.  
Doncella querida, ruborizándote penetra en mi alma furtivamente  
y huyamos de estas horribles cavernas, salgamos  
al cielo despejado. A lo largo de todo mi sinuoso recorrido,  
del verde mar hasta mi fuente escondida en los bosques arcadios,  
te complaceré; y te mostraré los cauces  
por donde fluyen mis aguas más heladas, entre rocas cubiertas  
de musgo; por donde, entre exhuberante verdor,  
por una complaciente oscuridad voy errando,  
más invisible que Saturno en su exilio<sup>[105]</sup>,  
circundo unas islas llenas de flores y tomo de ellas  
la crema de los dulzores polvorientos de las alas  
de las mariposas, que miríadas de abejas zumbando  
con la miel de sus alas<sup>[106]</sup> liban y donde tú te complacerías  
en elegir las más sabrosas, y en almohada de incienso  
cada noche descansaríamos. Libérate de toda tristeza,  
de todo temor, delicia pura, y así holguémonos,  
a menos que te alegres de ver precipitarse sin esperanza  
mi corriente, distraída del sereno rayo del Sol,  
y de verla fluir hacia la muerte por unas sedientas arenas».  
«Alfeo, ¿qué puedo hacer? Diana sigue severa ante mí.  
¡Perseguidor hado! ¡Infeliz Aretusa! Tarde llegaste a ser  
tú cazadora en libertad...» Y, a esto, de repente,  
aquellas dos tristes corrientes, cayeron al fondo  
de una temible hondonada. El latmio escuchó,  
pero ya no oyó más que el eco que repetía

una y otra vez el nombre de Aretusa débilmente.  
Y al borde de aquella oscura sima, lloró y dijo: «Diosa  
gentil de mis andanzas, por nuestras eternas esperanzas  
te requiero para que alivies, mitigues  
si poder para ello tienes, el dolor  
de estos amantes y en algún llano feliz los hagas felices».  
Se volvió. Sonó un ruidoso golpe de agua.  
Dio un paso... Había una luz más templada  
y al punto fue hacia ella por un sendero de arena  
y, ¡mirad! más repentinas que un instante fugaz,  
se fueron las visiones de la tierra, se esfumaron  
Y vio el gigante mar sobre su testa.

## LIBRO III

Hay quien se enseñorea de sus compañeros<sup>[107]</sup>  
con el oropel más victorioso y quien suelta  
sus balantes vanidades a pastar en la verdura comfortable  
y el heno jugoso de los pastos humanos, o hay  
—¡oh suceso mortificante!— quien a través  
del guiño de un idiota verá a los zorros sueltos  
chamuscar y abrasar nuestras áureas esperanzas,  
nuestras espigas maduras. Sin un solo matiz  
de esplendor de cosa sacra ni mirada capaz de afrontar  
la de un búho<sup>[108]</sup>, ellos aún están adornados  
por las naciones de obnubilada mirada, con vestes  
purpurinas y turbantes y coronas. Con los ánimos aliviados,  
excepto de la irrupción del propio halago,  
ascienden ellos con orgullo hasta la atalaya  
de sus espíritus, hasta la altiva consideración de su ser,  
de sus encumbradas nulidades, de sus cielos opacos,  
de sus troncos, entre fieros, morbosos sonos  
de trompeta, gritos y batir de tambores, bruscos cañones. ¡Ah,  
cómo zumba todo esto en unos oídos despiertos...!  
Como tumulto pasado, ido... Como los nubarrones  
que hablaron a Babilonia e impulsaron  
a aquellos viejos caldeos a sus deberes. ¿Son entonces  
reales todas las máscaras doradas? No; hay lugares del trono  
inasequibles sino tras un paciente vuelo,  
una constante dedicación o lo espiritual  
que, liberado, puede hacer una escalera  
de eterno viento y posarse en los nubosos pabellones  
del trueno a escrutar el abismal nacer de los elementos.  
Sí, que sobre el marchitamiento del sabio Destino,  
mantienen mil virtudes un rango religioso  
en el agua, reino fiero y confín aéreo y, silentes,  
cual urna consagrada, celebran unas cósmicas sesiones  
para cumplir una estación. ¡Y qué pocas  
de esas distantes majestades —¡ah, qué pocas!—  
han despojado de sus pasiones a este orbe, qué pocas!  
Que con espléndido fasto revisten  
nuestra porción de cielo, y cuya benevolencia

estrecha la mano de nuestra misma Ceres<sup>[109]</sup>  
y colma todos los sentidos de una dulzura espiritual,  
hasta su plenitud, así las abejas sus celdas,  
por completo. Y, por la pugna entre la Nada y la Creación,  
Apolo eterno, aquí juro que tu bella hermana es más gentil;  
de todas éstas, la más poderosa. Cuando tu aliento  
dorado se obscurece en el oeste, ella, sin ser vista,  
se desliza hasta su trono y en él se sienta,  
la más mansa y solitaria, como si no tuviera  
a sus órdenes ningún boato; cual si tus ojos,  
poeta eminente, no estuvieran pendientes de ella,  
con las Musas en tu corazón; cual si las estrellas  
servidoras mantuviéranse apartadas, a la espera  
de mensajes de pies plateados. ¡Oh, Luna!  
Las sombras más antiguas en los árboles más viejos  
palpitan con fuerza si las penetran tus miradas.  
¡Oh, Luna! Las viejas ramas balbucean un clamor  
más sagrado mientras sienten tu aérea compañía.  
Por doquier bendices tú con tus labios de plata,  
que para vivir besan lo muerto. Las vacas,  
dormidas, sueñan, bajo tu esplendor, divinas campiñas.  
Innúmeras montañas se levantan y levantan,  
y ambicionan que tus ojos las hagan sacras. Y no elude  
tu bendición ningún escondite, ni el más mínimo lugar  
al que poder hacer llegar tu delicia. El abadejo,  
en su nido, tiene tu hermoso rostro ante su vista tranquila  
y, desde su hondura, la hoja de yedra, guarecida,  
recibe de ti tus ojeadas. Alivio eres  
para la humilde, paciente ostra que duerme  
en su casa de perla. Los abismos poderosos,  
el mar monstruoso es tuyo, ¡el inmenso, innúmero mar!  
¡Oh, Luna! El espumeante océano ante ti se inclina  
y Telos siente el caótico peso de su frente<sup>[110]</sup>.

¡Cintia! ¿Dónde estás ahora? ¿Qué distante morada  
de verde o plateado ramaje entroniza  
belleza tan extrema? Ay, desfalleces  
por alguien tan entristecido... Están pálidas tus mejillas  
por alguien de pálidas mejillas. Y deploras  
sus lágrimas, las del que por ti llora.  
¿Por qué suspiras? ¡Ah! ¡Esa luz sin duda aflora  
en el ojo de Véspero<sup>[111]</sup>! ¡Qué cosa es el amor!  
Es ella, pero, ¡mira! ¡Cuán distinta,



oh, cuán llena de dolor y cuán consumida de temores!  
Muere ante la nube más delgada; su hermosura se apaga  
en el azul de Neptuno<sup>[112]</sup>. Y aún hay un reverberar de centellas  
de amor allí, junto a la lengua de tierra cuyos árboles danzan  
sobre las olas, como si fuera a complacer  
a la ensortijada espuma con su amoroso influjo.  
Oh, no está ociosa... Pues, desde allí, mirando hacia abajo,  
se desploma en remolinos y corre sin tino  
abismándose en acuáticas corrientes, sacando  
de sus ocultas guaridas a los espíneos tiburones  
y espantando sus ojos salvajes con desusado fulgor.  
¿Hasta dónde se contentará que llegue su esplendor?  
¡Oh, Amor! ¡Cuán poderosa has sido al mostrarme  
tu extraño viajar! Doquiera que habite la belleza,  
en sima o aire, monte u honda cañada en luz, tiniebla,  
estrella o sol ardiente, tú señalas el camino  
y al punto lo recorres. En sus penas  
alentaste tú a Leandro<sup>[113]</sup>, tú a Orfeo condujiste  
por resplandores de muerte, tú hiciste  
que Plutón soportara un leve elemento; y ahora,  
oh alado caudillo<sup>[114]</sup>, has mandado  
un rayo de luna al profundo, profundo mundo de las aguas  
en busca de Endimión.

En un dorado arenal,  
de conchas puras perlado y guijarros blancos  
como la leche, le saludó la pobre Cintia, y su luz,  
enfrentada a su pálido rostro, se serenó  
y sintió él aquel encanto hasta perder el aliento,  
y un repentino calor de sangre en su corazón.  
Fue algo dulcísimo. Detuvo sus pasos errantes,  
y, medio extasiado, apoyó su cabeza en un matojo  
revuelto de hierbas a degustar la gentil luna  
y los glóbulos refrescantes, azotados desde el techo  
cristalino por unas colas de pez. Y así siguió  
hasta que los velos rosados que cubrían el este  
por la mano de la aurora que aparecía, alzáronse  
del seno de las aguas y por el aire temperado se aventaron,  
y la mañana sosegada llegó plácidamente con el oleaje  
cuando, como llama de bujía que apaga de pronto un soplo  
de aire que la acaricia, se levantó en silencio  
y una vez más reanudó la marcha por su fatídico camino.

Lejos había estado él,  
vagando sin más que el hueco piélagos  
que, en alto, en derredor y a sus pies, espumeaba...  
Sin más que cosas más muertas que imaginaciones de  
Morfeo:  
áncoras viejas oxidadas y yelmos, grandes armaduras  
de guerreros de la mar, de tiempos pasados, espolones  
de bronce y rodela, timones que en cien años  
hubiera olvidado gobernar la mano humana,  
vasijas de oro labradas con leyendas olvidadas,  
y en que nunca hundiera su barbilla ningún otro comensal  
que los de los tiempos saturnales<sup>[115]</sup>; pergaminos  
volviéndose polvo y escritos en lengua celeste  
por aquellas almas que primero poblaron la tierra;  
y rudas esculturas de pesada piedra que desarrollan  
el módulo de la anciana Noche<sup>[116]</sup> y esqueletos luego  
de hombre, de animal y mastodonte, de leviatán,  
de águila y de elefante, y enormes quijadas  
de innominados monstruos. Un horror denso, helado  
le asestaron estos secretos. Y si Diana no le hubiera  
apartado de esa aflicción, morir podido hubiera. Mas luego,  
con sentir animoso, siguió adelante, acariciando  
estos pensamientos en su alma amorosa, al adentrarse por el laberinto.

«¿Qué hay en ti, Luna, para que me hagas conmover  
el corazón tan vivamente? Cuando era niño,  
a menudo sequé mis lágrimas en tanto tú sonreías.  
Te parecías a mi hermana. Mano con mano recorrimos,  
del ocaso a la mañana, el firmamento. No quería  
manzanas del árbol hasta que tú no hubieras enfriado  
deliciosamente sus mejillas. Las aguas, al saltar,  
no recitaban romance alguno sino cuando mis ojos  
con los tuyos allá arriba danzar podían. Ni ningún bosque  
era lo bastante verdecido ni lo bastante divina ninguna enramada,  
hasta que tú no levantabas tus párpados tan finos.  
Y en tiempo de siembra jamás planté ni al aire lancé  
semilla alguna hasta que tú no estuvieras del todo despierta,  
y, en la estación estival de las flores, nadie  
sino tú me ha oído cantar felizmente ni enlazar  
en guirnalda mis flores rociadas la noche entera.  
Ninguna melodía era fugaz como un espíritu  
sino para solemnizar tu reinado. Sí, tú en mi infancia

toda dicha y todo dolor, hasta su mismo fin, forjaste.  
Y cuando en edad crecí, seguiste confundíendote  
con todos mis ardores. Fuiste tú el hondo valle,  
fuiste la cima del monte, la pluma del sabio,  
el arpa del poeta, la voz amistosa, el sol. Tú fuiste  
el río, la gloria conquistada. Fuiste el soplo  
de mi clarín, mi corcel, mi copa de vino,  
mi aventura más encumbrada. ¡Fuiste tú el encanto  
femenino, amable Luna! ¡Oh, qué rústica y armoniosa tonada  
mi espíritu arrancó de tu belleza toda!  
En algo puro y bello me apoyaría, para  
que hasta la eternidad como un niño me condujera. Oprimí  
la suave almohada de la Naturaleza, en acechante reposo.  
Mas llegó, gentil orbe, a allí, una dicha más cercana.  
Llegó mi extraño amor... ¡Abismo de felicidad! Llegó ella  
y tú te fuiste desvaneciendo..., aunque no del todo. No,  
tu estelar virtud hasta ahora ha sido una pasión  
que ha acompañado a todas las otras. Ahora empiezo a sentir  
cómo se hace más fresco el influjo de tu orbe sobre mí.  
Oh, sé amable, contén tu mágico poder y no ciegues  
mi visión soberana... ¡Queridísimo amor, disculpa  
que no pueda apartar de ti mis pensamientos y vivir!  
¡Perdóname, planeta del aire, que contemple un pensamiento  
allende tus placeres argentados! ¡Y cuán más allende de ellos!». Y,  
a esto, una repentina agitación heló el saltarino contento  
que de su corazón iba surgiendo, pues cuando alzó  
sus ojos para jurar que su diosa excedía toda hermosura,  
vio a lo lejos, en el verdor cóncavo del mar,  
a un viejo sentado en calma, plácidamente.  
Sobre un peñasco herboso estaba este anciano sentado<sup>[117]</sup>  
y era impresionante su blanco cabello; un matojo de hierbas  
frías tenía bajo sus fríos, flacos pies; y, amplia  
como una sábana, una capa azul envolvía  
sus ancianos huesos, guarnecida con símbolos  
de los rumores más hondos de una magia grandiosa.  
Todas las formas del océano estaban en ella tejidas  
con negra nitidez: la tempestad y la bonanza,  
la brisa y el horrísono bramar, las arenas movedizas,  
y el remolino, la playa desierta estaban estampadas  
en aquella tela, con todas las formas que espumean,  
se hunden o duermen en el mar, entre dos  
cabos de tierra. La ballena, en ella sumida, era como un tilde  
en tal hechizo, aunque, vista de cerca, hubiera aumentado

su tamaño hasta su verdadera inmensidad;  
y el pez más diminuto hubiera superado hasta el mayor deseo  
del que lo mirase y mostrado  
la anatomía de sus ojos minúsculos. Estaba allí diseñada  
la majestad de Neptuno; y las ninfas de la mar  
en torno a su dominio, en hermoso vasallaje,  
miraban hacia arriba y aguardaban. Junto a este anciano  
yacía una vara perlada y había un libro en su regazo,  
que con tanto detenimiento miraba que el recién llegado  
tuvo tiempo de observarle con atónita mirada,  
advertir tales asombros y quedarse sorprendido.

El anciano alzó su canosa cabeza y vio al extrañado extranjero  
—como si no fuera así, tan exánimes eran sus facciones—.  
Y, de pronto, despertó, como de un trance. Sus cejas,  
blancas como la nieve, fuéronse arqueando  
y, cual dos mágicos arados, unas profundas arrugas surcaron  
su ancha frente, que quedaron allí impostadas  
con tanta fijeza como un sillar de roca; hasta que,  
en torno a sus mustios labios, se hubo desvanecido una sonrisa.

Entonces se levantó, como aquel cuyos tediosos trabajos  
se hubieran durante años prolongado en apartado eremitorio,  
y que desde la plenitud de su edad hasta su edad postrera,  
no hubiera aliviado en lo más mínimo la sobrecarga de su alma  
ni siquiera su arboleda. Levantóse, asió su estola,  
la hizo ondear en todas direcciones con vigor convulso  
y, con voz solemne, jubilosa, que el eco en la nulidad sumió,  
dijo: «¡Tú eres el hombre<sup>[118]</sup>! Podré ya recostar  
en paz mi cabeza en mi almohada de agua. El sueño  
ya llegará con suavidad a mi agotada frente. ¡Oh Júpiter!  
¡Seré joven de nuevo, seré joven! ¡Oh Neptuno,  
de conchas llevado, me traspasa, me hiere  
una naciente, nueva vida! ¿Qué haré? ¿Adonde iré tras mudar  
esta piel de serpiente de la tristeza? ¡A las sirenas,  
por el agua, iré! Atenderé un momento sus cantares,  
veré relucir sus cabellos y luego me posaré en el brazo  
de aquel gigante que agoniza en las entrañas de Sicilia<sup>[119]</sup>  
en un abrir y cerrar de ojos navegaré a los mares del norte  
y cabalgaré el chorro de una ballena por oscuros nubarrones;  
y, de allí, me sumiré, delirando, en un relámpago montado,  
a la más profunda sima a que me impela algún remolino,  
de mí enajenado, al otro lado del mundo. ¡Oh, estoy lleno

de alegría! ¡De corazón, oh tres hermanas<sup>[120]</sup>, me someto a vuestro antiguo decreto! Sí, loados sean todos los dioses y potencias benignas, porque no he ya de desmedrarme, consumirme, desfallecer más. ¡Tú eres el hombre!». Endimión retrocedió bruscamente, asustado; y, así un desventurado cuyos tormentos fuerzan su ardiente voz y agónica palabra, murmuró: «¿Qué solitaria muerte he de vivir<sup>[121]</sup> en esta álgida región? ¿Dejará que me hiele y que floten mis miembros quebradizos por los mares polares? ¿O me tocará con su mano reseca y en la arena estampará su negra huella? ¿Desmembrará mis carnes con una sierra dentadísima y me guardará cual selecta comida, para su mágico pez, pasándome a odioso fuego y llama? ¡Oh desdicha infernal! Inerte y sin defensa, ¿va a abrasarme? ¡No, gritaré hasta que por el azul del cielo, a los dioses, mi voz llegue! ¡Oh Tártaro<sup>[122]</sup>! Pero si hace tan sólo unos días los brazos suaves de ella me ceñían y yo de su voz dependía, cual fruto entre el verde follaje... Sus labios eran bien míos, y... ¡ah, garbas maduras de la felicidad! Yacéis en los rastrojos y nunca podréis ya ser gavilladas. He de humillar mi cabeza y besar los pies de la muerte. ¡Amor, amor, adiós! ¿No me das ninguna esperanza? A tu dulce aliento se disiparía este hechizo. ¡Por la cierva de Diana que alimentan sus blancos dedos, veo ondear tus cabellos al viento! ¡Y, ahora, por Pan que no me preocupa este viejo misterioso!»,

dijo,

y, acercándose a aquella provecta figura, la miró con desafiante altivez. Ah, pero empezaba a enternecerse de piedad su corazón, pues aquella criatura de grises cabellos lloraba. ¿Había, pues, agraviado un corazón que la tristeza custodiaba? ¿Había, aunque con ciega insolencia, traído lágrimas de mujer a sus ojos benignos, un aguijón a su humano pensamiento, una conmoción a su añosa boca? Estaba en lo cierto y para las lágrimas sazonado. Cayó de sus ojos penitente lluvia al arrodillarse ante aquel venerable anciano que, temblando, palpaba sus grandes, oscuros rizos, y, balbuceando, dijo: «Levántate, buen muchacho, por Febo. Conozco tus más íntimos sentimientos

y siento que una verdadera ternura de hermano por ti  
a mi interior fluye. Tú abres las puertas carcelarias  
que tanto tiempo han trabado mi penosa vigilia.  
Por más que no lo sepas, estás tú cometido a realizar  
una gran liberación, en este lugar prescrito.  
¡Oh, no llores más! Soy un amigo al que amar,  
para amores de antaño. Sí, porque si tú no hubieras  
amado nunca a una ignota potencia, estaríame yo ahora apenado,  
en esta dichosa hora. Pero aunque sea el viejo más depauperado,  
te veo, y mi sangre, ya no cansina, bate ahora, veloz,  
en mi pulso. Ha brotado un renovado corazón  
en esta incierta ocasión, y en este momento se huelga  
tan airoosamente como el tuyo. No te espantes  
porque vayas ahora a enterarte de este secreto  
que desvelaré del todo, en tanto nos aprestamos  
a nuestra feliz tarea». Y, diciendo así,  
esta joven alma que la edad enmascaraba se fue adelante  
con el cario a su lado, contando, así, sucintamente,  
mientras el oleaje del bravo océano, a sus espaldas,  
fluctuaba, y unas arenas enjoyadas, en silencio, estampaban  
la huella de sus pisadas:  
«Mi alma recuperó ya la mitad  
de su camino desde la mortalidad, y, por tanto, ya puedo  
disponerme sin queja a contarte brevemente mi dicha toda  
y mi desventura<sup>[123]</sup>. Una vez fui pescador en este océano  
y mi bote danzaba por todas sus calas y bahías.  
Fue mi hogar el arisco oleaje noche y día  
—no menos asiduo yo a él que las gaviotas—,  
pues no tenía otro amparo contra la furiosa borrasca  
y el vendaval que las grutas de las rocas. Y eran palacios  
de dicha silente, de ociosos ensueños. Largos años  
de miserias, así me lo han relatado. Sí, así fue,  
hace mil años, ¡mil años! ¿Es, entonces, posible  
recorrerlos ahora así de fácilmente? ¿Mil años dispersar  
echando atrás una mirada transportada? ¿Exhalarlos todos  
cual espuma endeble de una fosa cristalina  
para conocer su hondura y ver la aparición, en su fondo,  
de la propia imagen? Sí, que ya no he de ser más  
un esclavo desdichado; mi largo cautiverio y todos mis gemidos  
no son sino endeblez, una delgada espuma y minuciosa  
que ahora exhalo; y, acumulándose, me traen, cual cosas  
ya pasadas, mis deleites juveniles.

No pulsaba el laúd ni cantaba, no hacía largas jornadas.  
Era un muchacho solitario en unas desiertas costas.  
Y eran solitarios mis solaces, entre el constante rugir  
del agua, las islas escarpadas y el grito plañidero  
de las gaviotas planeando, discordantes,  
entre mar y cielo. Y eran los delfines compañeros  
de mis juegos. Formas nunca vistas me daban a conocer  
sus escamas de oro y verdes, y para mí no eran tristes  
soledades. Y, cuán a menudo, si una horrible tromba de agua  
en alto alzaba su voraz inmensidad,  
como casi a punto de estallar con horrísono fragor  
y segar mi vida, así una vasta esponja aciaga,  
algún monstruo amigo que de mi triste situación  
se compadecía, se sumía en sus entrañas,  
hasta el fondo se abismaba y a salvo me dejaba,  
arrojándome de allí. Mas la corona de toda mi vida ha sido  
la máxima quietud. ¡Prefería yo seguir en hosca gruta,  
aguardando días enteros la voz de Neptuno  
y, si al fin llegaba, escucharla y gozar de ella!  
Ningún atardecer de verano, allí, se arrebolaba  
sin que guiara mi esquife a lo largo  
de unas verdes, sinuosas orillas, para oír  
el caramillo del pastor más claramente  
en el ventoso acantilado, mezclado con los balidos  
incesantes de sus corderos.  
Y no hubo nunca un día  
de verano cuyo relumbre y despuntar yo desde el océano  
no contemplara, pues toda la noche esperaba  
ver cómo se abrían las puertas del cielo  
y cómo Aetes espumeaba su oro matinal copiosamente<sup>[124]</sup>  
en las corrientes embravecidas. Y, asiduamente,  
cuando la marea diurna, extendía mis redes  
en algún prado lozano y a descansar me tendía. Y bendecía  
a las pobres gentes de la mar con el regalo diario  
de los peces más delicados. Ellos no sabían  
el porqué de esta bondad y, exultando, esparcía  
tiernas flores en playa estéril.

¿Por qué no fui contentado<sup>[125]</sup>?  
¿Por qué alcanzar las cosas, oh latmio,  
que, de no haber sido por ti, hubieran sido  
mi triste muerte? ¡Insensato! Comencé a sentir anhelos



desordenados, a ansiar el privilegio supremo  
de que el Señor del Mar pudiera darme en bendición  
la libertad de todo su reino. Largo tiempo  
de penurias pasé hasta que, en el más extremo acceso,  
me arrojé a él, a por la vida o por la muerte.  
Confundir los propios sentidos con tan densa, viviente  
materia podría parecer obra del dolor,  
mas no puedo admirar lo bastante  
cuán suave y cristalino lo sentí, resbalando  
por mis miembros. Pasé al principio días y días enteros  
en total estupefacción; de intento abandonado  
de todo; tan sólo acompasado con la fuerza del fluir  
de las mareas. Y, entonces, como pájaro recién plumado  
que muestra por vez primera a la fresca mañana  
sus alas tendidas, moví amedrentado  
las alas de mi voluntad... ¡Era mi libertad!  
Y al punto visité las maravillas incesantes  
de este lecho submarino, de las que no he de hablarte  
pues ya veo que tú has sido de ellas testigo; ya sé  
—que así debe de ser me lo dicen  
las melancólicas comisuras de esa boca— que no puedes  
tener ansia por verlas. Así que voy a llevar  
mi asunto directamente a otro tema más inmediato...  
¡Ay aflicción! ¡Aquel amor tuvo que ser mi destrucción!  
¡Ah bella Escila<sup>[126]</sup>! ¿Por qué un día, oh, un día osó  
el infeliz Glauco requerirte de amores? ¡Extraña,  
amable doncella! La amé hasta el blanco mismo de la verdad.  
¡Y ella no quiso saberlo! ¡Ah, tímido ser<sup>[127]</sup>!  
Condújome volando con presteza con sus alas  
como un ave de la mar por cada isla y promontorio,  
por los cabos desde donde Hércules, el grande,  
desplegó, tan lejos, su historia, hasta el egipcio Nilo<sup>[128]</sup>.  
Y crecía más y más mi pasión al ver irradiar  
su color exquisito por el nítido azul delicadamente  
hasta que fue un tormento excesivo de soportar.  
Y, en aquel tormento, mi apasionado sentir cruzó mis penas  
para que Circe encontrar pudiera algún alivio.  
¡Cruel hechicera! Por sobre el agua alcé la cabeza  
y busqué a la hija de Febo<sup>[129]</sup> La isla de Ea<sup>[130]</sup>  
estaba maravillada, bajo la luna. Parecía agitarse  
velozmente en torno a mí, y un desvanecimiento me entregó,  
inerte, a la deriva, a aquel aciago poder.



Al despertar,  
me encontré en una sombría enramada en tanto la luz  
matinal, con zumbido de abejas, se filtraba  
por su verde entramado de árboles frescos. ¡Cuán dulce,  
ah, cuán dulce me fue oír el son de una lira  
y, a él añadida, el fenecer de un susurro de voz!...  
Y cesó. Aceleré el paso y, de pronto, el rostro más bello  
que nunca presencié la mañana, asomó por un seto de rosas.  
¡Júpiter de las estrellas! Con lágrimas, sonrisas  
y palabras melosas tejió una red de más feliz trama  
que todos los órdenes del floreado Elíseo. Y así vertió  
el rocío de su voz opulenta: «¡Ah! ¿Estás despierto?  
¡Oh, déjame oír, por Cupido, tu palabra! ¡Me abrumba  
tanto la alegría!... ¡Y bien! He llorado hasta colmar  
de lágrimas una urna, como si estuvieras muerto y frío,  
y, ya que ahora te encuentro vivo, de estos ojos  
desdichados he de verter su caudal plateado  
hasta que queden exhaustos de toda lágrima  
y así te he de contentar y de obligar a demorarte aquí,  
y así podré yo vivir. Mas si más allá de tan frías,  
tristes ofrendas aún anhelas un dulce fuego,  
unas supremas caricias; si estás dispuesto  
a saborear un largo sueño de amor; si sonrisas,  
mohines, lenguas de mudo ardor, ante tus ojos,  
como fruta tentadora, penden, ¡oh, deja  
que para ti las arranque!». Así ella fue ensamblando  
sus palabras encantadas hasta que su vaga música  
alcanzó mi alma pacificada. Y entonces se me acercó  
con cuidado hasta tan cerca como nunca lo haya estado  
este rostro surcado que tú no has visto nunca.

Joven latmio<sup>[131]</sup>, soy tan singular que puedes ver claramente  
hasta qué punto llegó esta cruel tentación  
sin que no exclames: «¿Y cómo, estaba Escila  
del todo olvidada?».

¿Quién lo resistiría? ¿Quién  
en este mundo? Ella exhalaba ambrosía, inmergía  
mi pura existencia en un ámbito dorado. Me tomó  
como un niño de pecho y entre rosas me arrulló.  
De tal suerte condenado, la corriente de mi vida anterior  
fue detenida y, ante esta arbitraria reina de los sentidos,  
me incliné como un vasallo extasiado. Y no me hubiera movido

entonces de allí aunque el arpa de Anfión<sup>[132]</sup>  
me hubiera seducido a que volviera a Escila  
en rudo oleaje. Porque, así como Apolo dispone  
cada tarde una nueva ornamentación para los cielos  
de poniente, así, cada ocaso, y no cada hora ya prodigada,  
vierte su balsámica conciencia dentro de esta enramada.  
Y me liberé de sombrías apariciones,  
pude errar por la morada forestal y laberíntica  
de las ardillas y el zorro astuto, del ciervo astado  
y del ave que en el más fosco y recóndito escondrijo gorjea  
por cada alegría un melifluo dolor. ¡Novísimos encantos  
para mí! Deja que tenga, por un momento, un temple  
tan duro como el del cetro de Plutón,  
a fin de que no abrasen mis palabras estos labios balbucientes,  
mientras te cuento con serena lengua cómo el cielo  
aparente devino puro infierno.

Una mañana,  
me dejó durmiendo. Medio despierto, traté de dar  
con sus blandos brazos y labios para saciar  
mi ávida sed con nectáreos sorbos de camello.  
Pero ella se había ido; los dardos barbados del dolor  
me hirieron tan cruelmente que salí corriendo  
y la busqué por todo el bosque. Y vagaba yo por penumbra  
de cedros y de pinos cuando me asaltó un yerto pavor,  
pues hasta allí empezaba a extenderse, desde la distancia,  
el son de un lamento, un agónico bramido sepulcral  
en todo el contorno. Y llegó luego un avasallador trueno  
y aquella fiera queja retumbó hasta acallarse  
mientras yo me intrincaba por escarpada senda,  
hacia abajo, como impelido. Y llegué a un oscuro valle.  
Y arreciaban los ponzoñosos gemidos en mis oídos.  
y se hacían más fuertes mientras yo me aproximaba  
al débil azul de una llama que ante mí esplendía  
por la espinosa maleza. Este fuego,  
como el ojo de una serpiente aovillada, me embrujaba  
hacia ella, y en seguida estuve casi en una escena  
en exceso terrible para sentir miedo. Y en la oculta  
fronda maldije el feroz espectáculo... ¡El regalo de mis brazos,  
la reina de mi nido, estaba sentada en una hinchada  
raíz del bosque y por todo su alrededor unas figuras  
hechiceras y bestiales<sup>[133]</sup> reían, gemían, reptaban  
como sierpes y mostraban sus fauces, sus colmillos,

sus bolsas de veneno, sus aguijones...! ¡Qué monstruos!  
Ni el mismo Caronte, si hubiera abandonado por un momento  
su estipendio<sup>[134]</sup> y tenido un sueño entre los juncos  
estigios, no hubiera visto figuras tales. Era arisca,  
sin color, tiránica la mirada de aquella dama  
en tanto sobre ellos blandía nudosa tranca. Y varias veces  
irrumpió de pronto a reír y volcó de un cesto  
racimos de uva<sup>[135]</sup> sobre el gentío, que los devoraba  
velozmente y luego pedía más y, famélicos, se lamían  
sus mandíbulas hirsutas. Por venganza, lentamente  
después ella tomó de muérdago una rama y la cubrió  
del negro, espeso líquido gorgoteante de una redoma  
y todos se quejaron como si alguna intensa aflicción  
penetrando fuera en sus huesos lastimeros.  
Y ella levantó la rama encantada. Unos quejidos  
de súplica instaron sus infelices corazones  
en vano a sus oídos. Implacable cual féretro de infante,  
pasó por sus ojos el tiznado aceite. Y allí  
sonó un clamor de aflicción dolorosa y creciente  
que advino a furor tempestuoso y gritos, alaridos  
y gemidos de errante tortura, hasta que sus cuerpos,  
abrumados, empezaron a temblar y horrorizarse,  
de los pies a la ahogada garganta. Y se hizo luego  
un silencio espantosa, y luego tuvo lugar una escena  
más terrible que todo aquel ronco horror,  
pues todo el tropel, como un torbellino, cruzó  
el aire funesto como una enorme Pitón al bóreas  
enfrentada<sup>[136]</sup>, y así desvaneciéndose. Y allí no había  
soplo alguno de viento; ella ahuyentó estos fantasmas  
con una seña. Pero ¡mira!, de la oscuridad surgieron  
faunos retozones y ninfas, y sátiros rechonchos que bailaban  
con gran algarabía, e iban más veloces que los centauros  
tras su esforzado rapto<sup>[137]</sup>. Y, entre suspiros,  
aparecióse un elefante y se inclinó ante la horrible hechicera  
y, al modo humano, en alta voz, dijo: «¡Diosa magnífica!  
¡Señora de un dolor irresistible! Abrevia mi existencia  
o déjame escapar de este penoso presidio. ¡Devuélveme al aire  
o déjame que muera! No te pido que me des otra vez  
mi feliz corona ni te pido por mis falanges en el llano,  
por mi solitaria, mi viuda esposa, ni te pido  
por mis floridos glóbulos de vida, mis preciosos retoños,  
¡ah, mis queridos hijos y mis hijas, queridas!

Me olvidaré de ellos, prescindiré de estas delicias;  
no te pido por algo tan sublime ni tan, tan eminente.  
Te pido sólo, como don máspreciado, morir o liberarme  
de esta carne que me embaraza, de esta grosera masa,  
inmunda, detestable; y que me entregues, simplemente, al desolado  
aire frío. ¡Apiádate diosa! ¡Circe, atiende  
mi plegaria!»

Ese nombre maldito de la hechicera  
cubrió de helado pasmo mis inciertas conjeturas.  
La verdad había venido desnuda a mi corazón, como un sable.  
Vi a una furia<sup>[138]</sup> afilar un dardo de muerte  
y a mi espíritu, vencido, abrumado de temor, en aquella  
fosca gruta de tinieblas, desfallecer. ¡Piensa, oh  
libertador, en lo triste que hubo de ser mi despertar!  
El disgusto y el odio y terrores diferentes disputáronme  
cual botín entre ellos. Y dispúseme a adentrarme  
al opresor corazón de aquel selvático bosque,  
y por tres días, raudo, estuve haciéndolo, cuando ¡oh! ¿no  
que ante mí estaba la feroz hechicera mirándome,  
inflamada? ¡Oh Dite<sup>[139]</sup>! Aún ahora un sudor denso,  
perlado, cubre mi frente al solo recuerdo  
de su lívida risa y execraciones. «Ah, ah..., Señor  
Melindroso, una nodriza hecha ex profeso de pétalos de rosa  
y abrojos, debe, querido, de haber sido  
la que te acunara y arrullara... sí, que yo soy, como sílex,  
demasiado inexorable para tu tacto delicado; mi abrazo  
más cariñoso no es sino zarpazo de gigante.  
Así, amable ser, disfrutarás de unas nanas  
hasta ahora nunca oídas y se acallarán sus clamores  
en algún pecho más puramente femenino. ¡Oh, no, no  
desfallecerán, no, no lo harán, más que tras un bonito,  
insignificante milenio! Y será entonces una pena,  
pero las tijeras gentiles del destino segarán  
de pronto tu inmortal vida. ¡Amador de la mar!  
ni uno solo de tus cabellos. Mira cómo lloro y suspiro  
porque nuestra amarga despedida ya se acerca.  
¿Y hemos de separarnos? Ah, sí, así ha de ser.  
Pero antes de que me dejes en el más extremo dolor,  
permíteme balbucir sobre ti mi último adiós  
y bendecirte. ¡Mírame! Tienes virtud inmortal,  
pues eres del linaje de los del cielo, mas tal amor mío es  
para expulsar de ti eternamente todo florecer

de juventud y a una tumba destinarte. Vete ya de aquí  
al piélago inmenso y, allí, tras no mucho tiempo,  
se apoderará de ti una edad desvalida; y ni siquiera entonces  
seguirás el camino de los ancianos, sino que vivirás  
e, impedido, te consumirás, y aún vivirás diez siglos más,  
y, éstos pasados, al punto legaré tus frágiles huesos  
a una ignota sepultura. ¡Adiós, dulce amor, adiós!». Y así cae una estrella fugaz, se fue ella  
sin que pudiese yo invocar su piedad. Mi espíritu estaba maltrecho,  
envenenado; la desesperanza cantaba un canto de guerra  
y desafiaba cualquier infierno. Una mano en mi hombro estaba  
para guiar mis torpes pasos, y otra ante mis ojos  
seguía con un dedo extendido. E, impelido de tal guisa,  
al fin, en la espuma del océano me hallé, en mi casa fragante,  
mi hogar nativo. Su frescor tonificante, parejo al de mi vida,  
benéfico, llegaba a mí, mientras yo por él avanzaba;  
y con ciego, voluptuoso furor, combatí las crestas  
del oleaje embravecido a grandes brazadas,  
y empujé ante mí sus espumas mientras me quedaron fuerzas  
—que de mis huesos no pude sacar, agotados  
hasta la médula como estaban.

Joven amante, he de llorar.

¿Quién podría contar semejante odio infernal  
con las mejillas secas? Mientras, de tal suerte,  
mis fuerzas desmayaban en combate contra este elemento,  
en el rostro de algo muerto posé mi mano.  
Miré, ¡y era Escila! ¡Maldita Circe, maldita Circe! ¡Oh,  
bruja buitre! ¿No has prestado oídos nunca a la clemencia?  
¿No hubiese podido quedar satisfecha tu venganza  
crudelísima<sup>[140]</sup> sin acabar con esta tierna inocente  
porque yo la amaba? Fríos, oh, muy fríos,  
sí, estaban sus miembros preciosos; y como una yerba vulgar  
la mar brava hacía ondear sus cabellos.

Muerta como estaba, enlacéme en torno a su cintura  
y no cesó de ir volando como un dardo  
por el piélago insondable hasta un lugar  
en que relumbraba un edificio de cristal, moldurado,  
incrustado de coral, guijas y perlas. Me lancé impetuosamente;  
con ansioso remolino gané su dintel de luz, entré, y, ¡mira!  
Inmenso, desolado y frío como el hielo, y por todo  
mi alrededor... ¿Pero por qué te cuento esto si en seguida

por ti mismo lo has de ver? Dejé a la pobre Escila  
en un nicho y me fui. Mis febriles ardores,  
mis devastadores temores se pasmaron a medio camino  
y, de pronto, estos miembros se tornaron flacos, mustios  
y yertos, precarios, desangelados, agarrotados.

Y ahora

déjame que acabe una cruel, muy cruel etapa sin esperanzas,  
ni el más mínimo signo de atenuación,  
sin la quimera redentora de la abigarrada fantasía,  
ya que temo trastornara tu juicio hasta la locura.  
Voy a decirte ahora cómo una ventura reparadora  
de las alturas descendió a compensar el medio embrujamiento  
que me embargaba.

Un día, sentado en una roca

sobre la espuma de las aguas, vi agrandarse del extremo  
del horizonte un hermoso bajel. Parecióme de momento  
que pasaba de largo de mí otra vez y, como si reanudara su rumbo  
a pesar de unas fuerzas obstructoras, se desvaneció.  
Y, a poco, ante mí se levantaron nubarrones  
y murmullos de triste viento. El viejo Eolo<sup>[141]</sup>  
quería sofocar su delirante melancolía, mas no podía;  
de ahí que el verde oleaje todo en alto arrojase  
su plateada espuma contra las nubes. Y llegó la tempestad.  
Y vi los obenques de aquel bajel tambalearse, peligrando,  
en tanto, en pie, en cubierta, unas criaturas temblaban.  
Vi con mis ojos el naufragio, el remolino final;  
aquellas almas que pugnaban. Oí sus gritos  
entre el potente rodar de los truenos. Ay, hubieran  
podido salvarse todos, pero el viejo loco vanos hizo  
mis ardientes deseos. Y por ello aplacado, apaciguado,  
piensa, oh latmio, que me senté, torturado por la lástima  
y arrebatado en maldiciones contra esa Circe nacida del infierno.  
Uno a uno, la tripulación se había sumido en el lívido,  
mayor de los olvidos, y estaba yo mirando, boca abajo,  
el oleaje, y copiosas lágrimas y ardientes y no menos copiosos  
gemidos yo espiraba, cuando, a mis pies, emergió la mano  
de un anciano que apresaba este pergamino  
y esta misma, frágil vara. Me arrodillé, condolido,  
y tendí mis manos... Empuñaba estos tesoros... Toqué sus nudillos...  
Se entreabrieron..., cogí un dedo, mas me venció el grave peso  
de su cuerpo. Empezaba a entonces amainar la tempestad

y, a través de una glacial, estremecedora bruma, irrumpió  
un sol consolador. Estaba ansioso de examinar el libro,  
y en aquel cálido ámbito separé con sumo cuidado sus hojas  
que goteaban. Versaba sobre unos raros asuntos  
y, página a página, sumióse mi alma en él hasta casi  
transportarla el olvido, cuando, atónito, leí estas palabras  
y las leí otra vez; y traté de mirar el cielo  
y volví a leerlas. ¡Vaya carga de miseria y de dolor,  
como un Atlas, soportaba cada línea<sup>[142]</sup>!

Un brillo esperanzador devino oro a mi alrededor,  
alentándome a rivalizar contra una infernal inclemencia  
en valentía. ¡Escucha! ¡Tú has llevado a término su promesa!

*»En el ancho mar vive sin ventura un desvalido, condenado  
»a soportar con su endeble osamenta su gravosa existencia  
»a lo largo de diez siglos y a morir solo después.  
»¿Quién puede concebir una total resistencia? Nadie.  
»De suerte que el océano acrecerá su marea un millón de veces  
y la decrecerá, y, él, oprimido. Y no morirá  
»hasta que tales cosas no se produzcan. Si escudriña el fondo  
»de todas las simas de la magia y expone el sentido  
»de todo movimiento, figura y sonido; si indaga  
»todas las formas y sustancias hasta el mismo núcleo  
»de sus simbólicas esencias de belleza no morirá.  
»Y aún más, principalmente, ha de perseverar  
»en esta tarea de gozo y de aflicción con la máxima piedad:  
»depondrá todos los amantes que arrojen las tempestades  
»y que en desastre fiero sean malogrados  
»—uno al lado del otro— hasta que el reptar del tiempo cumpla  
»aquel terrible lapso. Cuyas cosas hechas, y sazonadas  
»tales fatigas, un muchacho, amado y conducido  
»por una celestial potencia llegará a él y la enseñará  
»cómo todo ha de cumplirse. El joven elegido  
»debe hacerlo o los dos seréis aniquilados».*

«Entonces —clamó el joven Endimión, alborozado—,  
¡somos hermanos gemelos para este destino! Dime, te ruego,  
¿qué excelso término en este inquieto mundo me está reservado?  
¡Cómo! Si de ti se hubieran desviado mis pasos errantes,  
¿hubiéramos ambos perecido?» «¡Mira! —repuso el sabio—,  
¿no adviertes un fulgor en el oleaje, de multiforme brillo?  
El palacio es del que te he hablado,



donde la amable Escila yace y donde he entronizado  
piadosamente a todo amante que las crueles tormentas  
han condenado a morir a lo largo de todo mi cautiverio.  
Y, así discurriendo, siguieron hasta unos pórticos  
que, nítidos, brillaban; y los alcanzaron con premura  
y al instante los cruzaron. Sin duda  
que desde que el Rey Neptuno su estado gobernaba,  
nunca se había visto bajo las estrellas semejante maravilla.  
Si os volvéis hacia el raso llano en que el soberbio Marte<sup>[143]</sup>  
ha dispuesto sus legiones en orden de combate  
y miráis toda la tropa que, a pie firme,  
mantiene el pecho enderezado, veréis muchas formaciones  
armadas y rígidas columnas con sus hierros,  
de las que, ¿quién osa dar un paso? Y, aún más, imaginad,  
fila a fila, a estos miles de guerreros  
en campo de batalla tendidos boca abajo. Así, en este lugar cristalino,  
a silentes hileras, los pobres amantes yacen,  
de dicha y aflicciones descansados. El forastero  
de las montañas observaba, sin aliento, aquellos miles de ojos  
cerrados, en orden alineados; aquellas filas de blancos pies  
y de labios pacientes, todos rosados; porque aquí la muerte  
no marchita la rama en flor. Miró sus frentes y cejas,  
y vio sus cabellos alisados hacia un lado, suavemente,  
con el más tierno cuidado y, reverente, las muñecas gentiles  
de todos ellos, sobre el corazón de cada uno cruzadas.

«Comencemos ahora mismo», susurró el guía, tartamudeando  
de alegría, y, temblando cual rama de álamo blanco,  
empezó a desmenuzar su pergamino en tanto profería  
unos fúnebres murmullos. Lo desgarró en pedazos tan leves  
como los copos que, huérfanos, revolean cuando sopla  
el cierzo helado y, hecho esto, tomó su oscura capa azul  
y con ella rodeó a Endimión y luego golpeó  
el aire vacuo con su vara nueve veces.

«Muchacho, lo que queda por hacer lo has de hacer tú.  
Pero antes, ten un poco de paciencia. Desarrolla primero  
este enmarañado hilo y devánalo, hazlo girar  
en torno de una uña. ¡Ah, benévolo...! Es tan delgado  
como una tela de araña y podrías romperlo... ¡Cómo!  
¿Tan fácilmente ya está hecho? ¡Te protege algún poder!  
¡Oh, muy bien! ¡El odio del infierno hacia su tumba  
se está desplomando! Aquí hay una concha; me parece lisa  
y perlada y sin signo alguno ni carácter grabado en ella.



¿Puedes tú leer algo? ¡Oh, lee, por compasión!  
¡Ah Olimpo, estamos salvados! Y ahora, cario, rompe  
esta vara contra aquella lira que está en el pedestal».  
Y así lo hizo. Y, de pronto, con repentina elevación  
y descenso, una música suave exhaló su alma  
y suspiró un arrullo hasta el silencio. «Muchacho, esparce  
ahora estas hojas sobre mí desmenuzadas  
y, traspasando aquellas filas de muertos, dispérsalas  
en su torno y verás el resultado».

Entre sonos de flauta  
y viola que transportaron su corazón, Endimión  
se separó de Glauco y por su rostro dispersó  
unos leves fragmentos. ¡Y qué pronto cambio hubo, como un relampagueo!  
Una joven criatura bajo diadema de coral, risueña,  
centelleante, de pronto, como eminente piedra preciosa,  
aparecióse y, avanzando hacía un cadáver bellísimo,  
junto a él se arrodilló y con la más tierna fuerza oprimió  
su fría mano y lloró. ¡Y Escila respiró! Endimión,  
con presta mano, aplicó su mágico poder, y la ninfa se levantó.  
Les dejó con su alegría y siguió adelante  
en su excelso ministerio de esparcir aquellos mágicos  
fragmentos sobre los muertos. Y, a su paso, todos  
levantaban la cabeza, así flores al toque de Apolo<sup>[144]</sup>.  
La muerte lo sintió profundamente... Era excesivo.  
La muerte vertió llanto en su osario.  
El latmio siguió su marcha y, así, fueron todos reanimados.  
Se alzó allí un armonioso clamor, unos latidos y estertores  
de alegría por el aire... y, mientras muchos,  
que habían muerto en los brazos de los otros,  
afectos y fieles, se echaban en sus brazos precipitadamente,  
sentían los demás la sublime certeza de haber sido bendecidos.  
Y clavaban su mirada en Endimión. Aquel embeleso  
embriagaba, acaparaba su cabeza y se la abatía.  
Sinfonías deliciosas, como de esbeltas flores, brotaban,  
crecían y, por entero desplegadas, vertían densos chorros  
de luz y delicados pétalos invisibles de sonos divinos.  
Los dos libertadores degustaron un puro vino de felicidad,  
en feéricos lagares pisado. Sin hablarse,  
uno a otro, se miraron, y aquella inocente asamblea  
vagaba de un lado a otro, distraída por la más exuberante  
inundación de dicha que nunca de los cielos chorreara.

«¡Vamos! —gritó el renacido numen—. ¡Seguidme y rindamos

culto al supremo Neptuno!» Y, entonces, a Escila, tenuemente sonrojada por causa de su sueño, condujeron primero, en plácida sorpresa, absorta, por un soportal de columnas gigantescas, hasta la inmensa, volteada esmeralda<sup>[145]</sup>. Gozosos, siguieron todos la llamada de su ductor, bajando unos marmóreos peldaños y fluyendo tan suavemente como arena en una clepsidra y con tanta rapidez cual la golondrina que, obediente, se ve volar al reclamo del viento del sur en verano, o cisnes en lo alto del suave desnivel de una cascada.

Así se fue aquella hermosa multitud, poco antes de que, entre unas rocas de resplandeciente espato, vieran descender, ante sus ojos, otra apretada muchedumbre. Y, tras ello, las dos tropas avanzaron más prestamente. En un amplio arenal se encontraron, y todos los ojos de aquellas huestes se humedecieron, pues cada uno había encontrado su pasado amor. Alzóse un rumor como el que nunca se ha oído en los gemidos del viento y de las aguas. Excede el ingenio humano describirlo; deja atónito el pensarlo. Y, al fin, de este imponente término, se pusieron en marcha las huestes, diversamente agrupadas, y llegaron hasta unas vastas marcas, y las perdieron de vista en tanto engrosaban ordenadamente su vanguardia mientras, desde atrás, iban desapareciendo. Y un tenue amanecer, al fin, les sorprendió. Glaucó gritó: «¡Mirad, mirad su soberbio palacio! ¡Los palacios del Dios Neptuno!». Con acrecido clamor se agolparon, hombro a hombro, hacia aquel espléndido oriente. Y, a cada paso hacia adelante que daban, se levantaban cúpulas en escorzo, rayos diamantinos y llamas de ámbar doradas contra sus rostros que se iban alineando. Gozosos, y tan numerosos como hojas primaverales, a medida que avanzaban, aumentaba gradualmente aquel esplendor. Viéronse edificios de ópalo que en alto sostenían columnas de jaspe, y cuyos capiteles dejaban pasar un rubor de coral. Copiosas figuras de maravilla embriagaban a todo aquel que las miraba y, cuanto más cerca, más le embriagaban. Pues lo que los pobres mortales construyen a fragmentos, tan puramente como el mármol allí se prodigaba, en la inmensidad de un hermoso palacio que, con mucho, sobrepasaba hasta en sus grandezas ordinarias,

los de aquellas tres viejas ciudades de Menfis,  
Babilonia y Nínive<sup>[146]</sup>.

Tan grande, luminoso y multicolor  
como el arco de Iris cuando se muestra, inmarcesible,  
allende un aguacero de plata, era el arco  
por el que esta armada de Pafos emprendió su marcha<sup>[147]</sup>  
a los palacios externos del estado de Neptuno,  
desde donde, en línea recta, podía verse una puerta de oro  
a la que se aprestaron los que la encabezaban.  
Pero, no habían aún llegado a su mitad, cuando se abre de golpe  
como un feérico pensamiento, haciendo  
que aquellos millares, deslumbrados, se taparan los ojos,  
como jóvenes aguiluchos ante el primer rayo de sol.  
Y de inmediato, con natural de águila, sus miradas,  
repuestas de su dorado desfallecer, recuperaron  
todo su ardor y, entonces, ¡he ahí al gran Neptuno,  
en su trono de esmeralda abisal!... Y aún no exultes,  
solitario. A su diestra estaba en pie un Amor con alas  
y, a su izquierda, se sentaba, sonriente,  
un dechado de Belleza.

Tan lejos hasta donde el marinero,  
en el más alto mástil, puede ver por todo su alrededor  
en la quieta inmensidad, así era de grande  
el propileo de Neptuno. Y así como el azul  
da figura de bóveda a las aguas, las aguas daban forma  
a unas cúpulas acortinadas, altas, magnificentes,  
del distante trono espantadas; y cuando el tormentoso estallido  
reveló sus tenebrosísimos retumbos por el aire de Júpiter,  
por contra, apaciguadas, en silencio, de repente destellaron  
por doquier submarinas nubecillas que irradiaron  
chispas de muerte al ojo humano. Porque allí surgió,  
del este y del oeste, del norte y del sur naturales, una luz  
como de cuatro atardeceres que hacía esplender un cénit  
verde, dorado, en la cabeza del Dios del Mar.  
De luminosa profundidad era el suelo, y de tan vasta extensión  
como un lago sin brisa por el que la frágil canoa  
del indio emplumado se precipita, como a través del aire  
más delicado, aire, en verdad, pero para un cuadro  
que representara nubes y cielo. Era el suelo de este palacio  
como de aire o hálito, mas para las asombrosas maravillas  
que en lo hondo se veían, estaba inmóvil, y por el brillo

de la opulenta cúpula, en sus extremos reflejada,  
formaba una esfera dorada<sup>[148]</sup>. Soñando estuvieron  
hasta que Tritón sopló su cuerno. El palacio resonó;  
las Nereidas bailaron<sup>[149]</sup>; las Sirenas cantaron débilmente  
y el gran Rey del Mar inclinó su cabeza chorreante.  
Y entonces el Amor emprendió vuelo, y desde sus alas esparció  
nectáreo rocío sobre toda la muchedumbre. La Diosa  
de la espuma del mar nacida<sup>[150]</sup> hizo una seña  
y condujo a la bella Escila y a sus guías a conferencia  
y, al ganar la altura del trono, besó ella  
en la mejilla a la ninfa del mar, y la sentó a sus pies,  
jugueteando con las palomas<sup>[151]</sup>. Y, entonces:  
«¡Corona poderosa, cetro de este reino!», Venus dijo,  
«Tributaste una vez tus votos a Nais, ¡mira!»<sup>[152]</sup>. Y, al punto,  
cayeron dos gotas de densas lágrimas de los grandes ojos del Dios,  
que, con deleite, sonreía; y extendió sobre Glaucos  
sus manos benditas. «¡Ah, Endimión! ¿Aún vas errante  
por las cintas del Amor? En verdad que es terrible tal cosa.  
Desde el momento en que te hallé en el seno de la tierra,  
he puesto mi entero poder a tu servicio, pero ¿aún  
no te has liberado de la áspera red de la funesta inmortalidad?  
¡Un poco de paciencia, muchacho! No durará esto mucho ya,  
o yo ya no sé lo que me digo. Una lengua vacante,  
unos húmedos ojos y unos pasos voluptuosos  
donde esto es nuevo y extraño, son algo ominoso.  
Sí, he visto estos signos en un ser celestial, en tanto estaban  
ciegos todos los otros, y si fuera dada a revelar secretos,  
quizá podría decirte algunas palabras placenteras:  
mas ya llegará el momento del Amor<sup>[153]</sup>. Así que, entretanto,  
expectante, aguardo. Y te pido que, después, en tu luna de miel,  
visites mi Citerea. Encontrarás un afable Cupido,  
mi amable Adonis. Te ruego que lo persuadas a ir contigo  
¡Ah, ya está hecho! ¡Que toda bendición vaya contigo,  
mi dulce hijo!». Así dijo la hermosa diosa  
mientras Endimión se arrodillaba a recibir  
aquellas apacibles palabras.

Y, en tanto, comenzaba  
una soberbia algarabía ante el monarca de las aguas.  
El néctar se escandía de chorros bruñidos a copas extendidas.  
Y unas vides arrasadas, produciendo sin descanso, entretejían  
nuevos vástagos por todas las conchas y liras colgantes

que, por su ardor en desenredarlas, arrancaban  
el fresco follaje y su abrigo en delicioso retozo<sup>[154]</sup>.  
Cupido, en su imperio seguro, reía y revoloteaba,  
y se abrió un camino placentero entre el gentío muchas veces.  
Luego el baile y las canciones y el ornarse de guirnaldas  
se animaron, y el placer se enseñoreó. Con ingenuos zarcillos  
se ligaban unos a otros y pugnaban por ver quién se escondía  
más profundamente en la fresca fronda de hojas.

¡Oh,  
es un verdadero pecado para alguien tan débil aventurar  
sus propios versos en un lugar tal como éste! ¡No maldigáis,  
musas altivas, dejadle que se apreste hacia su fin!  
De pronto, callaron todos. Un concierto de instrumentos armoniosos  
fascinadoramente se acercaba, y luego un himno.

«¡Rey del proceloso mar!  
¡Hermano de Júpiter y coheredero de los elementos!  
Desde la eternidad a ti se inclinan las olas, horrendas.  
La firme, recia roca, temblando ante tu temible tridente, revela  
sus profundos, sibilantes fundamentos en la espuma.  
Los ríos todos de las montañas, perdidos en el amplio hogar  
de tu vasto seno, perennes, fluyen. Te enfurruñas  
y tu adversario, el viejo Eolo, se refugia en su caverna  
entre la acerba queja de todas sus díscolas tempestades.  
Las nubes, oscuras, languidecen cuando un rayo plateado  
se abate de tu diadema, oblicuo, por tu azul soberanía.  
Tu luminoso tronco se abisma en la luz de la mañana  
y huye, impulsada, a llevarte a aquella canción de plata  
que Apolo canta, mientras su carro, en las puertas del cielo, espera.  
Tú no eres para escenas como ésta. Tienes  
una popa imperial, que ha surcado esa ancha frente. Y, ahora,  
llegado hace poco de los cielos, ya te sientas a unir  
y entretejer una sojuzgada majestad con esta hora de dicha.

¡Oh, rey sublime, al que llevan las conchas! Pongamos  
para siempre ante ti nuestros corazones... ¡Cantemos y adoremos!  
Alentad, flautas, suavemente; exhalad ternura  
de vuestras cuerdas, dulces laúdes, ¡y que no se oiga  
la trompeta, oh vana, oh vana...! ¡Que ni las flores,  
que en la lluvia de abril despuntan, ni el aliento  
de la paloma dormida, ni el curso del río, ¡no! ni el tañido  
eolio del mismo arco del Amor<sup>[155]</sup>, concertar pueden tonadas

musicales para el blando oído de la diosa Citerea!  
Empero, concede, Diosa pura de la Belleza, tus ojos hermosos,  
en propiciación, a nuestras almas.

¡Alado, radiante Niño<sup>[156]</sup>! ¿Quién se toma otro cuidado,  
si tú le has sonreído? Infortunados en la tierra, vemos al fin  
las sombras mortales todas y tinieblas que oscurecen  
nuestros espíritus marchitos por tus alas esplendentes.  
¡Oh dulcísimo ser bello! ¡El más dulce de todos los sirvientes  
obsequiosos! ¡Dios de cálidos latidos, de cabellos despeinados  
y de jadeantes pechos desnudos! ¡Amada luz que no se ve  
en la oscuridad! ¡Tú que eclipsas en luz la luz!  
¡Envenenador delicioso! ¡Tu copa emponzoñada apuraremos  
hasta saciarnos, ay, hasta saciarnos! Y por los labios de tu madre.

No se oía ninguna otra voz, cuando se abrió de nuevo la puerta  
del palacio dorado, y del exterior en ella entró el brillo  
de una nueva magnificencia. En un trono chorreante,  
y moviéndose suavemente, el viejo Océano llegaba<sup>[157]</sup>  
para dar una última ojeada a su rebaño antes de entrar  
en su quieta cueva a meditar eternamente. Y, entonces,  
una límpida ola, surgida de sus trémulas hermanas  
del medio del mar, flotando, acomodó, como sobre almohada,  
a la majestuosa Doris y a su esposo, el profeta Egeo<sup>[158]</sup>.  
Allí, sobre un delfín ornado con ramas de laurel,  
el tebano Anfión sobre su laúd se inclinaba y pasaba  
por él sus dedos. Y estaban todos mudos, contemplando  
a Anfitrite, reina de perlas, y a Tetis, también perlada<sup>[159]</sup>.

Rueda el palacio en torno al atónito Endimión, que ve  
lo muy apartado que está de la naturaleza mortal.  
Y no pudo soportarlo... Y cerró sus ojos en vano.  
Aquellas imágenes fantásticas le dieron  
un dolor aún más vertiginoso. «¡Voy a morir!  
¡Preciosa Venus, sé mi amparo! ¿Dónde está mi hermosa dueña?  
¡Muy lejos! Me muero... Oigo su voz... Siento que vuelo...»  
Y a los pies de Neptuno se hundió. Un presto corro de Nereidas  
le cincundó en amable disputa, para aposentar otra vez  
su espíritu en la vida. Pero él aún dormía  
Entrelazaron al fin sus brazos acogedores y vieron de llevarle  
a un lejano asilo de cristal.

Y ¡oh!, cuando lo estaban transportando lentamente

por entre la conmovida muchedumbre, en alta voz,  
a sí mismo se dijo estas palabras, escritas  
en luz estelar en la oscuridad del cielo: «*Queridísimo  
Endimión, mi amor entero, ¡cuánto he vivido  
temiendo al destino! Ya pasó... Una felicidad inmortal  
para mí también tú has logrado. ¡Levántate ya! Pues las palomas  
no pondrán, en su día, sus huevos, hasta que, con mis besos,  
volando, no te rapte hacia un cielo sin fin. ¡Despierta! ¡Despierta!*».

Se alzó en seguida el joven. Un plácido lago apareció  
quieto, ante sus ojos; y una verde foresta, más templada  
que todas las maravillas que había visto, meció  
con su cándido arrullo su ánimo agitado. ¡Y cuán feliz  
otra vez en nido de yerba!

## LIBRO IV

¡Musa de mi tierra natal! ¡La más sublime Musa!  
¡Primogénita en los montes, por los colores del cielo,  
en los aires del espíritu engendrada!  
Tú estuviste largo tiempo en norteña gruta  
mientras aún nuestra Inglaterra era guarida de lobos.  
Antes de que nuestros bosques oyeran el habla humana,  
antes de que el primero de los druidas fuera un chiquillo<sup>[160]</sup>,  
tú ya hacía tiempo que estabas en medio  
de nuestras selváticas regiones, arrobada  
en profunda, profética soledad. Llegó a allí una voz  
alboreante solemnemente modulada, y tú seguiste igual,  
paciente. Cantaron entonces las Nueve, corona de Apolo<sup>[161]</sup>,  
y tanto hiciste tú divina tal bien nacida gloria patria  
que ellas en vano gritaron: «¡Ven acá,  
isleña hermana!». Claro hablaba la hermosa Ausonia<sup>[162]</sup>;  
y una vez más profirió unos llamados más altos...  
Y todavía recurríste a tus esperanzas natales.  
¡Oh, has logrado un perfecto cumplimiento! Hecho está  
lo que, si no, hubieran erigido estos nuestros, postreros días,  
en unas estériles almas. Magna Musa, tú conoces qué presidio  
de carne y trabas de huesos, qué constricciones agobian  
las alas de nuestro espíritu. En nuestras almohadas se cierne  
la desesperanza, y el frescor matutino de mañana  
parece expandir con verdadero desdén su luz  
por nuestras rastreras, oscuras, lentísimas vidas.  
Dije muchas veces: «¡Cuán feliz aquel que a ti se confiesa!»<sup>[163]</sup>  
Pero entonces pensaba en los poetas ya pasados y no podía  
orar... y ahora tampoco puedo. Así que voy a seguir  
hasta el fin con el corazón humillado.

«¡Ah, pobre de mí,  
pues tuve que partir encariñada de mi querida tierra natal!  
¡Ah, insensata muchacha! ¡Gozosa fue la hora en que, contigo,  
me despedí mil veces del Ganges y de sus amenas campiñas!  
Para quien está tan desvalido, el claro arroyuelo emana  
una amarga frescura y la uva madura es amarga.  
¡Si pudiera tener, oh grandes dioses, tan sólo una breve hora  
de aire natal... Dejádme morir solo en mi tierra!»



Y Endimión, a la cúpula del aire del cielo, a lo alto,  
estaba haciendo hecatómbicas ofrendas al llegarle  
estas palabras. Su cabeza inclina, acto seguido,  
por entre un verde, espinoso matorral enmarañado  
y se encamina hacia la voz, ansioso cual cierva  
hacia su cervato escondido.

«¿No hay aquí nadie para auxiliarme? ¿Ningún plácido albor  
de vida, voz benigna ni dulce palabra que haga  
solazar mi espíritu cargado, entristecido? ¿Ninguna mano  
que con la mía juguete? ¿Ni labios tan dulces  
que yo adorar pueda? ¿No hay párpados idóneos  
para que en mi corazón, como centellas, parpadeen?  
¿Nadie va a desfallecer ante mí hasta que, de estos ojos  
subyugadores, mi liberación no resplandezca?  
Estoy triste y perdida.

Mejor, cario señor, te hubiera sido que hubieras sido lanzado  
a un remolino. ¡Desvanécete en el aire, esforzado montañero!  
Porque, ¿vas ni siquiera a soportar un suspiro  
de mujer en solitario y desgraciada? ¡No veas sus encantos!  
¿Está impasible Febe? Es Febe mucho más bella<sup>[164]</sup>...  
¡Oh, no mires más! ¡Aunque vayas a contemplar todo tesoro  
de belleza, contempla su jadeo por la yerba del bosque!  
¿No sobrepujan en ternura estos rizos de lustroso azabache  
los brazos con tanta indolencia entre ellos sepultados?  
¿No sientes un dolor que te es familiar, al ver  
ojos tan amables, en vertiginoso pos de alguna ardiente delicia  
que parece una paloma posada en la celda sombría  
de los párpados de arriba? ¡Silencio!

¡Oh, por el caduceo  
de Hermes, trocar esta flor en humana figura!  
¡Aquel jacinto selvoso podría escapar de su verde prisión  
y, arrodillándose aquí, llamarme su reina, corona bella  
de su segunda vida! ¡Ah, y yo, cuánto podría amar!  
Mi alma desfallece por el infeliz muchacho. ¡Amor!  
¡Tan lánguido afecto he sentido, una sumisión tan apacible  
a cuanto mis propios pensamientos habían demasiado enternecido,  
que no sin lágrimas mi vida ha desaparecido! Vosotros,  
sordos e insensibles instantes del día y vosotros,  
viejos bosques, tenedlo por seguro: no hay relampagueo,  
no hay auténtico rocío más que en los ojos del amor.

No hay, aunque melodioso, son alguno que aunar pueda  
cielos y tierra en muerte tal, sino la voz del amor  
ni hálito que se confunda felizmente con el aire de los prados  
sin que haya a su alrededor alentado ni robado  
de su corazón una porción de pasión».

Se apoyó en una rama,  
abrumado. Sin duda entonces no podía anhelar otro amor.  
¡Oh impío, que aún sea capaz de soñar en cosa tal!  
Pensó: «¿Por qué no soy como los muertos?

Ya que a un dolor como éste he sido guiado  
por toda la fosca tierra y el mar asombroso...  
¡Oh Diosa, y no por ello te amo menos! Por la sonrisa de Juno  
que de ti no me separo... oh no, no, ¡mientras fluyan  
o refluyan las grandes aguas, yo tengo un alma tríplice<sup>[165]</sup>!  
Oh designio querido... Por ambas mi amor es tan inmenso,  
por ambas, que siento por ellas partido en dos mi corazón».  
Y así él se lamentaba, como por la belleza herido.  
Palpitaba velozmente el corazón de aquella dama,  
y él pudo ver cómo su pecho gentil, al agitarse, se ondulaba.

Salió de su verde espesura. Allí está ella postrada,  
aromada cual rosa de almizcle sobre heno recién secado,  
con todos sus miembros en temblor, abriendo los ojos  
dulcemente a la vida. Intenta él hablar. «¡Hermosa doncella,  
apiádate de mí! ¡Perdona que haya así violado tu abrigado santuario!  
Oh, perdóname, me invade el dolor..., el dolor  
que verte me inspira, joven ángel, bellísima ladrona  
que me has robado las alas que me enderezaban  
a las alturas del cielo. Querida muchacha,  
pues eres tú mi verdugo y yo siento amor y odio,  
infortunio y contento, en parcas, breves horas,  
nada has de ser para mí, y toda mi historia, que tantos  
vehementes sentimientos me ha aniquilado, sonrío,  
al atardecer de mis días. Y ya que mi mente torturada  
comienza a desvariar, sé tú quien me cuide y déjame  
comprender cómo al morir voy a besar aquella mano blanca,  
delicada. ¿Y lloras por mí? Entonces, debiera estar contento.  
Continuad, oh parcas, mirando severamente hasta que el firmamento  
al Erebo oscurezca<sup>[166]</sup> y la tierra, por completo hueca  
de cavernas, en sí misma se haga añicos. Por el cinto  
de nubes de Júpiter, aquellas lágrimas me han hecho anhelar

ser entregado al olvido». Como si hubiera estallado su corazón,  
sollozó un momento la muchacha y, luego, repuso:  
«¿Por qué desastre tal como el que has dicho ha de ocurrir?  
¿No están estos verdos confines vacuos de todo infortunio?  
¿Profieren estos arroyos unas voces monstruosas?  
¿Susurran, allá, sus consejas aquellos tordos, que adiestran  
a sus crías medio emplumadas a revolotear por el bosque que humedece  
el rocío? No hables de dolor, joven forastero,  
o el fresco caracol manchará esta noche las rosas  
con su baba. Aunque, si te amustias, creo que un delito sería,  
¡un delito verdadero no acompañarte, y darme a la luz,  
al ocaso, a las tinieblas, suspirando, hasta el despuntar del día!  
“¡Dama querida! —dijo Endimión—, esto queda atrás. ¡Te amo!  
Y mis días no pueden durar siempre.  
Porque puedo hablar aún pacientemente. Ah, déjame  
que, mientras estoy muriendo, oiga una música y no busque  
otro deleite. A todo le digo adiós. ¿No invocaste en alta voz  
y con susurros otros climas por los arroyos indios?”.  
Entonces ella, sentándose bajo el árbol central del bosque,  
entonó, compasiva, esta canción:

«Oh Tristeza,  
»¿Por qué copias de unos labios bermellones  
»su natural color lozano?  
»¿Para dar rubores de doncella  
»a la mata de rosas blancas?  
»¿O es tu mano rociada unas puntas de margarita?  
»Oh Tristeza,  
»¿Por qué copias de un ojo de halcón  
»su luminoso ardor? ¿Para dar luz a las luciérnagas?  
»¿O para, en noche sin luna, colorear,  
»en riberas de sirena, la salubre espuma del mar?

»Oh Tristeza,  
»¿Por qué copias de un fúnebre lamento  
»su tierno cantar? ¿Para, en la pálida tarde  
»darlo al ruiñón  
»y así puedas tú oírlo entre el fresco rocío?

»Oh Tristeza,  
»¿Por qué copias de la dicha de mayo  
»su liviandad de corazón?  
»Un amante no hollaría

»la cabeza de una prímula, aunque bailara  
»de la tarde al albor del sol  
»Ni flor alguna que se marchita  
»tomaría a tu enramada consagrada,  
»por doquiera que él pudiera solazarse y retozar.  
»A la Tristeza di  
»buenos días,  
»y pensé dejarla muy lejos,  
»atrás. Pero alegre, alegremente,  
»me ama ella, tiernamente, ella me es fiel,  
»y cariñosa... La engañaría,  
»la dejaría, ¡pero, ay! ¡Ella es tan fiel  
»y cariñosa!

»Bajo mis palmares, junto al río,  
»me senté a llorar. De todo el ancho mundo nadie  
»me preguntó por qué lloraba  
»y así me quedé, de lágrimas colmando  
»la copa de las calas, frías cual mis temores.  
»Bajo mis palmares, junto al río,  
»me senté a llorar. ¿Qué novia enamorada,  
»por el sombrío galán de las nubes seducida,  
»no se esconde y se guarece,  
»bajo oscuros palmares, junto a un río?

Y, estando yo sentada, por las colinas azuladas  
llegóme un clamor de algarabía. Los arroyos  
a la inmensa corriente bajaban de purpurino color  
¡Eran Baco y su cortejo! Sonaba la clarísima trompeta  
y los temblores plateados de címbalos componían  
una alegre barahúnda. ¡Eran Baco y su linaje!  
Bajaban cual móvil vendimia<sup>[167]</sup>, coronados  
con hojas verdes y los rostros todos inflamados,  
danzando frenéticamente por el ameno valle,  
¡para despavorirte, Melancolía!  
¡Oh, entonces, oh, entonces tú fuiste un mero nombre!  
Y te olvidé como al acebo de bayas olvidan los pastores  
cuando, en junio, los altos castaños del sol  
y de la luna les protegen... ¡Me lancé a aquel delirio!

En su carro, en alto, iba, erguido, el joven Baco,  
jugando con su dardo de hiedra, airoso<sup>[168]</sup>, y reía  
abiertamente. Y arroyuelos de vino carmesí empapaban

sus blancos, rollizos brazos y sus hombros  
asaz blancos para los dientes blanquísimos de Venus;  
y junto a él cabalgaba Sileno en su asno<sup>[169]</sup>,  
cubierto de las flores que le echaban a su paso,  
y bebiendo como un borracho.

¿De dónde vinisteis, dichas Doncellas, de dónde  
vinisteis tantas y tantas y así de alegres?  
¿Por qué habéis dejado vuestros refugios desolados,  
vuestros laúdes y vuestra benévola fortuna?  
“¡Seguimos a Baco! ¡A Baco en su marcha, el vencedor!  
¡A Baco, el joven Baco! Para bien o para mal, danzamos  
ante él por reinos lejanos... ¡Ven aquí, hermosa dama,  
y únete a nuestro animado cortejo!”  
¿De dónde vinisteis vosotros, Sátiros festivos,  
de dónde vinisteis tantos y así de contentos<sup>[170]</sup>?  
¿Por qué habéis dejado vuestras guaridas boscosas,  
por qué habéis dejado vuestras bellotas  
en las hendiduras de los robles? “Por el vino,  
por el vino dejamos nuestros almendros y brezales,  
nuestras iniestas amarillas; por el vino seguimos a Baco  
por toda la tierra... ¡Gran dios de las copas incesantes  
y del gorjeante regocijo! ¡Acércate, hermosa doncella,  
y añádate a nuestra alocada charanga!”.

Y atravesamos amplias corrientes y grandes montes  
y, sólo cuando Baco guardó su tienda de hiedra,  
avanzamos hacia el tigre y los leopardos  
con elefantes de Asia. Y esta muchedumbre siguió adelante,  
cantando y bailando; con sus rayadas cebras,  
elegantes danzas árabes, y caimanes de patas membranosas<sup>[171]</sup>,  
cocodrilos que llevaban en sus lomos escamosos hileras  
de rollizos y risueños infantes que imitaban el bullicio  
de los marineros y la faena de los fornidos remadores  
de las galeras. Con remos de juguete y velas de seda,  
marchaban en paz ellos del viento y las mareas descuidados.

Montados sobre pieles de pantera y crines de león,  
recorren del todo el llano, de punta a cabo... Una jornada  
de tres días en un momento hacían. Y, siempre,  
al despuntar del sol, iban de caza por soledades,  
con lanza y cuerno en pos del vigoroso unicornio.  
¡Vi al osirio Egipto arrodillarse ante la corona

de pámpanos de vid<sup>[172]</sup>! ¡Vi a la atezada Abisinia alzarse  
y cantar con tintineo de címbalos de plata!  
¡Vi a aquella prepotente vendimia abrirse paso  
con vehemencia por la vieja, feroz Tartaria!  
Ya los reyes de la India rendir sus cetros enyojados  
y esparcir de sus tesoros un perlado granizo. El gran Brahma  
se lamenta en su místico cielo<sup>[173]</sup> y gime toda su casta  
sacerdotal, palideciendo ante el achispado, joven Baco.  
Siguiéndole, me adentré, abrumada, en estos parajes,  
con el corazón condolido... Y así se me antojó  
separarme, sola, sin compañía, a estos lúgubres boscajes.  
Y ya he dicho todo cuanto tenías que oír».

¡Joven forastero!  
He buscado, errante, el placer  
por todas partes,  
¡pero ay, no está hecho para mí!  
Sin duda es porque estoy embrujada  
que echo a perder en aflicción  
toda la flor de mi juventud.

¡Tristeza, ven, pues!  
¡Oh dulcísima Tristeza!  
Como a mí misma hija a mis pechos te alimento.  
Pensé en abandonarte,  
pensé en engañarte,  
pero ahora eres tú de todo el mundo lo que más quiero.

No hay nadie, no,  
no, nadie sino tú para consolar  
a una desgraciada muchacha en solitario.  
Tú eres su madre y su hermano,  
su camarada y galán en sombras».

Oh, ¡qué suspiro, al terminar, exhaló! ¡Miradla,  
del todo muerta para todas las cosas del mundo! Endimión  
no podía hablar, y sólo la miraba, y escuchaba  
el viento que entonces se agitaba entre los robles  
retorcidos tan lóbregamente, aunque con tan dulce suavidad,  
que podía recordarle su aterciopelado cantar estival.  
Y al fin él dijo: «Pobre señora, ¿cuánto tiempo  
he sido capaz de soportar esa voz? ¡Hermosa Melodía!  
¡Bondadosa Sirena! Carezco de elección... Tu triste servidor

he de ser por siempre más. No tengo elección,  
he de arrodillarme aquí y adorar. ¡No debo, ay, pensar...  
por Febe, no! ¡No me dejes pensar, dulce Ángel! ¿Lo harás?  
Di, más que hermosa, ¿ya nunca he de pensar?  
¡Oh, tú pudiste consolarme más allá de la frontera  
del recuerdo! ¡Hacer que mi despierto celo cerrara  
sus ojos enrojecidos sin ver la desesperación!  
¡Mata gentilmente la mitad de mi alma y, así,  
he de sentir la otra mitad profundamente! Desvarío  
ante esas tan gráciles y hermosas mejillas.  
Oh, déjalas que por siempre se sonrojen, que apacigüen  
mis delirios, que se cubran de cálido y suave rosa,  
con el color del amor, jadeando en seguro despertar.  
No puede ser ésta tu mano y, con todo, lo es. Y éste  
es, sin duda, tu otro regalo... Aquí, tu hermoso seno,  
del que tan próximo estoy... ¿Vas a dormir? ¡Oh, déjame  
sorber esas lágrimas y susurra una dulce palabra  
para que pueda reconocer que esto es el mundo...!  
¡Flor de rocío, perfumada!...» «¡Ay, ay, ay  
de ese tal Endimión! ¿Dónde está?» Iban aún esas palabras  
resonando quedamente por la amplia foresta —tonada  
horripilante, como la del que, en su postrer gemido, se arrepiente—  
cuando, en tanto se desvanecía, pasó cerca de allí una sombra,  
como de una nube atronadora. Cuando vuelan las flechas  
por el denso ramaje, las pobres tórtolas sacan  
sus tímidos collares y tiemblan. Así ambos, temblando,  
se abrazaron, y esperaron, de tal suerte, algún desastre;  
cuando, he ahí, vedlo, aparece Mercurio, el de alados pies,  
majestuoso, allende la copa de los altos árboles.  
Y, en menos tiempo que descarga una tempestad, oblicuamente,  
su granizo, descendió él a tierra, mas sin parar; no se detuvo  
ni un momento fuera de su elemento. Sólo tocó el césped,  
con su frágil caduceo, y hacia el cielo se fue,  
con más presteza que una mirada, y antes  
de que la fecunda tierra gestara un repentino testigo  
de su veloz magia. Aparecen cisnes que bucean  
en círculos de cristal, puros y claros, y ven sus ojos,  
seducidos por la enorme sorpresa, cómo bucean  
ante su vista y se enderezan, sin ser vistos.  
En aquel momento del césped saltaron dos corceles negros,  
de azabache, con grandes alas azul oscuro en sus lomos.  
El joven cario colocó en uno de ellos a la hermosa dama,  
y con gran ímpetu domó la bravura del otro.

Y echaron a volar por los aires, como águilas cimeros.  
Cual dos gotas de rocío que exhalaran los labios de Febo,  
fuéronse lejos, muy lejos de la tierra, hasta desaparecer,  
solitarios, entre las frías nubes y vientos,  
pero para que la libre, bulliciosa vida cantarina  
flotar pudiera sobre sus testas y seguirles, incansable.  
Musa de mi tierra natal, ¿estoy inspirado?  
Éste es un aire rutilante, y para sostenerme en él, he de tender  
mis amplias alas. Y no temo altura, abismo ni amplitud  
ni suerte alguna de precipicio. Tengo bajo mis ojos  
aquellos soberbios caballos y su tristísima carga.  
¿Podría yo, así, bogar y ver, así aguardar  
sin temor al poder del pensamiento, sin tu auxilio?

¡Hay un ocaso somnoliento, la sombra adorable  
de alguna maravilla que se acerca, y yo contemplo  
esos corceles alados, de belfos resoplantes,  
que resuellan hasta la extenuación briosamente, y parecen  
reventarse, muriendo en rescoldos de fuego nativo!

Una niebla purpúrea allí les circundaba.  
Luego pareció como si en torno a la pálida luna nueva,  
el triste Céfiro abajara las nubes, así un sauce llorón...  
Era el Sueño desplazándose lentamente  
con su cabeza en la almohada. Por vez primera  
desde que, casi muerto, naciera del viejo seno de la noche,  
había dejado su cueva abandonada aún en mayor abandono.  
Por vez primera percibió, a lo lejos, el día  
y el primor de la mañana; pues a su cimeria sima<sup>[174]</sup>  
llegó un sueño que le mostró cómo un joven  
—antes de que algún flaco murciélago pudiera  
engrosar su piel invernal— alcanzaría la inmortalidad  
en el empíreo umbral del alto Júpiter, y cómo se desposaría  
con la hija de Júpiter y sería contado entre los suyos  
en su casa<sup>[175]</sup>. Estaba durmiendo ante las puertas del cielo,  
para, después de esperar en el umbral durante una hora,  
poder oír unas melodías nupciales, y hundirse entonces  
a su crepuscular cueva de nuevo. Su litera, de suave bruma  
semiluciente, de rosa y de amatista variopinta, confundía  
aquellos ojos que entreveía, y apenas por un momento  
pudo aprehender su forma indolente que, inmóvil, reposaba.  
Los dos, en sus alados corceles, con la atención toda  
de su mirada, la buscaban; así alguien que por entre los sauces



de un río busca un rincón para echar una mirada  
a las anguilas de cuello plateado; o alguien  
que, desde la cima del viejo Skiddaw<sup>[176]</sup>, cuando la niebla  
su áspera frente vela bajo su pálido manto,  
avista, con ojo adivino, por algún ameno valle,  
un villorrio estimado, borroso y lejano.  
Esos ebúrneos caballos, aunque alimentados por el fuego  
atrabiliario de la tierra, dejaron caer tristemente  
sus orejas multivenadas, sus belfos inquietos, de sangre regados,  
y se pararon. En la bruma inanimada han extendido sus amplias alas;  
están ensoñados, muertos... y acostados, en tales alas,  
en pleno aire, duermen Endimión y la hermosa dama.  
Bogan lentamente, tan lentamente cual isla de hielo  
a la deriva por un mar encalmado, y, entretanto,  
el triste vagabundo está soñando. Camina, mirad,  
por el celeste suelo; habla fraternalmente  
a las potencias divinas; de su mano, con gran placer,  
las arrogantes aves de Juno están picoteando  
sus granos perlados<sup>[177]</sup>. Tensa la cuerda del arco dorado  
de Febo y pregunta dónde crecen las manzanas de oro;  
embraza el escudo de Palas<sup>[178]</sup>; se esfuerza en vano  
por mover, blandir de Júpiter un rayo; y trae la astuta Hebe<sup>[179]</sup><sup>3</sup>  
una copa rebosante, baila airosamente y le provoca  
sin cesar; y, al fin, él de aquélla bebe y, sumido en el placer,  
se postra a sus pies posando sus labios deslumbrados  
en su mano de luz estelar. Y suena un bugle.  
Y una divina charanga en lo alto aparece: las cuatro Estaciones.  
La Primavera con su capa verde, el opulento Verano,  
un dorado tesoro en la hoz del Otoño,  
el cano y frío Invierno. Y unen su baile al de las Horas  
sombrías<sup>[180]</sup> mientras aquel soplo, en crecimiento  
desenfrenado, aún persiste en regir su danza ondeante.  
«¿De quién es? —pregunta—. ¿Quién toca ese bugle?».   
Ellas sonríen. «¡Oh Dite! ¿Por qué está aquí este mortal?  
¿No conoces sus labios amantes? ¿No? Es Diana, ¡mira,  
que, creciente, se levanta!» Él mira y ve que es ella<sup>[181]</sup>,  
su diosa verdadera. Adiós, tierra y mar, aire y dolor,  
cuitas y sufrimientos, ¡Adiós a todo, salvo al amor!  
Y entonces se lanza hacia ella y se despierta;  
y, sobre su cabeza, extrañamente, y nutrido  
por aquellas mismas, fragantes exhalaciones, contempla  
despierto su verdadero sueño. Estaban los dioses sonriendo,

la dichosa Hebe ríe, asiente; y la henchida Febe  
hacia él se encamina. ¡Doliente estado! En lecho de plumas  
y del todo ya despierto, siente el jadeante costado  
de su deliciosa dama. Aquel que murió por remontarse  
con excesiva audacia hacia el sol, cuando aquella su cera  
traidora empezaba a derretirse, no tuvo entonces  
la lengua más impedida que Endimión<sup>[182]</sup>.  
Su corazón le saltaba como hacia su legítimo trono,  
hacia el que aquella pasión sombría su marcha continuaba.  
¡Qué confusión! ¡Ay! Tan seductora, tan bella estaba  
su compañera de lecho, que no pudo evitar besarla.  
Y entonces padeció un momentáneo olvido de toda belleza,  
salvo de la joven Febe, de cabellos dorados,  
y, por tal causa, comenzó a pedir perdón. Aún se volvió  
una vez más para mirar a la gentil durmiente,  
y su alma entera se conmovió; ella oprimió en sueños su mano,  
y entonces, de nuevo él no pudo evitar besarla, venerarla...  
Y, a esto, la sombra, esfumándose, lloraba.  
El latmio levantóse bruscamente: «¡Radiante Diosa, quédate!  
¡Penetra en mi interior más recóndito! ¡En verdad  
que no es un dédalo mi corazón<sup>[183]</sup>! ¿Por qué lo tengo  
desgarrado hasta el desespero? ¿No hay para mí nada más,  
en el límite de la beatitud, que el infortunio?».

Despertaron estas palabras a la extranjera de trenzas oscuras.  
Su mirada, que empezaba a alborear, transporta, amorosa,  
las bendiciones de Endimión con su apacible continente.  
El sueño desde abajo ascendía. «¡Cisne del Ganges,  
no respiremos más esta triste fantasma! Halagada pareces,  
recostada en amable ocio, y no imaginas qué horrores  
pueden afligirnos a ti y a mí. ¡Ah, si por mi infidelidad  
de corazón murieras!» Pero tan sólo lloraba... Su alma apacible  
no se siente de aquello vengativa. ¡Como se siente toda  
enternecida, quisiera yo sentirme, todo en amor!  
Linda muchacha, ¿te voy a estimar en más de cualquier precio  
aunque me sepa tan veraz como inocente? Oh, sí, sí. ¿Qué es,  
entonces, este alma? ¿De dónde ha venido? No parece  
ser la mía, y carezco del sentido de mí mismo y de identidad.  
Algún aciago término he de alcanzar. ¿Dónde, dónde está?  
Por Némesis<sup>[184]</sup> que veo a mi espíritu volar en solitario,  
por las tinieblas. Perdóname, cariño... ¿vamos?».

Y arreó los corceles. Ellos tendieron sus alas caballeras

por el nítido aire y dejaron al viejo Sueño  
en su cubil de vapores. El rubor entre dos luces del ocaso,  
lentamente se apagaba, y la estrella vespertina, eminente,  
empezaba a agonizar en los cielos crepusculares, de plata,  
cuando ellos se lanzaron, directos, a la Galaxia<sup>[185]</sup>.  
Y no detuvieron su plática veloz, rara, gentil;  
intercambian eternos juramentos y promesas solemnes  
de tal guisa, en tal talante y tan distantes, allá arriba,  
en los vientos, bajo un techo constelado,  
y tan como de su juicio idos, que en verdad  
ya ha pasado el tiempo en que los hombres indagarán  
en sus corazones para ver, ya llorasen o riesen,  
padeciesen o se holgasen, más que como de gozo enloquecidos,  
saciados de tristeza.

Enfrentada a su presto vuelo,  
de un ebúrneo surco despuntó la luna un vértice diamantino  
no mayor que el de una desapercibida estrella  
o la mínima punta de una cimitarra de ensueño: señal leve  
para que ella sólo se abajara a atar sus sandalias de plata  
antes de inclinar, encantadora, en los cielos  
su tímida cabeza. Se alzó lentamente, como si quisiera volar,  
mientras a su apacible dama el cario se volvía  
para advertir si sus oscuros ojos habían al menos percibido  
el despuntar de esta belleza. ¡Desesperación,  
oh, desesperación! Vio a su cuerpo debilitado enflaquecer  
y desmedrarse a la tibia luz de la luna. De pronto,  
apresó su muñeca, y esfumóse de su mano cerrada.  
Besó él su mano y, ¡horror!, besaba su propia mano...  
Estaba solo. Y entonces descendió, como un halcón,  
a la tierra.

Allí hay una caverna, superados  
los confines aparentes del espacio, que es propicia  
para que el alma en ella vague y delimite su propia existencia,  
de remotísima bruma. La circundan oscuros parajes,  
donde el espíritu ve las tumbas de penalidades enterradas,  
mas apenas una hora languidece allí llorando,  
pues la punzadura del dolor recién nacido conoce  
una más íntima aflicción. Y, en estas regiones, muchos son  
los dardos envenenados que al azar vuelan; son el hogar  
propio de toda maldad; está aún por venir el hombre  
que no haya recorrido este infierno natural.

Pero pocos han sentido alguna vez el plácido  
y benigno sueño que puede advenir en aquel antro profundo  
y que es de todos. Allí la angustia no punza  
ni al placer disimula. Huracanes de dolor siempre golpean  
su puerta, por más que todo sea recóndito y desolado.  
Ataca con sus intensas ráfagas, y en ella no oís  
sonido tan fuerte como el de cuando, en féretro acortinado,  
el mortuorio reloj de la garrapata está asfixiado<sup>[186]</sup>.  
No entra nadie que pugne por ello; le vence lo imprevisto.  
Y en el instante en que el que sufre empieza a abrasarse,  
se abre a él. Y de una urna, llena hasta entonces  
de hielo fundiéndose, toma un sorbo. ¡La joven Semele  
jamás degustó opulencia tal en sus antojos de embarazo<sup>[187]</sup>!  
¡Feliz tiniebla! Paraíso oscuro en que por fuerza se marchita  
la flor del bienestar; donde el más lúgubre silencio  
es el más pronunciado y las esperanzas dan tormento;  
donde sus ojos son, con mucho, los más luminosos  
para mantener sus párpados cerrados durante el más largo lapso,  
en un dormir sin sueños. ¡Oh feliz hogar del espíritu!  
¡Maravillosa, encinta alma de tal cueva, que todo  
lo guareces en tu propio fondo! ¡Salve, amable Cario!  
Porque nunca desde que se iniciaron tus penas y dolores,  
te has sentido tan venturoso. Una áspera refriega te ha llevado  
hasta esta Cueva de la Quietud. Sí, aquí estuvo  
su alma arrullada, aunque soportada por una propiciación  
peligrosa; y si no lo deploró, es porque no sabía  
adónde iba. Tan feliz era, que el soplido de aire de las trompetas,  
con su claro parlamento, desde el este, no pudo desvelarle  
de su placentero disfrute, de aquella sublime fiesta.  
Espolearon las trompetas los corceles emplumados,  
y con impetuoso sobresalto, se precipitó hacia aquel sonido.  
Ningún embeleso, ay, pudo hacer alzar la cabeza de Endimión,  
que, si no, hubiera visto, en celestial mascarada,  
a una alada multitud. Y calmo y lúcido era su tránsito.  
En tanto, unas voces gentiles susurraban cual si arrullaran,  
saludaran por su senda al caminante. Y así murmuraron,  
mientras, en brillante colorido, discurría tal visión:

«¿Pero quién, quién querría irse de la fiesta de Diana?  
¿Por qué todas las glorietsas doradas del día  
desiertas han quedado? ¿Pero quién, oh quién querría irse  
de la fiesta de bodas de Cintia y su algazara? ¡No Héspero!  
¡Mira! ¡Planea con sus alas de plata por el más alto cielo

y canta haciendo castañetear sus lucientes dedos, alegremente!  
¡Está Céfiro! ¡También Flora<sup>[188]</sup>! Vosotros, tiernos bebedores  
de la lluvia y del rocío, jóvenes camaradas de la rosa  
y del narciso, cuidado, antes de entrar, de llenar  
vuestros sublimes cestos de hinojo verde, y de bálsamo  
y de pifias de oro; de ajedrea y de la más reciente menta;  
y de columbinos, perejil fresco, dulce albahaca  
y de soleado tomillo; sí, recoged en la rociada mañana  
todas las flores y todas las hojas de todos los lugares.  
¡Venga, aprisa! ¡Vete!

Hermano cristalino del cinturón de los cielos<sup>[189]</sup>,  
Acuario<sup>[190]</sup>, al que el rey Júpiter ha dado dos líquidas  
corrientes que vibran en lugar de alas con plumas,  
dos manantiales como abanicos, ¡luminarias, las tuyas,  
para solaz de Diana! Disuelve la pureza helada del aire,  
muestra desnudos tus blancos hombros de plata, fríos,  
por entre unas alas de agua; haz más luciente  
a la Reina de las Estrellas, creciente en su noche nupcial.  
¡Aprisa, aprisa, fuera!  
¡Cástor ha domado el planeta Leo, mira<sup>[191]</sup>!  
¡Y Pólux tiene poder sobre la Osa<sup>[192]</sup>! Y un tercero  
está compitiendo. ¿Quién es este tercero  
que, veloz, se precipita como un águila? ¡El Centauro  
trepador<sup>[193]</sup>! ¡La crin de Leo ya termina! ¡Y cuán fiera  
es la Osa! La flecha del Centauro parece a punto de traspasar  
a un enemigo. Su arco se curva extensamente  
en el azul del cielo, y será destruido,  
pálido y siempre en movimiento, cuando oiga  
un tañer de nupciales laúdes. ¡Delicada mujer, Andrómeda<sup>[194]</sup>!  
¿Por qué demorarte, tan tímida, entre las estrellas?  
¡Ven aquí! Júntate a esa espléndida multitud y síguela  
con presteza adonde vaya. El Hijo de Dánae, ante Júpiter  
de nuevo reverente, por ti ha llorado, clamándole  
en voz alta. Gentil señora, tú le redimiste<sup>[195]</sup>.  
¡Vosotros por siempre viviréis y amaréis,  
porque vertéis todas vuestras lágrimas! ¡Y, por el horror  
de Dafne, mira a Apolo!»<sup>[196]</sup>.

Y más no oyó Endimión.  
Su corcel le echó al suelo, boca abajo,  
a la cumbre verde de un nublado altozano.

Su primer contacto con la tierra estuvo a punto de matarle.  
«Ay —dijo—, si no me hubieran siempre trasladado  
unos vientos peligrosos, mis pasos no hubieran seguido  
una senda infernal; hubiera bendecido perennemente  
unos horrores que nutren de malestar mis lóbregas conquistas.  
Para el que vive más allá de las fronteras de la tierra,  
el dolor es tenebroso, y sólo una sombra la tristeza.  
Ahora veo la yerba, siento la tierra firme. ¡Ay de mí!  
Es tu voz, ¡oh divina<sup>[197]</sup>! ¿De dónde viene? ¿Quién,  
quién te dejó tan quieta en este lecho de rocío?  
Contempla esta tierra feliz en que estamos.  
Amémonos. Alimentémonos de los frutos forestales  
sin nunca, nunca bajar a estos lugares que pueblan  
los mortales; o seremos por fantasmas engañados.

¡Oh destino! Mi alma ahora se refugiaría en un laberinto,  
pero la contendré con tu belleza. ¿Adónde te has ido?  
Junto a ti siempre he de seguir. Dejemos  
que nuestro destino se detenga aquí. Y aquí mismo  
un cabrito he de inmolar. Pan nos dejará vivir en paz,  
en amor y paz en sus rústicas soledades. He dependido  
de una irrealidad. A una irrealidad he amado. ¡No he visto  
ni conocido más que un inmenso sueño! ¡Oh, qué presuntuoso  
he sido contra el amor, contra el cielo y los elementos todos,  
contra el recíproco lazo de los mortales,  
contra el despuntar de las flores, la corriente de los ríos  
y la tumba de los héroes ya pasados! Contra su justa gloria  
ha conspirado esta alma mía. Así, contaré mi historia  
a los chiquillos y me doleré de ella. Nunca vivió ningún mortal  
que condujera a sus apetitos allende su natural esfera  
sin que, inane, no pereciera<sup>[198]</sup>. Dulcísima India,  
aquí, aquí voy a prosternarme, ya que tú has redimido mi vida  
de un hálito sutil en exceso. Lo pretérito y lo pasado  
son fantasmas nebulosos. ¡Adiós, cuevas solitarias,  
aéreas apariciones, oleaje monstruoso de unos quiméricos mares!  
¡No, nunca más me arrastrarán tenues voces a una orilla  
intrincada, de maravilla, sin aliento y despavorido!  
Adiós, sueño exquisito, aunque sea aún tan grande  
mi amor por ti. Puede ser que llegue la hora  
en que en puro elíseo nos encontremos. En la tierra  
no puedo amarte; y por ello he de ofrendar a las alturas  
palomas y el acopio más precioso que recoja a lo largo  
de toda la estación feraz. Así en mí tú brillarás

y en esta mi linda doncella, y bendecirás  
nuestras vidas argentadas<sup>[199]</sup>. ¡Mi felicidad india!  
¡Mi capullo de lirio de río! ¡Beso encarnado!  
¡Suspiro de aliento real, abrazo suave, cálido  
cual nido de palomas entre unos árboles en verano,  
cálido por el rocío emanado de la sangre viva!  
¿Adónde has ido? ¡Ah! ¿Qué te parece? Hablaremos  
de toda bondad..., ya no más sueños. Y, entonces,  
¿dónde estará nuestra morada<sup>[200]</sup>? ¿Bajo la cima  
de algún empinado collado de musgo, donde la yedra silvestre  
allá arriba nos oculte aunque tenga el follaje  
de primavera? ¿dónde los tejos oscuros, cuando por ellos  
pasemos, dejen caer sus bayas escarlatas  
embebidas de rocío? Te encantaría vivir en tal lugar,  
con sombras para nuestros amores, aunque lo bastante despejado  
para agradecer esos miembros gentiles posados en un lecho de musgo.  
Porque, dando un paso, encontrarías, por un lado, el cielo azul  
y, por el otro, hacia abajo, en profunda hondonada,  
mira, el riachuelo que discurre por entre esos árboles,  
por el dorado filo del mediodía y su fulgor. Sacaré miel para ti  
de la vieja, nudosa colmena, y para ti cogeré  
manzanas que en dulzor se desharán; berros, que crezcan  
donde nadie pueda verlos; y acederas que no hayan arrancado  
los ungulados ciervos. De la siringa espadaña haré flautas,  
y así siempre podrás saber por dónde vago yo,  
o cuando quieras podrás escucharla en nuestra plácida morada  
y ponerte a pensar en el amor. Deja que siga hablando,  
que me siga abismando en el goce que persigo,  
ya que el pasado aún me encadena. Este riachuelo,  
que quizás te haya deleitado, llenaré de peces encantados  
que tomaré de los lagos de las montañas, y tú les darás  
de comer del troje de las ardillas. Su fondo sembraré  
de conchas ambarinas y de guijas azules tomadas de profundos,  
mágicos pozos. Diseminaré por las orillas  
eglantinas bañadas en dulce rocío y madre selva  
saturada de néctar puro. Induciré a este arroyo cristalino  
a que trace el nombre argentino del Amor en la faz  
de la yerba. Me arrodillaré ante Vesta en pro  
de una llama de fuego<sup>[201]</sup> y ante el Dios Febo  
en pro de una lira dorada; ante Diana Emperatriz  
por un venablo de caza; ante el Véspero por una antorcha pura  
como la plata y ver a través de la noche tu belleza;



y, ante Flora, y un ruiseñor domado se posará en tus dedos;  
y, ante los Ríos Dioses, y ellos te traerán finas cañas  
de pescar de oro, y mechones de las largas trenzas brillantes  
de las Náyades. ¡El Cielo te proteja por tu extrema beldad!  
Tu musgoso escabel será el altar  
ante el que me postraré, querido amor, cuando ante ti me postre.  
Esos labios serán mi Delfos<sup>[202]</sup> y dictarán  
a mis pasos leyes; darán color a mis mejillas; temblor  
o firmeza a esta mi voz; y, de los tres placeres más amenos,  
la elección<sup>[203]</sup>. Y esa luz enternecida, esas criaturas  
de diamante, esos ojos, esos apasionados sentires, esas fuentes  
supremas de perla, serán mi dolor o fulgurarán  
hasta el placer. ¿Dime, no hay una dicha celestial  
en nuestro abrazo perfecto? ¡Oh, no puedo dudar de ello!».

El montaraz, de tal suerte, contendía con vanas, obstinadas  
fantasías, por despejar su espinoso camino hacia el reposo.  
Lo que daba una ardiente alegría a los ojos de su dama,  
aunque las lágrimas que vertiese fueran lágrimas de tristeza,  
en el momento en que la dorada mañana lanzaba en alto  
sus rayos desde los valles orientales. Y así respondió:  
«Ah, si el tumulto de este corazón hubiera cesado  
o el dulce nombre del amor se hubiera disipado...  
Joven, alado tirano<sup>[204]</sup>, merced a un súbito decaer entregarás  
tu cuerpo a la tierra. Sin duda al nacer balbucí  
en mi interior tus epítetos florecientes, ya que al primer,  
al primer asomo de idea y pensamiento tuyos,  
bendije, manos en alto, las estrellas celestiales.  
¿No eres cruel? Siempre me he esforzado por creerte amable,  
pero, ¡ah! ¡eso no es bastante! Cuando era niña oí decir  
que los besos atraían tu favor, y por ello daba entonces  
besos<sup>[205]</sup> al viento vacante, pidiéndoles  
que encontraran amor. Pero cuando llegué a sentir  
cuán por encima de cualquier fantasía, de cualquier soberbia  
o de cualquier veleidosa virginidad, de cualquier placer terrenal  
o de cualquier bien imaginario, estaba el cálido temblor  
de un férvido beso, al punto; en tal momento,  
al pensar cosa tal, descaeciendo, me abatí en lecho de flores,  
y en él por tres días yací, desfallecida. Ah vosotras,  
benévolas potencias, ¿no estoy cruelmente equivocada?  
Créeme, créeme, querido Endimión, que si yo fuera a tejer  
con mis propias fantasías guirnaldas de vida amena,



tú serías una y todas ellas. ¡Amarga contienda!  
No puedo ser tu amor. Estoy proscrita, sí, lo estoy;  
en verdad, estoy encontrada, aterrada, reprobada  
por unos seres que me hicieron temblar  
y por una ira monstruosa. Dos veces me has preguntado  
adonde iba. ¡No me lo preguntes más! Ni te lo puedo confesar,  
ni ser tu amor. Podríamos someternos nosotros mismos  
ahora al castigo: morir; abrazarnos y morir,  
¡qué idea voluptuosa! No prolongues mi deseo o quedaré  
presa de unas trabas de deleite perverso. No, no,  
que no sea así. Te bendeciré y daré un largo adiós».

El cario no dijo palabra. Ambos desamparados, pálidos,  
en silencio, juntos se internaron por unos verdes valles.  
Errantes, por fuerza tuvieron que complacerse en sentarse  
bajo un haya preciosa, en solitario, y no se miraban  
uno a otro, mas fijaban con tristeza sus ojos  
en el círculo de hojas bajo él esparcidas.

«¡Endimión! ¡Desdichado! Casi me ofende contemplarte así,  
en este último extremo... Sublime ha sido hasta ahora  
tal cosa, mas en verdad que tengo por cierta  
mejor música en una canción nueva. Voy a cantar aquí  
a tu hermano, de melosa voz, por largo tiempo<sup>[206]</sup>  
y tú me auxiliarás, ¿no me has auxiliado hasta ahora?  
¡Sí, Emperador de la luz lunar! La felicidad ha sido tu premio  
a lo largo de muchos milenios, aunque, a menudo, al borde  
de las lágrimas, lo he lamentado, como si tú aún habitaras  
en los bosques, olvidando el antiguo relato».

No distraía

él su mirada de las hojas muertas o, si no, hubiera  
podido sentir una leve pulsación de alegría.  
El espíritu recoge por el viejo suelo del jardín  
del tiempo de la infancia amaranto lozano  
si al azar se extravía<sup>[207]</sup>. Algo más adelante,  
corría aquel arroyo verdadero junto al que había tenido  
su primer y blando sueño de amapolas<sup>[208]</sup>  
y era idéntica la corteza del árbol en que se apoyaba  
que aquélla en que había señalado una luna creciente,  
y, a su alrededor, prodigado en menudas estrellas su ingenio.  
El fecundo árbol había crecido y verdecido,  
que no borrado, la benigna incisión. Sí, no había ningún ribazo

en que él no hubiera al antílope espantado  
ni árbol alguno bajo cuya arraigada sombra él no hubiera  
con sus leopardos domados jugado; ni podía lanzar  
dardo veloz ni jabalina por ningún trecho de aire  
que antes las suyas no hubieran surcado.  
Pero él aún no lo sabía.

¡Oh perfidia! ¿Por qué sonríe su dama,  
dando gusto a su mirada con toda su tristeza? Él no la ve.  
¿Pero quién le mira así a él? ¿Si es su hermana!  
¡Peona de los bosques! ¿Lo podrá ella resistir?  
¡Imposible! ¡Cuán tiernamente se abrazan! Su dama sonríe,  
y hay contento en su rostro, y no perfidia.

«¡Querido  
hermano mío! ¡Endimión! ¡No llores así! ¿Por qué  
has de padecer cuando todo el gran Latmos estará  
exultando? Da gracias a los magnos dioses y no pienses  
en cosas amargas: no digas ni una leve palabra  
y ya no suspires más. No, no quiero pensar que tengas  
tal acopio de aflicción como para demorarte otra vez  
en mí ternura. A buen seguro que no puedes tener  
el ánimo dolido, ya que vienes de la mano de alguien  
tan hermoso. Sed los dos felices,  
para que yo pueda arrancar flores de otoño  
para vuestras frentes. El sacro ministro de Pan  
reclama al joven Endimión, y cuando él haya regresado,  
hermosísima señora, tú serás nuestra reina.  
¿No es, entonces, una vergüenza, no es tristísimo veros así?  
Quizá seáis demasiado felices para estar alegres.  
Oh, me parece como si fuera un día ordinario  
y tan libremente proclamado como ningún otro  
ya pasado. Lengua alguna me pedirá: “¿De dónde venís?”  
mas seréis dioses de vuestro propio, imperial reposo.  
Y ni siquiera yo, durante todo un mes,  
voy a inquirir en las horas que desde ahora discurran,  
pues en mi bosquecillo para ti voy a cantar. Oh Hermes,  
esta misma noche se alzarán himnos a Cintia:  
a la reina de la luz; porque los viejos adivinos  
tuvieron anoche unas fastas visiones por el espacio,  
que llevarán, según dicen tales sabios, un perpetuo bienestar  
a los pastores y a sus rebaños; y, aún más, que leyeron  
en el rostro de Diana este buen vaticinio. Por eso

han de ser para ella estos cantos vespertinos.  
Aquí vendrán por doquier nuestros amigos.  
Son muchas los que por tu muerte han compuesto endechas  
y muchos son ahora, aún, los que sus frentes ensombrecen  
con ramos de ciprés en este día de ofrenda a los dioses.  
Compondrás nuevos cantares para nuestras muchachas  
y arrancarás la tristeza del ceño de nuestros monteros.  
¡Dime, señora reina, cómo desposar a este mi hermano  
descarriado con sus legítimos goces! Sus ojos  
en ti están fijos, pues igualaste a su hado más divino.  
Ayúdame, te ruego, a persuadirlo... Endimión,  
querido hermano, di, ¿qué te aflige?». No pudo él resistir más,  
y, de tal suerte, así doblegara su alma ásperamente,  
como un arco de espiritual materia y lo hiciera vibrar interiormente,  
con calma dijo: «¡Debiera tenerte por único amigo,  
dulce doncella, por único visitante! Porque aunque no ignorase  
que aquellas cosas falsas que buscan el placer entre los hombres  
son placeres tan reales como lo real pueda ser,  
hay otros más eminentes que yo no puedo ver, si impíamente  
me acomodo en un reino terrenal. Desde que te vi,  
he estado en completa vigilia noche a noche, día a día,  
hasta que del empíreo he colmado mi medida.  
Satisfácete, hermana, con verme más feliz  
de lo que a los mortales conviene. Cual joven eremita,  
viviré en una musgosa caverna, a la que vendrás  
hasta mí, en solitario, y anegarás tu espíritu  
en las maravillas que te he de contar. Mediante mí  
el reino de los pastores se enriquecerá sobremanera,  
ya que a tu lengua confiaré cualquier prosperidad.  
Y, hazlo por mí, que esta joven doncella viva  
contigo como una estimada hermana. Tú sola, Peona,  
vuelve a mí. Confieso que esto puede sonar a extraño.  
Pero cuando tú, queridísima doncella, veas  
que esto es un placer para mí, ninguna perla, por ellas  
resbalando, allanará esas mejillas. ¡Amable compañera!  
¿Querrás vivir con ella, compartir conmigo este amor fraternal?».   
Como el que, resignado, doblegado por las circunstancias,  
y, por ello, por su propia condenación cegado,  
aquella apacible desconocida dijo: «Sí, pero se ha corrido  
por mis oídos un susurro de jubileo a Diana. ¿Oí bien?  
Porque no veo que haya ningún tierno pajarillo  
del que Júpiter no haya tomado cuidado. Largo tiempo he buscado  
la paz y, sin darme cuenta, ¿no que la encuentro ante mí?

¡Y, también, en tal exaltación, tan en pos de mi corazón!  
Sabía, ah, sabía que había un lugar en él vacío.  
En aquel mismo vacío la pura Castidad se asentará  
y me guiará por la noche a algún sueño solitario.  
Con la más pura elocuencia me profeso, amable señora, miembro  
de la comunidad de Diana; y con tu bondadosa ayuda  
veré esta misma noche consagrados mis días futuros a su templo».   
Como un soñador percibe que él solo se infunde  
a sí mismo su propio miedo, así los tres se sentían;  
o como el que, en tiempos pretéritos, se arrodillaba  
ante Baal o Lucifer<sup>[209]</sup> si después de un breve sueño desfallecía;  
o como el que, en honda mina, en el subsuelo,  
encuentra, dormido, a sus amigos, que no le reconocen,  
Cada uno se aplica con diligencia a los pensamientos  
y cosas ordinarias por verdadero miedo,  
luchando por contentar sus funestos dolores con ideas  
de asuntos cotidianos, de los que las amas de casa charlan.  
Pero el espíritu abatió su soplo, y ellos se enseñaron.  
Al fin, dijo Endimión: «¿No están prefijadas nuestras Parcas?  
¿Por qué estamos aquí? ¡Adiós, amable dúo, adiós!».   
Yaquellas muchachas, con atónita expresión,  
se apartaron de él, aturdidas. Afectuosos y dolientes,  
sus ojos las siguieron hasta llegar  
a las cercanías de un pequeño cipresal, cuya mortecina entraña  
en un raudal instante hubiera abismado para siempre  
lo que entonces él veía. «¡Esperad! —gritó—. ¡Esperad!  
¡Doncellas, volved! ¡Silencio! He de deciros una cosa.  
Amable india, querría volver a verte; es algo  
por lo que muero... Así que querría, Peona, que fuerais  
a refugiaros, de la mano tomadas, a aquel sacro arbolado  
que hay, silente, tras el templo de la gran Diana.  
Allí estaré yo, al más temprano centelleo  
de la estrella vespertina. Ya se han ido,  
pero tan sólo una vez, sólo una vez, una vez más...».   
Y entonces él oprimió sus manos contra su rostro  
y descansó su cabeza sobre una verde prominencia de musgo,  
y así se estuvo, como un cadáver, el día entero,  
hasta que, a duras penas levantó su mirada para ver  
cómo cambiaban las sombras con el lento moverse del tiempo,  
indolentes y apenadas, hasta que las copas de los álamos,  
en lúgubre desplazamiento, alcanzado hubieron la orilla del río.  
Irguióse entonces, y, con tanta lentitud  
como discurre aquel río, se dirigió hacia la arboleda

del templo con este lamento: «¿Por qué tal atardecer de oro?  
La brisa se mece con tanto cuidado y suavidad  
que ni una hoja puede caer antes de que el sereno padre  
de todas ellas, incline su cabeza estival bajo el oeste<sup>[210]</sup>.  
Estoy ahora de aliento, de habla y de presteza poseído  
mas, al ponerse el sol, he de despedirme de ella  
por última vez. La noche esparcirá en la húmeda yerba  
miríadas de lánguidas hojas, y con ellas moriré,  
pues no duele mucho morir cuando el verano muere  
en el césped frío. ¡Si he sido mariposa, señor de las flores  
y las guirnaldas, de los lazos del amor y de los cándidos  
ramilletes; de los prados, arboledas, melodías  
y rosas silvestres! Mi reino asiste a su muerte,  
y con ellas tendría que morir yo. Pues si a todo esto llamamos  
erróneamente dolor o calamidad, tristeza, aflicción, congoja  
o penuria, ¿qué queda por deplorar? Por el enemigo del Titán<sup>[211]</sup>,  
que no soy sino tratado con justicia». Y, así diciendo,  
avanzaba con presteza, de un modo mortalmente jubiloso,  
y gozaba del claro arroyo y del sol poniente  
como si hubiesen sido motivos para reír. Y no redujo su risa  
al perfecto continente de su carácter, hasta que apareció  
aquella arboleda como el acaso, y entonces su lengua,  
con austera gallardía, profirió al entrar en ella  
estas palabras: «¡Ah! Dije: “el rey de las mariposas”,  
pero por estas tinieblas y la lengua juiciosa  
del viejo Radamanto<sup>[212]</sup>; por esta región crepuscular,  
de soledad pompa, y por la arcilla de Prometeo,  
por el latrocinio conseguida<sup>[213]</sup>; por las melenas  
del viejo Saturno, por su cabeza que estremece  
una eterna flaqueza<sup>[214]</sup>, que a mí mismo me apegué desde la infancia  
con las cosas livianas, y, por ello, distanciado,  
aislado, en una mortal soledad, sin duda padecí lo suficiente  
para volver impío a un hombre mortal». Y, en tanto consideraba  
interiormente tales cosas, a las que palabra alguna se aviene,  
se hundió más y más profundamente hasta anegarse  
más allá del alcance de la música.  
Pues no oía el coro de Cintia; ni lo hubiera oído  
aunque no hubiera habido ásperos zarzales ni una fronda encubridora  
que se interpusiera para enervar  
aquel himno vespéral tan intenso, pletórico y suave,  
a través de los pilares oscuros de aquellas selváticas naves<sup>[215]</sup>.  
No veía a las dos muchachas ni su sonreír evanescente,

cual primulas que recogiera a medianoche un arroyo de trémulos dedos. «¡Criatura infeliz! ¡Endimión! —dijo Peona—. ¡Aquí estamos! ¿Qué quieres, di, antes de que todos en ataúd yazgamos?», y, entonces, él la abrazó y oprimió la mano de su dama diciendo: «Hermana, hubiera querido, si ésta hubiera sido la voluntad del cielo, tener el mando de nuestro triste destino». Y, a esto, aquella extranjera de ojos oscuros, ante la sorpresa de Endimión, eufórica, en pie, con renovada lengua y más grata que el amor, dijo: «¡Por la paloma de Cupido que lo tendrás! ¡Por la inocente lealtad de este mi pecho, querido muchacho!» Y, en tanto hablaba, a su rostro advino una luz que parecía reflejada de una llama de plata. Su larga cabellera negra, aún más magnífica, ondeaba desplegada, toda oro; y en sus ojos despuntaba un día azul, aún más claro, de amor henchido. Sí, ¡veía a Febe, su pasión!, que erguía jubilosa su arco esplendente; y de tal suerte prosiguió: «Triste, triste ha sido nuestra demora. Pero un delirante miedo primero me impidió; y luego los designios del destino; y, después, preciso fue que de este mortal estado, amor mío, algún imprevisto cambio te purificara. Recorreremos estas forestas, Peona, que serán para ti seguro, ya que tu cuna fueron. Y de ellas saldrás, veloz, para conmigo reunirme a menudo». Y Cintia besó seguidamente a la radiante Peona y la bendijo con su amable, nocturna despedida. Su hermano le dio también un beso y, ante su diosa, se arrodilló, desfalleciendo lleno de dicha. Yella le dio sus lindas manos, y ¡mirad!, antes de que tres rapidísimos besos le hubiera él dado, se disiparon por el aire... Y Peona por el tenebroso bosque volvió, extasiada, hacia casa.



JOHN KEATS (Londres, 1795 - Roma, 1821). Es uno de los poetas más grandes del Romanticismo europeo. Huérfano de padre desde niño y de madre desde los quince años, trabajó como aprendiz de cirujano y, posteriormente, estudió Medicina en el Guy's Hospital de Londres, graduándose en Farmacia. Sus lecturas juveniles de Virgilio le proporcionaron una formación clásica, pero quien más le influyó fue su admirado Edmund Spenser. Pese al escaso éxito que tuvo, la publicación en 1817 de su primera obra, *Poems*, lo animó a dedicarse con exclusividad a la literatura. Su siguiente libro, *Endymion* (1818), fue duramente recibido por la crítica, lo que le produjo una depresión que agravó su tuberculosis, enfermedad que lo acompañaría hasta la muerte. Mientras convalecía en casa de un amigo se enamoró de Fanny Brawne, quien le inspiró sus mejores versos, recogidos en el volumen *Lamia, Isabella, The Eve of St. Agnes, and Other Poems* (1820). Ese mismo año embarcó rumbo a Nápoles para intentar recuperarse de su mal, y unos meses más tarde murió en Roma, donde fue enterrado en el cementerio protestante bajo el siguiente epitafio: «Aquí yace alguien cuyo nombre se escribió en el agua». Pese a los pocos años que vivió su autor, la obra poética de Keats es una de las más altas y hermosas de la literatura inglesa y de las letras universales.

# Notas



[1] Transcripción del v. 12 del soneto número XVII de Shakespeare. <<

[2] Thomas Chatterton (1752/1770), poeta inglés que se suicidó y que para los poetas románticos ingleses representó un símbolo de la incomprensión del mundo hacia el artista. Sus «Rowley Poems» han sido durante mucho tiempo objeto de apasionadas controversias, pero hoy en día parece que su atribución es indudable. <<

[3] El párrafo sugiere la intención de Keats de componer su «Hyperion» (cfr. IV, V. 774). <<

# Notas

[1] vv. 25/33: Adoptamos como valor del término «essence», el de «cosa bella» o «imagen de una belleza ideal». <<

[2] Se refiere a la composición «I stood tip-toe upon a little hill», que Keats había compuesto cinco meses antes. <<

[3] El monte Latmos, sito en Caria, Asia Menor, está tradicionalmente asociado con el mito de Endimión. <<

[4] Según la mitología clásica, Pan es el dios de la naturaleza universal. <<



[5] Los rayos de sol en oriente. <<

[6] Literalmente: «hubiese podido ganar el olvido», es decir, la nada (entendida como liberación de lo material). <<

[7] Geoffrey Chaucer (1340/45-1400) está considerado, cronológicamente, el primer escritor importante en lengua inglesa. Sus *Canterbury Tales* datan de 1386/1400. <<

[8] Anfibología, ya que «bearing the burden» significa también: «llevando la carga».

<<

[9] Alusión a la poesía bucólica que deriva de la de Virgilio. <<

[10] Según el relato ovidiano, durante una época Apolo estuvo confinado como pastor en la Tesalia (*Metamorfosis*, II, w. 677/82). <<

[11] Zeus, que se transfiguró en cisne por Leda. <<

[12] «Poli» tiene una acepción de «cabeza». Los elizabethianos la adoptaron para designar literalmente «la parte de la cabeza donde crecen los cabellos». <<



[13] Héroe troyano al que raptó Zeus por su belleza y lo condujo al Olimpo, donde fue el copero de los dioses. <<

[14] En la mitología clásica, Endimión figura a la vez como príncipe de Elis y pastor cario. De ahí la posible alusión regia del texto. <<

[15] El Elíseo o Los Campos Elíseos era una isla sita en las regiones infernales donde, según la mitología arcaica, moraban las almas de los virtuosos después de su muerte.

<<

[16] Símbolos del otoño y del invierno, posiblemente sugeridos por Shakespeare: *Macbeth*, V, 3 y *La Tempestad*, V, 1. <<

[17] Deidad marina a la que usualmente se la representaba mitad hombre y mitad delfín y soplando una caracola. <<

[18] Ninfas de los bosques cuya misión era protectora de los árboles y, especialmente, de los robles. <<

[19] Haimdríade convertida en flauta por las náyades para preservarla de la persecución amorosa de Pan. <<

[20] El pino es un símbolo pánico tradicional. <<



[21] Deidades inferiores de los ríos, los arroyos, los pozos y las fuentes. Se las representa como unas doncellas jóvenes y hermosas. <<

[22] A Pan, dios de la naturaleza universal, se le atribuían todos los sonidos extraños, misteriosos e innumerables que se oye en los lugares apartados. <<

[23] Pan era hijo de Dríope, ninfa arcaica, y del dios Mercurio. <<

[24] Literalmente: «nuestro devoto peán». El peán es el canto de la plegaria que lleva el nombre de Peán, médico de los dioses (cfr. 1, 408). <<

[25] Monte arcadio consagrado a Zeus y también a Pan, cuyos festivales, denominados «liceos», tenían lugar allí. <<

[26] Defendidas por los espartanos contra Xerxes el año 480 a. C. <<

[27] A Jacinto le mató Céfiro (según otras versiones, el Bóreas) mientras estaba entreteniéndose con Apolo lanzando el disco. Éste, apenado, transformó la sangre que manaba de sus heridas en la flor de su nombre, que brota al despuntar cada primavera. <<

[28] La idea de dolor o arrepentimiento en Céfiro es una aportación personal de Keats a la leyenda. Febo, «el brillante», es un epíteto de Apolo. Entre los latinos, Febo es frecuentemente el nombre del dios, dispensado de la previa denominación de Apolo.

<<



[29] Níobe fue transformada en roca por haberse jactado de su superioridad sobre Diana. Ésta mató a las hijas de Níobe, como venganza, y Apolo, a sus hijos. <<

[30] Los Argonautas viajaron con Jasón en busca del Vellochino de Oro, que había de permitir a éste asumir el trono de Iolcos, usurpado por su tío Pelías. <<

[31] Nombre latino de Poseidón, dios del mar. Hijo de Saturno y Cibeles, en el reparto del mundo recibió la supremacía sobre las aguas, mientras Plutón, los Infiernos; y Zeus se quedaba con el cielo y la tierra. <<

[32] La estrella vespertina, también llamada Héspero. <<

[33] Cometas. <<

[34] «Eye-earnestly» es un neologismo de Keats. <<

[35] Nombre latino de Hermes, al que su padre, Zeus, hizo heraldo suyo y de Plutón y Proserpina. Pasó, con el tiempo, a ser dios de los viajeros, protector de los caminos y dios de los comerciantes y de los ladrones. <<

[36] Alusión a la *Historia del Rey Joven de las Islas Negras*, de *Las Mil y una Noches*.

<<



[37] Chapman atribuyó, en sus *Homeric Hymns*, a Endimión una hermana llamada Peona. Sin embargo, la asignación a esta de poderes más o menos mágicos relacionados con la abundancia y fertilidad (w. 436/442 ss. y IV, 863/864) puede que Keats la derivara de Peón, médico de los dioses, que interviene en *La litada* (V, 401/402). De acuerdo con otra tradición, Peón fue el fruto de los amores de Diana y Endimión. <<

[38] La imagen quizá está sugerida por la de los alciones posados sobre el mar en la *Nativity Ode*, de Milton (vv. 66/68). <<

[39] Divinamente inspirada. <<

[40] Epíteto de las palomas de Venus en el templo de Pafos. Los versos siguientes se refieren a la transformación en ciervo que sufrió Acteón por haber sorprendido a Diana bañándose desnuda en una fuente. Luego, la diosa, irritada, hizo que su propia jauría le devorase. <<

[41] La estrella matutina o lucero de la mañana. <<

[42] Se refiere a los cuatro caballos que conducen al carro de Apolo por el cielo, y cuya pertenencia atribuye Ovidio al Sol. <<

[43] El díctamo y la amapola estaban consagrados a Diana. <<

[44] Vara mágica que dio Apolo a Mercurio, a cambio de la lira de siete cuerdas. Con el caduceo, Mercurio guiaba a las almas hacia el infierno y aplacaba los vientos. <<



[45] Según la antigua astronomía, las esferas eran concéntricas, huecas y transparentes y giraban en torno a cada planeta. <<

[46] Literalmente: «gordianados», derivado del nudo llamado «gordiano», porque lo intrincó el rey frigio Gordio y que cortó Alejandro Magno.

La imagen de Diana descalza y con un manto en la cabeza ondeando al viento, Keats la tomó, al parecer, de los grabados del «Polymetis», de Spence. <<

[47] La semejanza de esta descripción con algunos detalles de la obra de Botticelli es totalmente fortuita, ya que en 1817 no era conocida en Inglaterra ni había sido allí difundida. <<

[48] Tan honrados por su toque que se vuelven reales o regios. <<

[49] Ninfas que vivían en las montañas y acompañaban a Diana en sus cacerías. <<

[50] Referencia al mundo material entre los delos y las regiones infernales. <<

[51] Reminiscencia de Shakespeare, *La Tempestad*, IV, 1, 156/157. <<

[52] Al parecer, el sentido del pasaje es el siguiente: es preciso que la música impregne la mente para que surja la música. La magia eolia alude a la música de la lira de Eolia, islas donde se suponía el reino de Eolo, señor de los vientos. <<



[53] Se refiere a la batalla de los Titanes contra los dioses del Olimpo, tema principal del *Hyperion*. <<

[54] Músico y poeta tracio que con su canto domaba a la naturaleza y fascinaba a los animales, las plantas y hasta las piedras. <<

[55] Verso no rimado en el original. <<

[56] Latona era la madre de Diana y Apolo. <<

[57] Dios del amor de los romanos. Más que con Eros, el dios griego con el que se identifica, Cupido personifica la pasión del amor. Se le representa como un «erotideus», amor niño o amorcillo con alas, arco y flechas o yelmo, espada y escudo, y desnudo. <<

[58] Los perezosos se alimentan de frutas y viven en arboledas. Keats lo debe de confundir con algún animal depredador y carnívoro. <<

[59] Proserpina era hija de Ceres y Zeus y Plutón la condujo con él a las regiones infernales cuando se desposaron. Diversas tradiciones la identifican con Hécate. <<

[60] Eco era una ninfa de las montañas. Se enamoró de Narciso, pero, privada del habla por Juno, éste la abandonó y ella, desesperada, se internó en los bosques, donde se debilitó tanto que al cabo de un tiempo, sólo quedó su voz, que responde en las montañas. <<



[61] Isla de las Cíclades considerada como el lugar natal de Diana y Apolo y lugar del antiguo templo de éste. <<

[62] Se refiere a la historia de los amores de Crésida o Criseida, hija del sacerdote troyano Calcas, por Troilo, último hijo de Príamo, al que traiciona y por quien éste muere. El asunto ya lo trataron Boccaccio, Chaucer y Shakespeare. <<

[63] Se refiere a la «Vida de Temístocles» de Plutarco, que refiere cómo el vuelo de un búho por el mástil de su navío, convenció a sus oficiales para entrar en liza, siguiendo la decisión inicial de Temístocles. <<

[64] Sobre la treta de Ulises de cegar a Polifemo, el cíclope dormido, para poder huir aquél y sus compañeros, es conocido el relato homérico de *La Odisea*, IX. <<

[65] Alusión a *Romeo y Julieta*, II, 2. <<

[66] Heroínas elisabethianas: Hero es la protagonista de *Hero & Leander*, de Marlowe; sobre Imogen, cfr. *Cymbeline*, de Shakespeare, IV, 2, 195-291; y sobre Pastorella y el bandido, Spenser, *The Faerie Queene*, VI, XI. <<

[67] Alusión a los peregrinos que viajaban por el Mar Egeo hacia Delfos, donde estaba el templo de Apolo. <<

[68] Hija del Océano y Tetis, desposada con Neptuno y madre de Tritón. <<



[69] Río del Asia Menor que desembocaba en el Mar Egeo y notorio por su curso sinuoso. <<

[70] Verso no rimado en el original. <<

[71] Orfeo obtuvo de los dioses la concesión de descender a los infiernos para rescatar de ellos a Eurídice, su amada, tocando el laúd. <<

[72] Nombre de Diana por el lugar de su nacimiento, el Monte Cinto, en Delos. <<

[73] El autor supone que la reputación de castidad que tiene Cintia es la razón de que mantenga en secreto su amor. <<

[74] Deucalión y Pirra fueron los únicos supervivientes de un diluvio que Zeus mandó a la tierra como castigo por la corrupción. Flotaron durante nueve días y, al décimo, desembarcaron en el Monte Parnaso.

Orión era hijo de la Tierra. Enopión le cegó por haber pretendido a su hija, y recuperó luego la visión merced a los rayos del sol. <<

[75] Herrero de los dioses y patrón de los trabajadores del metal. <<

[76] El sibilante eco en la caverna es como el sonido de la lluvia en el exterior. <<



[77] A la Diana Cazadora se la representaba habitualmente con una pequeña luna creciente en su cabeza. <<

[78] Poeta y músico de Lesbos que fue a Italia con Periandro, donde obtuvo celebridad e inmensas riquezas. <<

[79] Endimión. <<

[80] Baco consoló a Ariadne cuando Teseo la abandonó. <<

[81] Vertumno es la deidad romana de la fecundidad de la tierra. Pomona le rechazó varias veces. Ésta era una ninfa de los jardines, las flores y los frutos. <<

[82] Amaltea fue una princesa de Creta que alimentó a Zeus en el monte Ida, cuando era niño, con leche de cabra. <<

[83] Hijas de Héspero. Guardaban el jardín de los dioses donde había los manzanos de oro, regalo nupcial de la Tierra a Juno cuando se desposó con Zeus. Keats los sitúa en Siria al tomar su maná, pero su ubicación tradicional es en el continente africano. <<

[84] El relato de Keats sigue bastante de cerca el de Shakespeare en *Venus y Adonis*, con algunos detalles adicionales de Spenser (*The Faerie Queene*, III, 1). <<



[85] Adonis compartía con Venus una parte del año para quedar libre durante otra parte del año. <<

[86] Venus. <<

[87] Símbolos venusinos. <<

[88] La historia de los amores adulterinos entre Marte y Venus viene relatada por Ovidio en *Las Metamorfosis*, III. <<

[89] Constantemente cambiantes. Proteo podía asumir cualquier forma que quisiera.

<<

[90] Madre de los dioses, que transformó a Hipomenes y Atalanta en leones por haber profanado su trono. <<

[91] Quienes bailan ante las puertas del cielo pueden ser las Horas, pues así fueron representadas por los poetas, llevando en sus manos los productos agrícolas de las diversas estaciones. Las hijas de Atlas son las pléyades, que a su muerte fueron convertidas en una constelación. <<

[92] Tritón se había unido a numerosas hijas del mar y engendrado a los Tritones, monstruos marinos que conservaron sus características físicas. <<



[93] Monte de Beocia consagrado a las Musas. En él estaba la fuente Hipocrena. <<

[94] Es decir: el sol se ha puesto; el mundo ha cumplido su poética tarea. <<

[95] Monte en el que Paris decretó su juicio en favor de Venus. En el texto, parece se trata de una advocación de la propia Venus. <<

[96] Palas. Diosa de la sabiduría, celebrada por su castidad. <<

[97] Seguramente se refiere a que aquellos oídos están encendidos de sentimiento y, de tal suerte, delicadamente entonadas para el canto del poeta. <<

[98] Afinada como las cuerdas de la lira eolia, que responde armoniosamente al oreo del viento. <<

[99] Una de las tres Furias, hijas de Aqueronte y la Noche, a las que se representaba vagando por el Tártaro y fustigando a los criminales con víboras y llamas. <<

[100] Se refiere al sonido de la música de Hermes cuando arrullaba a Argos, el monstruo de cien ojos, para que durmiera. <<



[101] Ballenas. <<

[102] La edad de oro corresponde a la arcaica y benigna época en que reinaba Cronos. La noche a que se refiere es la del primer encuentro de Endimión con Febe (w. 552/571 del Libro I). <<

[103] Diana protegió a la ninfa Aretusa convirtiéndola en fuente, para salvarla de la impetuosa carrera del dios-río Alfeo, que se había prendado de ella al bañarse ésta en sus aguas. <<

[104] Diana. <<

[105] Alusión a la derrota de Saturno por los dioses olímpicos. <<

[106] La fuente Aretusa y el río Alfeo se juntaban en Ortigia, Sicilia, tras de que la primera se ocultara en la playa del otro lado del mar y el segundo la persiguiera por éste desde la costa griega. <<

[107] Los w. 1/21 aluden a los partidarios de los regímenes reaccionarios de aquel entonces. La Monarquía había sido restaurada en Francia en 1814, y el Congreso de Viena había concluido en 1815. <<

[108] Símbolo de la sabiduría. <<



[109] Diosa de la abundancia y madre de Proserpina. Personificaba la fuerza nutricia de la tierra. <<

[110] Océano es la personificación del agua que envuelve al mundo. Es el mayor de los titanes. Telos es la divinidad romana que representaba el principio de la fecundidad. Fue asimilada a la Tierra para, más tarde, perder sus atributos en favor de Ceres y de Cibele. La alusión que contiene el verso hace referencia a la gravitación de las mareas sobre las costas de la tierra. <<

[111] Denominación de Venus, la estrella vespertina. <<

[112] Los reflejos de la luz de la luna en el agua. <<

[113] Leandro, como Orfeo y Plutón, son personajes de la mitología helénica que desafiaron respectivamente, por causa del amor, al mar, los infiernos y al empíreo. <<

[114] Cupido. <<

[115] De los tiempos primitivos, ya que Saturno era uno de los dioses más antiguos.

<<

[116] Hija del Caos y hermana del Erebo que, unida a la Luz, engendró al Cielo y a Zeus. <<



[117] Glauco. <<

[118] Cita del Libro II de Samuel, XII, 7. <<

[119] Tifón. Zeus le derrotó y enterró bajo el Etna, y Vulcano obturó la salida de su encierro. <<

[120] Las Parcas, que cortaban el hilo de la vida humana según la voluntad del Destino. <<

[121] Literalmente: «¿Qué solitaria muerte he de morir?». Sin embargo, este acusativo interno nos ha parecido forzado en lengua castellana y hemos optado por una versión más libre. <<

[122] Lugar de dolor en las regiones infernales. <<

[123] Los siguientes vv. 318/638 contienen una adaptación libre del relato ovidiano (*Las Metamorfosis*, XIII 898/968) de los amores de Glauco y Escila. <<

[124] Uno de los caballos del carro de Apolo. <<



[125] Según la versión original, Glauco es transformado en deidad marina tras ingerir una hierba mágica encontrada en la orilla del mar. <<

[126] Circe convirtió a la ninfa Escila en monstruo porque Glauco, de la que aquella estaba enamorada, le había pedido ayuda para conquistarla. Escila se arrojó al mar e hizo su morada de una roca del estrecho de Mesina, frente a Caribdis, y, como ésta, se convirtió en un monstruo, terror de navegantes. <<

[127] Escila tuvo numerosos pretendientes, pero los rechazó a todos. <<

[128] Hércules se arrojó a una hoguera en Eta, de la que le rescató Zeus y le condujo al Olimpo. <<

[129] La hechicera Circe era hija del Sol. <<

[130] Isla donde Circe vivió después de su exilio de la Cólquida por haber envenenado a su esposo. <<

[131] Según la versión original de la leyenda, Glauco resiste a Circe, quien, por venganza, transforma a Escila en monstruo. <<

[132] Inventor de la música. Al son de su lira, regalo de Apolo, las piedras de la muralla de Tebas se levantaron y dispusieron solas. <<



[133] Circe transformaba a sus amantes en bestias merced a sus mágicos brebajes. <<

[134] El óbolo o precio que percibía Caronte por trasladar las almas de los muertos por la laguna Estigia y el río Aqueronte. <<

[135] Posible reminiscencia de la unión de Baco y Circe. <<

[136] Pitón era un monstruo que nació del fango de la tierra tras el diluvio al que sobrevivió Deucalión y que Apolo mató en Delfos. El Bóreas es el viento del Norte.

<<

[137] Alusión a la batalla de los centauros y los lapitas, con ocasión del intento de violación de uno de los primeros a Hipodamia durante su convite nupcial. <<

[138] Las Furias, equivalentes romanos de las Erinias griegas, eran fuerzas misteriosas que no reconocían la autoridad de los dioses y vengaban toda suerte de faltas contra el orden social. <<

[139] Plutón. <<

[140] El sueño de Circe que relatan los versos siguientes es una reelaboración personal de la leyenda clásica. <<



[141] Dios del viento, al que tenía encerrado en una caverna de las islas eolias. <<

[142] El monte Atlas, del macizo norteafricano, consideraban los antiguos que tenía tal altitud, que imaginaron que los cielos descansaban sobre su cima y que el gigante Atlas soportaba el mundo entero sobre sus hombros. <<

[143] Dios de la guerra.

El ejercito de los amantes esta posiblemente inspirado en la revista de las huestes de Satanás, de *El Paraíso Perdido*, I, 344-355 y 544-571. <<

[144] La luz del sol. <<

[145] El mar. <<

[146] Ciudades de la Antigüedad celebradas por su esplendor. <<

[147] Un ejército de enamorados. <<

[148] Sintaxis confusa en el original. <<



[149] Ninfas del mar, las cincuenta hijas de Nereo y Doris. <<

[150] Venus. <<

[151] Cortejo de Venus. <<

[152] Madre de Glauco, esposa de Neptuno y ninfa del mar. <<

[153] Venus ha adivinado el amor de Diana por Endimión. <<

[154] Sintaxis confusa en el original. <<

[155] Como el sonido de la lira eolia. <<

[156] Cupido. <<



[157] Hijo del Cielo y de la Tierra, personificación del agua que rodea a la Tierra y primogénito de los Titanes. <<

[158] Doris, hija del Océano y Tetis, se desposó con su hermano Nereo, al que se representa como un anciano de luenga barba y cabellos de color azulado. Tenía su principal lugar de residencia en el Mar Egeo. <<

[159] Tetis y Peleo fueron los padres de Aquiles. Ella era una de las nereidas. <<

[160] Poetas y sacerdotes de los antiguos britanos. La alusión es común en la poesía prerromántica inglesa, y va emparentada casi siempre con nociones de poesía, naturaleza, sabiduría y libertad. <<

[161] Las Musas, hijas de Apolo, crearon la armonía terrestre. <<

[162] Ausonia es el nombre arcaico de Italia. Los que gritan son Dante y Virgilio, según ciertos críticos. <<

[163] El significado exacto de «shive» es «dar la absolución». <<

[164] El hecho de que por vez primera aluda Keats a Febe en lugar de «la diosa desconocida» ha inducido a pensar en la influencia que en aquel entonces pudiera experimentar del «Endymion & Phoebe», de Drayton. <<



[165] Endimión tiene el alma triplemente escindida a causa de su simultáneo amor hacia la luna, la diosa desconocida y la princesa hindú (cfr. II, vv. 169/198). <<

[166] Denominación poética del infierno. <<

[167] A Baco se le representa generalmente coronado de vides y hojas de yedra con un tirso en la mano. <<

[168] Keats se ajusta a la tradicional descripción de Baco como un joven de aspecto afeminado y considerablemente rollizo. El tirso es una vara enramada. <<

[169] Sileno es un semidiós encargado de servir y educar a Baco durante su infancia. Habitualmente, se le representa como un risueño y orondo anciano que cabalga un asno, coronado de flores y siempre embriagado. <<

[170] Los sátiros eran semidioses que simbolizaban las fuerzas de la naturaleza vegetal y animal, a los que se representaba con patas de caballo o macho cabrío. Eran unos seres perezosos y lascivos que acompañaban a Baco en su cortejo. <<

[171] Los hay en América y China, pero no en la India. <<

[172] Osiris fue una de las principales deidades del antiguo Egipto. <<



[173] Dios supremo hindú de la mitología post-védica. <<

[174] Los cimerios eran un pueblo que habitaba una región cubierta de nieblas y vapores, donde la noche era constante y el sol nunca aparecía. <<

[175] Febo era hija de Júpiter y Latona. <<

[176] El Skiddaw está en el Distrito de los Lagos y Keats lo conocía a través de la poesía de Wordsworth. Su primera visita a los Lagos data de 1818. <<

[177] Los pavos reales, asociados tradicionalmente con Juno. <<

[178] Palas Atenea era la diosa de la sabiduría y de la guerra. Se la representaba blandiendo una espada y empuñando un escudo que remataba la cabeza de la Gorgona. <<

[179] Hija de Juno y escanciadora de la ambrosía divina en el Olimpo hasta la llegada a él de Ganimedes. <<

[180] Divinidades de la fertilidad, el orden natural y humano, y de las estaciones y horas del día. Se las representaba como jóvenes graciosas que danzaban en compañía de las Musas y de las Gracias. <<



[181] La diosa desconocida y Diana se identifican en el sueño de Endimión. <<

[182] Alusión a Ícaro, que se remontó demasiado con las alas de cera que su padre Dédalo hizo para que pudieran escapar de su exilio cretense. <<

[183] Literalmente: «no tengo un corazón dedálico». El epíteto sugiere complicación a ingenio y deriva de Dédalo, el ingenioso artífice a que se refiere la nota anterior. <<

[184] Deidad infernal, hija de la Noche, que, al propio tiempo que vindicativa y siempre a punto de castigar la impiedad, favorece a los virtuosos. <<

[185] Nombre griego de la Vía Láctea. <<

[186] La garrapata hace un sonido parecido al de un reloj. La superstición atribuía a la garrapata el sentido de un augurio de la muerte. La alusión a la asfixia deriva del conjunto de la metáfora: después de la muerte, aquel reloj está asfixiado. <<

[187] Semele fue la madre de Hércules. <<

[188] El Céfiro era el viento del oeste, impetuoso y aciago. Provocaba tempestades y era signo de borrascas. Se enamoró de Flora, pero ésta le rechazó por la violencia de su temperamento. Para agradarle, Céfiro se transformó en una brisa suave a cuyo soplo las flores primaverales se abrían. Flora personifica la fuerza vegetativa que hace crecer las plantas. <<



[189] Alusión al Zodíaco, el cual, con las Constelaciones, se reúne en la mascarada nupcial de Diana. <<

[190] «El Aguador», a veces identificado con el copero Ganimedes. <<

[191] Cástor y Pólux eran hermanos gemelos, hijos de Zeus y Leda, que fueron transformados en la constelación de Géminis. <<

[192] Se refiere a la constelación del mismo nombre. <<

[193] A Sagitario se le representaba como un sátiro apuntando su fecha a la cola del Escorpión. Posteriormente, los artistas le transfiguraron en Centauro. <<

[194] Alusión al rescate de Andrómeda por Perseo. A su muerte fue puesta con las constelaciones. <<

[195] El hijo de Dánae es Perseo. <<

[196] Dafne invocó la piedad de los inmortales cuando Apolo estaba a punto de forzarla, y, aquéllos, atendiendo su súplica, la convirtieron en laurel. <<



[197] Diana ha reanudado su rol de princesa india. <<

[198] Quizás los anteriores versos sean una deliberada respuesta al idealismo visionario de *Alastor* (1816) de Shelley. <<

[199] Quizás las vidas vividas bajo la influencia de la luna. <<

[200] La siguiente fantasía pastoral (w. 670/721) puede haber sido inspirada por la apelación de Polifemo a Galatea en *Las Metamorfosis*, XII, 810-839, así como por *The Passionate Shepherd to his Love*, de Marlowe. <<

[201] Deidad romana del fuego del hogar. <<

[202] Mi oráculo. <<

[203] Los otros dos «amenos placeres» quedan en una discreta oscuridad. <<

[204] Palabras dirigidas a Cupido. <<



[205] Verso no rimado en el original. <<

[206] Apolo, hermano de Diana, al que Keats pensaba celebrar como sucesor de Hiperión. <<

[207] El amaranto es una flor imaginaria que no se marchita. <<

[208] Alusión a los vv. I, 551/671. <<

[209] Baal era un importante ídolo de los antiguos caldeos y asirios. <<

[210] Apolo, aquí personificado como sol del verano. <<

[211] Zeus. <<

[212] Juez de los infiernos, que obligaba a los muertos a confesar sus crímenes y los castigaba. <<



[213] Según Apolodoro, Prometeo creó al primer hombre y mujer de la tierra con arcilla que animó mediante el fuego que robó del cielo. <<

[214] Nombre latino de Cronos, hijo del Cielo y de la Tierra y menor de los Titanes. A pedido de su madre, mutiló a su padre y ocupó su puesto en el trono del universo. <<

[215] Literalmente: «en aquellas silváticas naves» Silvano era la deidad romana de los bosques y de los campos. Primero se le representó como árbol luego con apariencia humana, y, al fin, se le asimiló al dios Pan. <<